

EL LIBRO Y SU AUTOR

CUENTOS

**Selección de
Betty Goldman y Enrique Epelbon**

CREACIONES LITERARIAS

EL LIBRO Y SU AUTOR

CUENTOS

**Selección de
Betty Goldman y Enrique Epelbon**

© CREACIONES LITERARIAS

Prólogo

El libro y su autor es un proyecto mancomunado de escritores en habla castellana de diferentes países, distintas culturas y experiencias de vida que, a través de la palabra escrita, desean compartir con los lectores universales.

Es un viaje que se inicia en el deseo de unir las voces del mundo entero, acercarnos mediante la escritura con el fin de conocernos, aunque no de un modo físico, sí con el alma y las letras.

A pesar de la diferencia en ciertos aspectos de la lengua – la forma de escritura y los modismos propios de cada país – todos hablan el mismo idioma, el de la sensibilidad, el buen tino y la inacabada imaginación que encuentra su cauce en la amplitud de estas hojas.

Las dudas que muchos escritores se plantean frente a sus obras son infinitas: si será posible transmitir las ideas tal cual son descritas, si las historias que se vuelcan en pocas líneas cobrarán vida cuando comiencen a ser transitados los caminos de la lectura o se perderán en las oscuras capas de la incomprensión, si los mensajes fueron captados, si los escritos aportan, seducen, generan, cuestionan, permiten... Si de algún modo inquietan y causan el efecto que cada uno se impone al comenzar su trabajo.

Coincidimos en que sería un error tomar en cuenta dichas apreciaciones que sólo llevan al fracaso, como así también explicar los contenidos por el mero temor de no ser comprendidos. De inmediato se pierde el encanto y el deseo se evapora.

Con esta base y el toque mágico, único y personal de quienes lograron captar la idea inicial – una escritura libre de preconceptos - seleccionamos los trabajos para la antología.

El libro y su autor expone una variedad de matices en relatos, fruto de la imaginación, el talento y la creación. Su versatilidad en temas y situaciones es justamente el encanto que proporciona esta recopilación.

Abrimos las puertas de este proyecto para ofrecer a nuestros lectores la oportunidad de leer los trabajos, para que puedan apreciar y valorar sus contenidos, para intercambiar las múltiples ideas que en ellos se traslucen.

Creaciones Literarias extendió su mano al mundo y recibió las voces de quienes nos ayudaron a crear esta antología.

Nuestro más profundo agradecimiento a los escritores que participaron en ella.

Enrique Epelbon – Betty Goldman
Creaciones Literarias

El ascensor

Entro casi sin mirar. Sólo me dejo guiar por el sonido metálico de los mecanismos que advierten la detención del cubículo de acero en el piso y maquinalmente mis pies me llevan hasta el fondo para aplastar mi espalda contra el inmenso espejo que ocupa toda pared. Dejo mi maletín en el suelo y comienzo, temeroso y desganado, a examinar el inmenso sobre blanco con mi nombre en un extremo.

No lo he podido abrir antes por temor a que alguien se diera cuenta que no soy el doctor Segovia, que fue el nombre con que me presentara en el mesón, para que me permitieran retirar el examen de un supuesto paciente que necesitaba visitar esa tarde. Sabía que de otra forma jamás me lo habrían entregado. Ya me habían advertido de ello por teléfono. Creo que la idea de pasar a comprar este delantal blanco que aun sostengo sobre el hombro, ayudó bastante.

De nuevo comienzo a sentir la enorme angustia de estos últimos días. Mi imagen repetida en estas cuatro paredes me provoca una dolorosa desazón. Creo estar viendo de pronto el resumen de la película de su vida. Hijo, esposo, padre... empleado... ciudadano anónimo... nada más... ¿y nada más?, ¿y qué otra cosa he logrado ser? Se que la sentencia que pone fin a mis sueños, a mis ilusiones y a mis esperanzas puede estar descrita dentro de este sobre.

La detención del aparato en el quinto piso me obliga a reencontrarme con mi entorno. Las puertas que se abren dejan a la vista una bella y agraciada mujer. Avanza dos o tres pasos y sus enormes piernas la llevan a instalarse en uno de los lados del estrecho ascensor. Lentamente construyo su imagen con la suma de los reflejos que los espejos me brindan. La perfección de sus formas me hace dudar de mis sentidos. Requiero volver a recorrer mi sistema de espejos para certificar que es cierto lo que estoy viendo. Sin embargo, sus piernas atrapadas en sus medias de filigranas doradas me hacen casi dudar de su real existencia. Su fino y suave perfume parece llenar el breve espacio que ambos compartimos. Sólo la furtiva mirada que de pronto cruzamos a través de uno de los espejos me convence que es de carne y hueso.

"Un último deseo le concede Dios al condenado", pienso. Y de inmediato la mente se me inunda de ideas, proposiciones... invitaciones. A cenar, a bailar, a recorrer el mundo. Tengo aquella cuenta privada que me dejara mi padre y que creo no viviré para gastarla. "Sólo para ti, nunca le cuentes a nadie de su existencia". Me dijo el viejo antes de morir. Ahora es el momento. Hoy, mañana será tarde.

Primer piso. Las puertas se abren. Mi compañera de viaje y de imaginarias aventuras avanza en medio de las personas que aguardaban el ascensor. Salgo tras ella dispuesto a seguirla. Traspaso el grupo y me detengo. Pongo mi maletín en el suelo y abro el sobre. Leo el informe una y otra vez, mientras la sigo con la mirada.

-En la vida nunca se puede tenerlo todo -le digo cuando paso dichoso por su lado.

Ella me mira extrañada y yo me solazo observando por última vez su estupenda figura.

Armando Aravena Arellano

Historia de unos espejos vivientes

El rey concibió un hijo con ayuda de la reina y le destinó el mundo. Él se apoderaría del mundo el día que su hijo lo hiciera, aunque esto ocurriera cuando todo deseo hubiera muerto.

De niño le habló del mundo como de un árbol de racimos espléndidos y el niño concibió la idea de escalar aquel árbol y dispensarse sus grávidos racimos.

Cuando el rey estuvo probado de su propia persuasión, ordenó capturar tres espejos vivientes.

Los espejos vivientes son una transición material de la magmática región esencial del corazón de la Tierra. Vienen a la existencia cuando el agua del fuego del núcleo del planeta se cristaliza al golpe hiriente de un haz de luz terrena.

Mandó que los argollaran a la tierra en tres puntos cruciales.

El hijo del rey partió a rodear el mundo un día. Pero no fue solo. Un niño ciego que nació el mismo día y a la misma hora fue elegido por compañía. Lo que el príncipe tenía de ciego, su coetáneo tenía de señorío.

Tras siete años de marcha entusiasta llegó el príncipe a una región que le recordaba vagamente el arroyo de su comarca y vio un hombre que le pareció especialmente señalado.

-¿Quién será éste, tocado por tan alto carisma? -preguntó.

El ciego, que había tropezado con el primer espejo vivo, musitó:

-Es creación de tu padre.

-¡Tonterías! -sentenció el príncipe, y con su lazarillo atravesó el primer espejo viviente.

Quince años después, tras graves y pesarasas marchas, tras múltiples pruebas perdidas y deflaciones morales, se encontró ante un paisaje que le pareció familiar y vio un hombre que le pareció un rufián.

-Es creación de tu padre -fue todo lo que dijo, piadosamente, el ciego, tras tropezar con el segundo espejo vivo.

Los dos atravesaron este espejo y continuaron la marcha.

Cuando anciano y definitivamente recobrado de sus impulsos narcisistas, habiendo rodeado el mundo alcanzó a ver un palacio soñado y un rey desconocido que avanzaba hacia él.

-¿Quién es este rey extraño?

-Eres tú, majestad, y este es el tercer espejo viviente entre aquellos que tu padre estableció en toda la tierra para conducirte escondidamente hasta este punto.

El rey atravesó el espejo lleno de gozo. El ciego no pudo seguir adelante, debido al espejo.

Era el rey, el rey extraño y estaba solo: nadie venía hacia él ni iba con él. Al advertir esto, el anciano miró atrás. Vio que el ciego viejo era un príncipe joven y esbelto (que marcharía algún día a rodear el mundo para entregárselo como trofeo de su poder general).

Volvió sobre sus pasos y liberó al tercer espejo viviente de su cautividad. Los tres espejos huyeron alegremente hacia el volcán en el vuelo de tres mariposas de nácar.

El rey, feliz, acarició a su hijo y le dijo:

-He sido un ciego queriendo acompañar la marcha de un ciego. Hoy, después de tantos afanes he descubierto mi ceguera. La he descubierto cuando transcurrió para siempre mi obsesión por los espejos vivientes, al verlos huir con tanta gracia y libertad. He pensado en dejarte hacer lo que tu corazón te dicte y no imponerte un destino repetido e ilusorio.

El príncipe miró a su majestad a los ojos -no a través de mágico cristal- y le dijo con sencillez:

-Sólo deseo ser el vivo espejo de lo que mi padre es.

Manuel Arduino

Tú que puedes vuélvete

Querida Mía

Tú que puedes vuélvete. Hace días que no logro dormir sin ti.

La culpa es de la *Sonrisa Vertical* de Tusquets, la colección de libros eróticos. ¡Catalanes tenían que ser! Si escribo en la cama, prefiero apoyarme en el libro de Dalí, es ancho, de tapas duras y adentro está Gala, su virgen desnuda. Pintor extraordinario, con sus bigotes diabólicos, él sí, es un catalán erótico de verdad.

No puedo dormir por la noche.

El desorden comenzó al apoyar, *La Historia de O* sobre la pila de libros del dormitorio. Parece que "O", la protagonista del cuento, es una belleza y René, su novio, la presta a cuanto amigo la pide. Entonces, los personajes de los otros libros, comenzaron a pedir a los gritos que la pase, mientras él contestaba que de su texto no saldría.

Más tarde, recibí *Mujer y fecundidad en el Uruguay*, me la había remitido un amigo oriental. Trata más o menos lo mismo que la historia de "O", de cómo se hacen los chicos, de cómo se puede hacer para no hacerlos, de las ganas de hacer como se hacen los chicos. La *Historia de O* está escrita con palabras que atrapan fantasías, *Mujer y fecundidad...* con cifras que atrapan palabras. Mientras pensaba cómo debía agradecer el envío del libro, apoyé el paquete sobre la pila que presidía "O". Ésta quedó entre *La Mujer Uruguaya y Relaciones* subtitulada *Revista al tema del hombre*.

“¿Cuál puede ser el tema del hombre? Si tiene encima a una chica como "O", a quien no la dejan usar bombacha ni tener las rodillas juntas, siempre con las piernas abiertas.

Nadie descansó anoche.

El lío descomunal lo armaron las mujeres. Entre la pobre "O", mujer fina, anglo y franco parlante; prostituida por el volado de René y las castas uruguayas hispanohablantes, las cuales cuentan -desde el libro de mi amigo- cómo controlan su fecundidad, y hacen confidencias que luego los autores traducirán en porcentajes y luego

terminaran con sus propias confidencias que llamarán conclusiones; muy importantes las mismas hoy día frente al temor de que el planeta caiga del Universo por exceso de pasajeros. Y resulta que el Uruguay es un ejemplo de cómo ser menos, en el mundo de los más, por su baja natalidad.

Como la encuesta fue anónima, científica y cubierta por otra encuestadora mujer, la intimidad tanto tiempo guardada, fue dicha sin retaceos. Algunas contaron haber seguido el método de los días y que muchas veces los días pasaban y no pasaba nada.

La novia de René, la "O", al escucharlas comenzó a reírse fuerte, convulsiva y casi tira la pila de libros al suelo.

Las uruguayas estaban enojadas, sintieron que se burlaban de ellas y además, temían que la caída de la pila de libros les hiciera perder la privilegiada posición de arriba, muy disputada en la comunidad y en las parejas orientales en especial.

Relaciones, la Revista al tema del hombre, editada en Montevideo, es muy Uruguaya y muy Psi; en la cual escriben su columna feministas que despotrican contra *La Sonrisa Vertical* de editorial TusQuets por machistas y al mismo tiempo, denostan a "O", que esta arriba en la pila. Las mujeres editorialistas de *Relaciones* citan veinticuatro tipos de familias, sin embargo, dicen que, la de "O", su novio y sus amantes, era pura degeneración. Otro señor que redacta, en *Relaciones*, la sección sobre "Usos de la lengua", vociferaba por su lado: ¡Pásenmela, pásenmela!

Entre el griterío de las orientales y las carcajadas de "O", yo no duermo y te escribo estas líneas. Te espero, mi amor.

Tú que puedes vuélvete.

Norberto S. Baranchuk

La visita

Me ponen aquí. Me plantan en el hueco disponible, aparcen mi silla como si fuera una cómoda que estorba por ahí en medio. No puedo moverme mucho, apenas las manos... la cabeza... pero aun razono y comprendo lo que veo. Que no me gusta. No contestan a mis preguntas más que con evasivas o con estupideces. O hacen como que no me oyen. Esta maldita memoria...

Veo la cara de ésta, la que acaba de pasar y se que hay otra más rubia, pero no consigo pronunciar su nombre. Pienso en que tengo que llamarlas, me esfuerzo, pero no me sale más que un “ellas” apenas audible. No me hacen caso, de todos modos.

No debí venir aquí, mi sitio está en mi casa. Llamaré a un taxi y me iré a casa. La calle... no recuerdo la calle. Tenía un sofá muy grande y otro más pequeño, con flores estampadas, con el fondo beig, un tapizado muy sufrido y muy alegre al mismo tiempo. No sé que más había en mi casa... mi casa... las cortinas, sí, a juego. El taxista no necesita la calle, no le sirve para nada el sofá. No me acuerdo, así que he perdido mi casa... sólo me queda el tapizado de los sofás. Tal vez después encuentre más cosas... la calle...

Me desagrada que me sienten al lado de esta pobre tontita, que me mira así de fijo. A lo mejor no es tonta, a lo mejor es que no puede habla, que no puede hacer otra cosa que mirar así y dejar escapar sílabas perdidas. A lo mejor me pasa a mí...

No, no sé quién es esa chica que se empeña en que la reconozca y que cree que estoy sorda. No necesito que me griten, la oigo perfectamente, pero no sé quién es, aunque se empeñe en llamarme tía Amparo. Me confunde.

¡Amparo! Mi madre me llamaba Amparito... Sí, me acuerdo, pero ¡Por Dios, no chilles! ¡Qué pesada con el que no me acuerdo! Nunca te he visto, no... no se quién eres... ¡Qué empeño! Tal vez debería saberlo... Inma... Inma... ¿No te habrás equivocado de mueble? Como aquí nos alinean como a mesas apolilladas de espalda a la pared...

¡Qué le cuentas a esta pobre! Ella no sabe tampoco... Tienes demasiadas pecas, deberías darte la crema aquella... no te lo puedo decir... la crema... una caja azul y blanca... la crema... No sé dónde la he guardado, por ahí anda. Pero no estoy en casa. Olía a jazmines... la crema.

Se va y me llevan arriba. No me gusta estar en fila, todas las sillas como trastos expuestos en una tienda de viejo. Ésta no se molesta en explicarme... ésta... no me sale su nombre. Cree que porque apenas puedo hablar tampoco oigo, o que no entiendo. Será nueva, no me acuerdo.

¡Ah, canalla! Viniste a visitarme... por eso mandaste que me suban, para que no te vean... el de siempre... No, no me alegro de verte, pero te digo que sí, hay que guardar las apariencias. No me preguntes quién eres, Benito, no me lo preguntes. ¿Dónde está Beni? ¡Tú con tus líos! ¿Dónde está Beni? No me mientas más, por Dios... ¿Dónde está Beni? ¿Por qué no ha venido? Ya te lo dije, eres Benito. Ya no puedo moverme apenas.

¡Beni, hijo! Te pareces mucho a él. ! No me sale la voz. Esta memoria... esta cabeza... Tu padre no, no viene, bastante tiene con sus líos. Tengo frío. No me gusta estar aquí. Quiero ir a casa, pero no me acuerdo... mi sitio está en mi casa.

¡Benito! ¿Quién es esa que traes contigo? Por qué voy a conocerla, faltaría más, voy a rebajarme yo a saludar a tus queridas...

Mira, siempre tan bien maquillada, es Ana Mari, claro que me acuerdo. Siempre como un pincel y siempre de azul. Ya sé que es mi nuera. La muy sosa, no sé que le habrás visto, hijo, es una aburrida. Pero mira que son tontos, se alegran de que me acuerde de ellos... Mi Beni... Mira, ya no se te nota la cicatriz... justo debajo de la ceja. Ya, ya sé que es Ana Mari... orgullosa estará de haberte arrancado de mí... nunca la quise, no, estaría bueno, pero hay que guardar las apariencias, te digo que sí.

Me estoy orinando. No puedo llamarlas a ellas, no me acuerdo del nombre. Tengo que ir al servicio. Tengo que ir. No aguanto. ¡No me contestes sandeces, Benito! ¡Tengo que ir al baño! Diles que vengan. Tengo que ir... llámalas... No me cambies de tema... vete a buscarlas. No, no aguanto más. ¡Qué bobadas

dices, Benito! Siempre fuiste un sin sustancia... qué dices de pañales... ¿Cómo se te ocurre que voy a orinarme encima? ¡Qué es eso del pañal! Benito... Ve a decirles... no resisto... ¡Benito! ¿Quién es esa que traes contigo? ¡Y tienes la desvergüenza de plantármela delante! Y ella se me acerca y me dice no sé qué...

¡Ah, sí! Ahora, de cerca... siempre se maquilló muy bien, Ana Mari... hasta el nombre tiene antipático. Claro, hijo, ya se que habéis venido a verme. ¿Y cómo voy a saber de esa niña? ¡Qué cosas, mi nieta! Bueno, se llamará Sandra, si tú lo dices...

Llámalas a ellas, Beni... tú no eres como tu padre, hombre, diles que vengan, que tengo que ir al aseo. Tengo que ir... Ya no aguanto...

Se va el sol. ¡Benito! ¡Llévate a esa pelandusca de mi vista! Déjate de monsergas, qué voy a traer yo un pañal... Si no quieres llamar, no llames, cuanto más te lo pida peor, siempre serás el mismo. Y yo a callar, a tapar, a tragar... que encima de todas las perrerías el ofendido siempre eres tú.

¡Ay, Beni! Ya, ya veo que has venido, hijo. Tu padre... por ahí andará, el muy pendón. ¿Cómo que te casaste? Esa... Bueno, ahora que se acerca, mira que bien se pinta las pestañas, Ana Mari siempre de punta en blanco, a lo mejor te gustó por eso, hijo. Llámalas tú, mujer, que no puedo más... No, no siempre tengo ganas. Tengo ganas cuando las tengo...

No, no sé quién es esa niña. ¿Por qué iba a saberlo? Hay tantas niñas... Mi nieta... no digas majaderías, Benito, qué va a ser nieta mía. Si tuviera una nieta, yo... no, no me acuerdo... Ya, ya veo, bueno, sí, habrá crecido, todos los niños crecen.

Ana Mari, sí, porque traes el broche que te regalé. Mira que detalle. Vaya una cosa, que reconozca el broche. Si te lo regalé yo y era de mi madre. Es bueno. Me llamaba Amparito y no me dejaba en paz, siempre me estaba llamando.

Benito, eres imposible. Déjame la mano en paz... a estas alturas. ¿Quién te dijo que estaba mala? ¿Y que estaba aquí? ¿Quién es esa golfa, Benito? No me faltaba más que eso, que me avergüences en público. Mira que si se entera Beni... ni a tu hijo respetas... ¡Sienta la cabeza de una vez! ¿Y si llega Beni y se la

encuentra aquí? Déjame llorar en paz... ¡Ah, el pañuelo! No es fea, Ana Mari, bueno... pero una pavisosa que se llevó a mi Beni...

-Doña Amparo, es la hora de la cena. ¿Ya se despide de sus hijos? Hay que ver, que nieta tan guapa tiene.

-Adiós, mamá, hasta el domingo.

-Abriéguese, Amparo. ¿Quiere que le traiga algo el domingo que viene?

-Adiós, abuela.

-Estará contenta, Doña Amparo, toda la tarde con los suyos.

-Bueno...

-¿Es que no disfruta cuando viene su hijo? Y la preciosidad de niña que tiene, mujer, que ya casi es una señorita.

-Mi hijo... Llama a Beni. Dile que venga.

-Si acaba de irse ¿No se acuerda ya?

-No. No sé. Esta cabeza...

A Beni se le condensa la crueldad de la Naturaleza en dos lágrimas amargas. Y tres preguntas golpean el aire.

-¿Tanto me parezco a mi padre?

-¿Es que lo último que se olvida es lo malo?

-Papá... ¿De verdad tenemos que volver el domingo?

Eva Barro García

El estado actual

La mañana del 15 de octubre, don Paolo despertó a las ocho de la mañana como siempre. Su esposa se había levantado antes. En el estado actual, era perfectamente normal que su rostro estuviera más pálido que de costumbre; pero como él no estaba, todavía, al tanto de dicho estado, se asustó bastante.

Después de unos instantes, tras haber recuperado la calma y mientras se cepillaba los dientes, pensó que era posible que el doctor Rodríguez tuviera razón, después de todo, en haberle aconsejado posponer el viaje a Italia que tanto había deseado. Justo cuando su hijo Jorge había reunido el dinero para comprarle el pasaje, se agravó su enfermedad. Parecía hecho a propósito.

En aquel momento no resultó nada fácil convencerlo para que tome el consejo del médico. Sin embargo el tiempo parecía haberles dado la razón.

Después de eso se dirigió a la cocina, puso agua para el mate y comenzó a hojear el diario desde atrás hacia adelante, como a él le gustaba. Su mujer no estaba en la casa, seguramente había salido a hacer las compras. Sus ojos cansados atravesaron las primeras (las últimas) páginas despreocupadamente, casi sin interés pasó por una agónica victoria de Boca y un leve descenso de la tasa de desempleo. Pero toda esta calma se hizo trisas cuando vio una noticia que lo involucraba directamente. Si esto era cierto ya no podría realizar el viaje a Italia que tanto había esperado.

Cincuenta años atrás, al pisar esta tierra por primera vez, la había tomado como propia, la había aceptado como su patria. No había sido fácil, en un principio, aprender un nuevo oficio y nuevas costumbre, pero no estaba arrepentido para nada. Sin embargo, nunca olvidó la promesa de volver a Italia, a la casa que lo vio nacer, que se había hecho al partir. Quién sabe si estaba la casita todavía en pie. Las cosas habían cambiado, le habían dicho las cartas de su primo; el pueblo se había convertido en un lugar turístico, querían construir un hotel en aquel lugar. Pero las cartas de Luigi dejaron de llegar hace más de diez años. A sus amigos de la infancia les había perdido el

rastro también; no importaba, caminaría las calles, se sentaría frente al mar, lo contemplaría largamente.

El primer sentimiento que lo invadió fue de una profunda indignación, puesto que aún si aquello era cierto (se permitía cuestionar la veracidad de la noticia, ya que no hubiera sido la primera vez que le erraban en un nombre), era una falta de respeto tener que enterarse de esa manera. Nadie se hubiera imaginado que esa podía ser la manera de enterarse. Una vez recobró la calma, se dijo que tenía que constatar la veracidad de la noticia.

Estaban la familia, los amigos por supuesto; pero lo que más lamentaba del asunto era no poder realizar el viaje. Él había prometido a su tierra y a si mismo volver algún día, y no era hombre de tomar las promesas a la ligera. Además no había sido una promesa de esas que se hacen al pasar, como por compromiso; había sido algo que se había levantado desde lo más hondo de su ser: “Algún día voy a volver” había dicho mientras veía desvanecerse la imagen del puerto detrás de la niebla.

Le pareció que era extraño que Hernández, su vecino de enfrente, ni se inmutara cuando lo cruzó en la calle, como si no lo hubiera visto. Don Paolo no recordaba que hubiera algún motivo para que su vecino no lo saludara. Si bien en algún momento habían tenido algún entredicho, el asunto había quedado olvidado. Al menos eso era lo que creía él. Pero había un motivo muy valedero para que Hernández no lo saludara.

Le tomó unos quince minutos llegar al lugar; no sería fácil encontrar la ubicación exacta. Su mente se detuvo un segundo en Carlo que estaba al final de ese mismo pasillo, su hermano no había tenido la misma suerte que él, nunca logró adaptarse al nuevo trabajo, a la nueva vida. Entonces escuchó un rumor de voces: era un entierro que se estaba llevando a cabo en ese preciso momento, a unos doscientos metros de distancia. Se dirigió, el viejo, al lugar tan rápido como pudo, dado que algunas de las voces que escuchó le resultaban familiares.

Efectivamente, sus peores sospechas se confirmaron. Ya no podría volver a Italia, nunca podría jugar con su nieto. Allí estaban su mujer, sus hijos, su nuera, la esposa de Jorge, y algunos amigos y vecinos. De ese modo terminó de comprender don Paolo su estado actual. Lo que había leído en las necrológicas del diario era cierto, él

había muerto mientras dormía dos días atrás y el cuerpo que estaban a punto de enterrar esa mañana en aquel cementerio era el suyo. Se quedó un par de minutos contemplando la escena y luego se retiró cabizbajo, envuelto en una resignada soledad.

Marcelo Darío Barzán

Los girasoles de Andrómeda

En el siglo XII, Leonardo Pisano, Fibonacci, incorporó los números hindúes que hoy utilizamos en Occidente e introdujo el cero descubierto por los árabes. Así lograba agilizar el cálculo matemático que utilizó con sencillez e ingenio en sus observaciones. Comprobó que la cantidad de ejemplares en la cría de conejos, en sucesivas reproducciones, responde a una progresión determinada: cada cifra es igual a la suma de las dos anteriores (1,1,2,3,5,8,13,21,34,55,89...) Volvió a encontrar esta serie en la distribución de las pipas de los girasoles, en los pétalos de las margaritas y en los piñones de las coníferas. Se preguntarán ¿qué tiene que ver esto con el arte? Cada número dividido por el anterior, cuando avanzamos en la secuencia, tiende al valor 1,618... Es La Proporción Áurea, descubierta y mantenida en secreto durante mucho tiempo por los griegos; el alzado del Partenón y las esculturas de Fídias se ajustan a ella...

... Fibonacci, empleando el orden observado en la naturaleza, dibujó dos cuadrados de 1×1 unidos en un rectángulo de 1×2 , adosó un tercer cuadrado de 2×2 y obtuvo un rectángulo de 2×3 , agregó un cuarto cuadrado de 3×3 que completó un rectángulo de 3×5 , y así siguiendo... Finalmente, unió dos de los vértices opuestos de cada cuadrado con arcos de circunferencia que conformaron la espiral que hoy lleva el nombre de su creador. De esta manera anticipaba las versiones dadas a conocer siglos más tarde por Durero y Descartes. Podemos apreciar la figura en el caparazón de algunos moluscos como el caracol Nautilus y en la distribución de los cientos de miles de millones de estrellas que integran algunas galaxias. Ejemplos bellos y desconcertantes, por cierto... No quiero finalizar sin comentarles algo muy singular. El célebre matemático suizo Jacob Bernoulli, en su tratado "Spira mirabilis", destacó la propiedad de la espiral al reproducirse luego de inextricables operaciones geométricas. Lo expresó así: "Eadem mutata resurgo" que podemos traducir- reaparezco transformada pero siendo la misma- En su testamento, pidió que transcribiesen la frase en latín sobre su tumba; quizás sujeto, igual que Pitágoras, a la creencia de la reencarnación. Por esas cosas de humor negro del destino, bajo la influencia de alguna deidad ofuscada, el grabador de lápidas dibujó junto a la sentencia, en

vez de la figura logarítmica, la espiral de Arquímedes, totalmente distinta...

Sin pensarlo, recién se conocían, se tomaron de la mano como niños el primer día de escuela. El contacto inesperado hizo aflorar el rubor; fascinados el uno por el otro y ambos por las palabras del profesor de Historia del Arte; sedientos de saber y de sentir.

Al salir del aula, miraron sus manos unidas que los instaban a estrecharse por completo. La primavera, el rubor, las feromonas y la libertad de ser libres, los condujo sin demoras a juntar sus cuerpos y sus vidas. Como la casa de Andrea era grande, Mariano se mudó con su laboratorio fotográfico a cuestras. Ella pintaba un óleo de flores de girasol suspendidas en un cielo estrellado. También trabajaba en el boceto de un cuadro inspirado en “Los fusilamientos de La Moncloa”, de Goya. Reemplazaba los ejecutados por mujeres embarazadas. -Si me interrogan, contestaré como Picasso: “Ustedes lo hicieron”- Dijo, cierta vez, sin advertir el presagio.

Sorprendía a su amado cambiando de peinado e improvisando disfraces que poco le duraban sobre el cuerpo; él la desnudaba mientras susurraba- “mutata mirabilis”-. Habían descubierto que el goce aumenta en progresión geométrica con el acercamiento paulatino. Fingiendo indiferencia, ella se deleitaba dibujando en un vidrio que colocaba encima de una foto, registraba la coincidencia de los centros de mayor tensión óptica con el desarrollo de la espiral de Fibonacci. - Es innato, no necesitas medir; cuando encuadras, acomodas el visor de tu cámara en la realidad, así como dibujo sobre tus creaciones.- Mariano, devolvía el elogio fotografiándola, unas veces acurrucada en la cama, otras a contraluz cerca de la ventana. Tomaba el marcador y la cinta métrica. Luego, recorría la piel anotando las medidas y las proporciones de los dedos con las falanges, de la mano con el antebrazo, del tórax y la cabeza con la estatura. Los cocientes resultaban 1,618... El Número de Oro, cuya fórmula le escribía en todas partes. -¡Eres perfecta!- exclamaba, atrapando la imagen del cuerpo cubierto de números y ecuaciones -El universo es una obra de arte donde la naturaleza se copia a sí misma.- Comentaba ella, mientras revisaba la distribución de las semillas en las flores que usaba como modelos. Agregaba -No es otra cosa que la supervivencia de las especies que han aprovechado al máximo el espacio destinado a la reproducción.- Por fin, ellos se amalgamaban en sucesiones rítmicas

de frecuencia creciente, poseídos por la fantasía de ser transportados hacia el clímax por la hélice cónica de un torbellino logarítmico.

Refugiados en el amor y en el arte, sabían pero no hacían comentarios; en un rincón del atelier, el “Guernica” de Andrea lo decía todo.

Como en tiempos de La Inquisición, los sicarios del Falcon verde seleccionaban a sus víctimas: ella figuraba en la agenda de un amigo "detenido". Sometida a las atrocidades de lesa humanidad, desapareció en el vuelo de la muerte sobre las aguas dormidas del Río de la Plata.

Mariano, que alguna vez hubo sorprendido a los más exigentes editores, cayó en una etapa oscura acorde con la nube de dolor que opacó el horizonte de su existencia. Desde que se la llevaron, producía figuras sombrías de contornos apenas iluminados como el escaso interés por la vida que aún asomaba en su ser. Los recuerdos eran similares a los fotogramas de sus negativos; ya no seleccionaba las escenas, ellas se imponían. Las imágenes latentes derramaban su contenido de ausencia en la soledad del fotógrafo. Recluido en su casa, casi en estado vegetativo, no tardó en ingresar en la zona oculta donde las palabras reacias a la conciencia, rescatadas del olvido, se transforman en las imágenes de los sueños: Andrómeda mostraba su estructura de espiral acercándose a la Vía Láctea. El fulgor de ambas galaxias giraba en el lienzo. Andrea corría entre plantas de girasol y en el cuadro que a su vez pintaba... Cuando Mariano creyó despertar, ella lo esperaba junto al atril con los pinceles en la mano, las fórmulas y los números de Fibonacci dibujados en el cuerpo, murmurando - “Eadem mutata resurgo”-.

Alberto Bonnebouche

La señora de las ratas

Solía decirse que es erróneo juzgar a las personas por su aspecto físico (y sin previa relación con ellas), pero lo cierto es que de sólo cruzar una mirada con Silvia podía percibir en ella cierta perversión.

Pero yo no le temía, sólo la evitaba (*elección divina* la llamaba yo). Evitaba saludarla, evitaba mantener conversaciones con ella, evitaba todo tipo de trato con ella.

Toda mi vida viví en Rosario, provincia de Santa Fe, en la calle Darragueira al 1300 (era la comúnmente denominada “zona Norte” de Rosario). Silvia se mudó a mi barrio (a sólo 3 casas de la mía) cuando yo tenía 14 años.

Ella, Silvia Robledo (cabello renegrado, lacio y largo, piel excesivamente pálida, ojos oscuros y saltones, dientes sucios de tabaco, impresentable dejadez física), vino al barrio con sus 5 hijos, sin marido, sola, quizás algo desprotegida, y se “apropió” de una casa que estaba bastante desaseada: de chapa, con una puerta rotosa al frente (era difícil de suponer que una familia quisiera vivir allí, en esa casa mugrienta, y más con tantos hijos).

Yo me había hecho algo así como amiga de Tamara, la hija mayor de Silvia, que tenía 12 años. Sus otros hermanos eran Mariano de 10, Lucas de 7, Rocío de 5 y Soledad de 4 años.

Con Tamara nos entendíamos, ella venía a casa a tomar la merienda, pasábamos mucho tiempo juntas, pero ella nunca me invitaba a su casa. Yo sabía que no me invitaba por la vergüenza que le producía vivir en un rancho tan maloliente y raído. Y con una madre tan sombría como la que tenía.

Después de haber pasado algo más de un año de conocer a Tamara, al fin me propuso ir a su casa a tomar la merienda.

Al llegar a su casa todo estaba tranquilo y armonioso: eran las 5 de la tarde (casi) y algunos de sus hermanos, que iban a la escuela por la tarde, aun no llegaban. Silvia tampoco estaba.

El aspecto de la casa era deplorable: ventanas rotas y descoloridas, los pisos altos, de madera, en algunos lugares estaban tan deteriorados que hasta formaban brucas grietas (como los pisos del

comedor, por ejemplo). El patio era de cemento, sin baldosas, y a en uno de sus costados había una enorme pileta, que (no sé por qué) llamó poderosamente mi atención. Era de esas piletas en las que se lavaba ropa. Seguido al patio había un parque muy descuidado, con unas jaulas vacías a sus lados (*¿de conejos?*, pensé).

Tamara me dijo que esas jaulas estaban allí desde que ellos se mudaron a esa casa. Al fondo de todo, cruzando el penoso parque, estaba el baño y una pieza vieja que oficiaba de lavadero.

Tomamos chocolate, llegaron sus hermanos, miramos televisión. Estábamos todos menos Lucas de 7 y Silvia.

Había pasado alrededor de 1 hora, cuando llegó Silvia. Con ese rostro petrificado que solía llevar, y sin siquiera saludarnos (ni a ellos, sus hijos, ni a mí) tomó por los pelos a Mariano, mientras lo acusaba a gritos de que él le había robado dinero. Así, tomándolo de los pelos (y abofeteándolo), lo condujo hacia fuera, perdiéndose de nuestra vista y ya sólo escuchándose el llanto de Mariano.

Dejé pasar media hora y me fui.

Al otro día Tamara vino a casa y se disculpó por lo acontecido con su madre.

-¿Y Mariano cómo está? - pregunté.

-No sé, se fue a la casa de mi papá, que vive en San Nicolás, donde también está Lucas. Ya mamá no se tolera más. Cada día está peor.

-Maxima debetur puero reverentia

-¿Qué decís? - preguntó Tamara.

-“Débese al niño el mayor respeto”, es un verso de Juvenal que bien le vendría conocer y aplicar a tu mamá.

-Mi mamá es buena persona, pero sufre de ataques de histerismo, agravado por la violencia con que se le presentan. No creo que no nos quiera a nosotros, sus hijos. Creo mas bien que está enferma y que no sabe que hacer con nosotros. ¿Sabes que?, ¡hasta cree que debajo de los pisos de nuestra casa habitan homúnculos! A veces son tan risibles sus divagues que nos avergüenzan. Lo peor de todo es que no hay que contradecirla en nada, hay que darle siempre la razón, aunque *nunca* la tenga. Está muy desequilibrada.

Me quedé mirando a Tamara. Sentía pena por los chicos, porque, después de todo, ellos no tenían la culpa de tener una madre así.

Seguimos hablando de cualquier pavada, dejando atrás el tema de Silvia, de Mariano y de toda esa familia estrambótica.

Los días siguientes siguieron sin sobresaltos: Tamara venía a mi casa, como siempre, conversábamos, merendábamos, nos reíamos de idioteces. Algunas veces yo iba a la suya (las menos, claro) porque me incomodaba esa casa, Silvia y esos malditos homúnculos que vivían allí para proteger a esa desalmada bestia.

Lo que a continuación relataré es imprudente titularlo, así que me remitiré a los detalles.

Cierta tarde yo fui a la casa de Tamara (sin avisar, claro). Golpeé la puerta de madera podrida. Nadie contestaba. Esperé unos minutos y volví a golpear. Nada, nadie contestaba. Volví a esperar unos minutos y comencé a llamar “*Tamara*” una y otra vez. Pero nadie contestaba.

Me volví a mi casa con la intención de volver al día siguiente. O al menos esperar que Tamara apareciera por mi casa.

Así pasaron 2, 3 días sin novedad alguna de Tamara. Y me decidí a volver a su casa, a ver que era lo que en realidad estaba ocurriendo allí.

Golpeé una sola vez: me atendió Silvia.

-¿Está Tamara? - le pregunté.

-Si, pasó Laurita, está en el lavadero del fondo, jugando con sus hermanos.

Mientras caminaba en dirección al lavadero, en compañía de Silvia, pensaba en la repentina amabilidad de Silvia, el haberme llamado *Laurita* era extraño, ya que jamás me había hablado. Quizás era yo la equivocada y había prejuzgado a Silvia, quien era en realidad una buena mujer desbordada por la situación: 5 hijos, un marido ausente, una casa en ruinas.

-Vení, pasá, - me dijo Silvia con cierta sorna, mientras abría la puerta del lavadero.

Entré delante de ella y sentí que cerraba la puerta con llave, una vez que las dos estábamos dentro del lavadero.

Lo que allí vi fue monstruoso, horrible, digo de la morbosidad mas diabólica y enferma que jamás haya conocido.

-Mirá, ahí tenés a tu amiga Tamara, que se ha portado muy mal con su mamá. ¿Sabés que intentó hacer? ¡Escondese bajo el piso del comedor para jugar con mis homúnculos! Pero decí que la vi justo a tiempo, para darle el castigo que se merece, por imbécil y traidora. Eso no lo hace nunca más. Nunca, nunca más. ¿Me escuchás Tamarita, nunca más lo haces estúpida!

Le gritaba estúpida y chupaba de su cigarro, observándola con una mirada desorbitada. Y le gritaba cada vez más y más violentamente. Yo no podía creer lo que veía: Tamara estaba encerrada en una jaula en la que apenas si cabía su cuerpo desnudo, atada de pies y manos, con su boca cosida con hilo de nylon (ese mismo que usan los pescadores) y tenía sus párpados *pegados* a sus cejas, imposibilitándole pestañar. Pero eso no era todo: sus otros 4 hermanos estaban en iguales condiciones, aunque Lucas era el que peor semblante presentaba. Los ojos de los chicos estaban resquebrajados de sangre, salientes, como si en cualquier instante se les fueran a saltar de su órbita. El olor que allí había era nauseabundo, putrefacto.

Ahí, parada frente a los 5 chicos, que minuto a minuto iban renunciando a Silvia, sentí un pinchazo en uno de mis brazos. A los pocos minutos caí desmayada al suelo.

Me desperté. Estaba dentro de un placard (o algo similar) con mis pies y manos atados, y mi boca cosida, como la de Tamara y las de sus hermanos. ¿Por qué Silvia habría hecho esto conmigo? ¿Y con los chicos, sus propios hijos?

Se escuchaba a través de la puerta del placard una radio bastante cercana. Sonaba "Exit music" de Radiohead (o imaginaba escucharla, deseaba escucharla, deseaba meterme en esa canción, maldición). Al finalizar esa canción el locutor relató "*luego de la desaparición de Laura Olmos, de 15 años, hace 47 días, se retoma su búsqueda en las profundidades del río Paraná. Peritos y policía científica informaron que no se tienen datos sobre su paradero. Hoy a las 19 hs. se oficia una misa por su bendición y por su pronta aparición en el Monumento a la Bandera, a cargo del obispo Paparrucho*".

Elina Cristina Bradel

Tras la pantalla

Escoge ligas caladas, tacones aguja, maquilla sutilmente su rostro pálido e impreciso, no existe una mueca que la delate, sólo aparece una sonrisa nerviosa en el momento que suelta sus cabellos rizados. Entonces enciende un mentolado, deposita sutilmente una copa de vino blanco junto a la mesa del computador y se viste disciplinadamente.

Camina parsimoniosa hacia el sillón, se detiene altanera frente a él como queriendo seducirlo con su porte honorable. Entonces se sienta, desempuña las manos, su cuello de a poco abandona esa rigidez constante. Su mentón tiritita segundos, bruscamente zarandea la cabeza sacando mierda de ella, sube unos centímetros su falda, prende el computador al mismo tiempo que enciende otro mentolado.

Paula temía al silencio como a las agujas de las gordas enfermeras, como dar la

paz en misa las pocas veces que piso una iglesia, al aroma pegajoso del incienso que le recordara un lugar en el que no quiso estar, temía al olor ácido de un cuerpo recién amado. Como clavos punzantes removían su piel, esa tristeza monstruosa le llevaba como un trance obligado a cada recuerdo, a cada abandono, a cada mentira, promesas y relaciones quebradas como un karma no resuelto, aquella era su única certeza, sería víctima de dolores, de dolores al corazón.

Ese sillón frente a la computadora pretendía tragarle, mientras observaba cada detalle de la pantalla, cada rincón de ese aparato que se convertía en todo aquello necesario. Era ese momento su momento.

Ella sabía con una certeza ciega que las palabras encierran un poder inimaginable, pueden nacer del alma más sublime o simplemente de una oscura vanidad. Plasmarlas en una pantalla en blanco suele ser un desafío que enamora o genera olvidos, pero ellas están, ellas conocen y muestran, pueden ser rubios, altos, de ojos verdes o amarillos, pueden ser, y esta es la magia, como ella quiere que sean.

Paula camina a ciegas, guiada por el murmullo de teclas que apuran la palabra, cayendo en un destino que reposa en su imaginación, un destino que siempre se acercará al idilio, mientras no

haya una imagen que vulnere y acabe de golpe con sus perspectivas, por lo tanto los rostros están de más, el idioma es la palabra y ese es el objeto del juego.

Mientras el vino se transforma en un aliciente necesario para que teclee con más valentía, siente que aun no sabe que es lo que se descubre, ni que futuros se vislumbran, pero sí, que este nuevo camino es lo buscado. Deposita, sin pudor, en lugares inéditos las esencias de cada uno, esta vez es Roberto quien la acompaña frente a la pantalla.

No hay imágenes, sólo referencias que ella guía. Esta vez quiere a un hombre alto, dotado, moreno, ardiente y Roberto le sigue el juego. Con pequeños detalles Paula trata de envolver en palabras la atmósfera que busca, Roberto entonces, termina siendo quien ella quiere que sea. El juego termina cuando esta mujer quita sus medias caladas y ya satisfecha enciende otro de sus mentolados, se despide prometiendo otro encuentro que ambos saben no existirá y apaga la pantalla.

Esta vez sólo viste su pijama y quien está tras su pantalla es Mauricio Carter Villogran, chileno, 38 años. Esta vez lo ve tras una pequeña cámara, ya sabe de sus gestos cuando tiene hambre, distingue su sonrisa nerviosa de una cálida bienvenida y en su mesa del computador hay un café con un sándwich, pues comparten la hora del té mientras se miran sin distracción y se cuentan la rutina que no es tediosa cuando se trata de ambos.

Ahora es distinto, pues se llenan de letras muy cuidadas ese blanco justo frente a los ojos. Se cuelgan de pequeños mensajes el aliento que sale del interior, se hacen posible los miedos y las aventuras. Se es capaz de iniciar, continuar y elegir y si el cansancio asoma sólo el necesario apagar la computadora, pero esta vez la pantalla sigue encendida porque Paula cree, espera y necesita, porque esta vez Paula busca una hora, un lugar y una prenda que le distinga.

Él está allí, frente a su pantalla, le pide que le hable de sus matices, le cuenta como ellos invaden su cabeza, él busca formas y reflejos y se alegra cuando la curiosidad le llama. Le dice que no alcanza a medir la nueva sorpresa cuya caja es ella, como un regalo de bienvenida, disfruta la intriga encontrando seguridad en la capacidad de asombro, acepta el desafío y goza del placer sostenido de las palabras, que forman ideas, que dirigen flechas certeras.

Te amo le dice Mauricio y Paula reconoce de inmediato el dolor venidero, sin embargo hay un atisbo de fe ciega en sus palabras. La pantalla permanece vacía unos segundos, hasta que un te amo de respuesta aparece con mayúsculas en el visor de este hombre.

Horas más tarde, días más tarde, meses más tarde, siguen alimentando esas nuevas ansias, ella descubre y entiende que está en las manos de aquel hombre tras la pantalla. Si quieres ábreme el pecho le dice, hazlo ahora, ábreme el pecho con tus manos sutiles, llévate mi sangre, trata de no manchar tu respiración, de que no caiga por entre tus dedos, llévate mi sangre, mi pecho abierto como túnel, llévate también mi dolor, mi ansiedad y poca paciencia. Toma todo lo que provocas, todos esos fuegos que avivas. No me gusta sentir esto que prometí no sentir. Mi dolor, la ansiedad, los fuegos llévate, por sobre todo el dolor, mételo en tu bolsillo y en tus pulmones, siéntelo tú. Ábreme el pecho, silénciame.

Horas más tarde se acuerda una fecha, lugar, y una hora, pero ambos saben que esa esquina estará vacía, porque lo que enamora en definitiva es el rostro que genera la imaginación, no la verdad que sale de la pantalla.

Paula enciende su computador, Escoge ligas caladas, tacones aguja, maquilla sutilmente su rostro pálido e impreciso, enciende un mentolado, deposita sutilmente una copa de vino blanco junto a la mesa del computador, esta vez será Ricardo.

Soledad Andrea Burgos González.

Tiempo de membrillos

Hemos tenido telepatía y has venido a mi encuentro. Sabía de ti por los noticieros; comentaban que hace días llegaste a tierras de Castilla como siempre lo haces: silenciosa y meona. Te imaginaba, majestuosa, con tu halo envolvente, aposentada una vez más en las vidas ajenas, en los campos y en las calles desiertas.

Yo, entre tanto, me doraba al sol del membrillo, perdida en mundo complejo de fraudes y mentiras, pero no por eso, menos bello. El sol de mi otoño me acunaba como a una niña nostálgica en esas perezosas tardes otoñales que invitan a recuerdos dulces de chocolate, churros y castañas. Así, la noche se precipitaba despidiendo al sol un día más. Las luces de la ciudad se encendían dando calor a la frialdad del asfalto.

Encerrada entre rayos alegres y atardeceres de color miel, guardaba, mientras te esperaba, los membrillos en los armarios; su perfume reconfortaba mi ánimo, me trasladaba a tiempos de mi niñez. ¿Sabes? Quiero grabar en la memoria de mis hijos esos detalles nimios que harán, igual que a mí, feliz su pasado al recordarlo.

Anoche, al despedir al benjamín de la familia, me dijo entre susurros: “Mamá, quiero que llegue ya; estoy deseando pasar frío y miedo cuando vaya al colegio”... Si hasta los niños te aguardan y tú, remolona, haciéndote desear.

Hoy me he despertado con una claridad gris. No estaba aún mi dora-membrillos. Se retrasaba.

Como autómatas, perdida aún en los vahos del sueño, he subido la persiana y, cual ha sido mi sorpresa al verte plantada ante mí. Me he precipitado a la habitación del niño y, sin más preámbulos, le he dicho: -¡Javier, ha venido!

Arrastrando su oso de peluche, ha caminado hasta la ventana. Su carita se ha iluminado nada más verte, y una suave sonrisa de satisfacción se le ha escapado de su rostro infantil.

-¡Por favor, por favor, Mamá, déjame hoy ir sólo al colegio!
¡Por favor, Mami!

Le he abrigado hasta casi cortarle la respiración, y con su manita enfundada en la cara de un Snoopy, me ha dicho adiós.

Me he asomado a la ventana y he oído una voz que decía:

-¡Es genial! No veo nada.

Me he quedado allí parada, mientras los huesos se me encogían, contemplándote, deleitándome, escuchando tu silencio, pérdida entre ti y el recuerdo de la gente que añoro. Me ha venido a la memoria la austeridad de los campos en los que crecí, sus hayedos dorados, los chopos desnudos y el olor a leña. Mis sentidos, un año más, han despertado a esta naturaleza muerta, aunque viva y latente en mi corazón.

Meciéndome entre un sol de membrillos y tú, niebla juguetona, he dado gracias a ese Dios tantas veces reprochado y, otras, olvidado.

M^a Ángeles Cantalapedra

Un sueño

Tuve un sueño.

Mi padre yacía sobre la mesa de un quirófano rodeado de varios cirujanos y enfermeras. Tenía el pecho abierto, palpitante, sanguinolento. En un momento dado todos los presentes salían de la sala de operaciones y yo conseguía quedarme a solas con él para de un modo instintivo arrancarle el corazón, esconderlo en mi chaqueta y salir corriendo. Una vez en casa resolvía ocultarlo en un lugar realmente inaccesible que no lograba concretar pues en ese mismo momento despertaba sobresaltado y bañado en sudor.

Mi madre insiste en que mi padre nunca ha sido como es ahora: arisco, rudo, en cierto modo provocador; que en estos últimos meses ha cambiado mucho y que es inútil hablar con él para averiguar los motivos de esa misteriosa mutación. Por lo que yo logro recordar tiene razón. Nunca me faltó nada ni recibí sus castigos, cachetes y amenazas como ahora los recibo un día sí y otro también.

Esta mañana mi madre se ha reído cuando, mientras desayunábamos, le he confesado el sueño que me aconteció aquella noche y que no he logrado olvidar.

No sé que me inquieta más: que mi madre me tome a broma o que esa estúpida sospecha de que puedo ser yo quien “lleve encima” el corazón de mi padre y él pueda haber acogido el mío no sea la mera fantasía de un niño de diez años sino un caprichoso vaivén de la fatalidad.

A ver si no cómo puede interpretarse que haya abandonado sin más ni más mi afición a cortarle las alas a las moscas, haya desistido en el afán de pinchar los neumáticos de los coches y todas las tardes me acomode sin falta sobre esta mesa de estudio dispuesto a cumplir con las aburridas tareas escolares...

José María Casquero Vega

Acorralado

La cosa es conmigo. Van y vienen. Dan un paso, lo retraen. De tanto en tanto alargan el camino, lo llevan hasta casi un semicírculo y luego lo desandan. Me clavan la mirada, bajan la cabeza circunspectos y de repente la alzan cruzándoles por un instante un brillo de alerta y miran por encima mío, buscando parámetros o tal vez asegurándose la coartada o quizás sentenciando a potenciales testigos del desenlace. En esos momentos me relajo un poco, sé que no embestirán con sus cabezas levantadas. Pero soy consciente de que es cuestión de una fracción de segundo para que vuelvan a colocarse en posición.

Alguno descrea de tanto escarceo y da un par de pasos hacia mí. Y yo solo debo hacer un movimiento rígido para que retome su lugar. Pero todo es cuestión de tiempo. Vendrán. Saben que me tienen, que no tengo salida, que me estoy horneando en mi desesperanza, macerándome en el estúpido instinto de conservación, imbuido de un caldo espeso de adrenalina. Yo sé que no estoy aquí por casualidad. La excursión, el turismo aventura; odio todo eso, pero ahora sé, el reloj de mi destino tenía puesta la alarma en este día, en este lugar, donde el mundo hará caso omiso de mis huesos. Sólo los detiene su instintiva cautela. Los desorienta mi actitud. No corro, no me retraigo ni me encapullo, no grito, no los miro a los ojos, no los desafío, no parezco temer ni aparento creerme su rival.

Dos pasos adelante, se vuelven y de nuevo me enfrentan. Jadean, fruncen el entrecejo, me huelen, alguno gruñe, hociquean. Se miran entre sí. Alguno debe ser el líder.

Nerviosos, descreen un tanto de su presa inactiva. Sudo, siento escalofríos, la garganta se me seca, se me retuercen las vísceras. Ya soy descartable, los demás estarán atendiendo sus asuntos, no van a notar mi ausencia hasta entrada la noche. No les caigo bien, pero me van a extrañar. ¿Dónde está el agorero? “Que mañana va a llover, que no creo que veamos ningún ciervo...” Yo me hacía el ermitaño, el que se aparta del grupo y se para en el borde de un barranco, el agarofóbico malhumorado al que le pican mosquitos imaginarios pero que a cada vuelta de cada día llegaba ansioso de ver la fogata, de oler el asado, de amucharme entrelazado para vencer la escarcha, de creer que formaba parte de un grupo y existía por un propósito.

Diez o doce lobos son todo lo que es el mundo para mí en este momento. Dos o tres ya están a un par de metros. Su desenfado solivianta la vigilia del resto. Me pregunto como lo harán. Será un ataque nervioso, violento, brutal o será así, paulatino e irá en aumento según la fuerza aplicada a sus dentelladas... Babean, se relamen. Siento que cada pedazo de mi cuerpo se despide del resto. ¿Cómo será? ¿Les ofreceré abierto el cuello y así terminar rápido o les haré dificultoso llegar hasta mis entrañas ovillándome?

Me arrinconan contra un enorme tronco seco y torcido. ¿Correr?, Siempre sería una posibilidad. Han pasado horas, se me agarrotan las piernas. ¿Por qué? La tarde se distiende más allá de las altas copas. De pronto entiendo, esperan la noche, son cazadores nocturnos, todo su poder y magnificencia estarán en su mejor estado con la oscuridad. Ahora la muerte ya tiene horario, la incertidumbre tiene un plazo. ¿Rezar? No, serían demasiados rezos postergados. Se balancean cadenciosos, hamacan sus cuerpos desgredados hacia uno y otro lado; sus garras tantean la hojarasca buscando afirmarse. Vibran en sus gruñidos, liberan todo su instinto y se vanaglorian de su infamia en pos de un festín de sangre. Los colores van apagando sus tintes y a mí alrededor solo va quedando un cerco de ojos encendidos, unos cuantos pares de pequeños ámbares refulgentes y un espectral jadeo vaporoso. Vienen por mí. Las primeras estrellas engarzan la inmensa, diáfana y profunda letanía azul.

Hugo Atilio Corte

Al otro lado de mi orilla

No soy yo, es el otro que está en mí. Salgo de mi casa, llego a la esquina y doy la vuelta y alcanzo a divisar mi brazo izquierdo. No es mi brazo sino el brazo del otro que está en mí y va conmigo a todas partes. El otro me asfixia, me persigue y a veces me detengo. La gente muchas veces me ve discutiendo sólo, creen que estoy loco, pero desconocen ese problema que he llevado conmigo desde hace muchos años.

De regreso de mi rutina, rutina de una vida común y corriente, de gente como uno, entro a casa, voy derecho a mi habitación, corro la cortina y se apaga la luz de la luna.

¡El ambiente se torna lúgubre, parecido a todo eso que existe en mí!

Diez de la noche. El viento helado cala mis entrañas, siento frío, froto las manos con fuerza y de mi boca sale un vaho cálido, mis huesos se ponen, rígidos y rudos como el mármol sin pulir de las canteras. Sin embargo, deseo aliviar mi carga.

Ahora estoy, elegante me cambié de ropas. ¡Así soy yo!: camisa de lino blanco, de mangas largas, pantalón gris, de tela tan suave, que al contacto y roce de la mano, da la sensación de ser la piel de mi piel. Me puse los zapatos de cuero, exquisitos, de marca. Encajado ya, me pongo las mancornas para ajustar los puños de mi camisa.

Algo me falta.

El retoque final.

Agarro un parche de cuero negro para cubrir mi ojo derecho no tengo ningún problema en el ojo, lo hago sólo porque esto llama la atención de los demás y al verme así se les despierta la curiosidad por querer saber qué me ha sucedido. En esta ocasión pongo delante de mí, al otro que está en mí. Es como una especie de señuelo para atraer a los demás y sentirme importante. Una aberración que me acompaña desde hace mucho tiempo.

Salgo a cumplir mi cita.

En cada una de esas noches de azar, pongo en riesgo y en juego mi vida.

En mi auto, un Mercedes Benz blanco, mis pensamientos débiles y confusos, forman un nido tupido como esos que construyen las Maríamulatas en el árbol frondoso donde hacen sus nidos.

Tomo el timón de mi carro, lo agarro con mucha fuerza, casi violentamente como si quisiera derribarlo. Mi lucha en contra de él se vuelve infructuosa. Lo único que logro es estropear mis las manos.

Ya en ese bar, ese mismo bar que visito todos los días, la cita es inevitable, me lleva al encuentro conmigo mismo. El del otro.

La soledad hierva dentro de mí mismo. Mis pensamientos han formado una capa gruesa y espesa, se vuelven una nata, que no deja pasar la luz.

Reacciono ante lo evidente. Ante mi realidad.

Soy un tonto.

Lo sé.

Todos tenemos algo o mucho de tontos, pero a veces prefiero vivir en una madriguera hibernando por largos meses.

Allí, en el bar, estoy rodeado de muchas mujeres ¡quiero ganar la partida en ese juego! ¡El juego de mi propia vida!

Arrellanado en un sillón hago señas con mi dedo índice a la chica de falda roja y sombrero negro. Tan maquillada que parece una gatita misteriosa de esas que se arrastran cuando están en celo.

Ella se acerca.

Pido un Chivas Regal, seco y doble.

Casi enseguida aparece y lo coloca sobre la mesa.

-¿Algo más? -me dice.

-No gracias, puedes retirarte -le digo mientras la miro directamente.

Ahora, embebido en aquel ambiente de trajes ceñidos, llamativos y hermosos, una jovencita me hace un guiño, insiste de manera provocativa. Sensual se me insinúa. Su movimiento arqueado y curvilíneo me excita. Mi mirada se torna fija y penetrante. La despojo de cada una de sus prendas de vestir.

¡Insana curiosidad lasciva la mía! Yo, espectador, cegado y trastornado por la imagen que tengo frente a mí, ¡Me debato entre mi propio yo y el yo del otro!

De repente la tarima se cubre de humo, interrumpo mi delirio, en esos rituales intocables en cada noche de ardor y desamor. Mi otro yo lo disfruta y mientras me ahogo en la confusión somos dos en uno, ahora, es difícil que mi cuerpo funcione, mi mente no es mi mente, ¡se somete a la voluntad del otro!

Lidia Corcione Crescini

Breve declaración de amor

“Querido diario:

Hasta ahora, por pudor, por introversión, por timidez, no pude confesarte lo que me sucedió esta mañana.

Como venía contándote, me enamoré perdidamente de ella. En otras hojas pude describírtela y pude imaginar hasta el hartazgo cada una de sus reacciones frente a alguna palabra que le dijera... todo en sueños o en imaginarios...

Pero esta vez tengo que contarte algo mágico que me sucedió con ella.

Tú sabes bien, ida y vuelta diariamente, siempre el mismo trajín, una rutina que engaña...

Entonces, hoy me decidí... no esperé ni un minuto más.

Sé que sube en esa esquina. Con mirada pícara el chofer del colectivo le pregunta el destino del viaje y su respuesta seca y dura, siempre es la misma.

Se acomoda en uno de los asientos individuales, creo que el tercero o el cuarto. Por la ventanilla echa una última mirada al lugar que abandona como prometiéndole un regreso seguro. Luego saca de la cartera sus pinturas y como si fuera un retrato, comienza a perfeccionar su belleza. ¡La tendrías que ver! cuando sube es hermosa pero cuando finaliza esta ceremonia queda única, queda llena de luz, brillante como el sol, radiante como los días de enero... pero bueno, sabes bien que no soy objetivo...

Y una vez embellecida extrae auriculares y su mirada se pierde por el cristal, hacia la nada...

¿Y yo?

Bueno, lo mío es más que costumbrista ya... Apenas se detiene en su parada, dejo de leer mi libro y detengo la mirada en un solo punto: las escalerillas. Y la veo subir, querido diario, ¡juhh lo que te pierdes! A veces con anteojos de sol, a veces sin... no importa, si pareciera que él sube con ella...

El palpitante de mi pecho no me permite seguir con la lectura hasta que toma asiento. Hay días en que su belleza es tal que trato que

el galope de mi corazón disminuya, que no llame la atención. Con esfuerzo enorme trato de concentrarme en la lectura... ¡pucha! Si vieras como cuesta... tanto fijar la vista como evitar el levantarla...

Pero hoy tomé la determinación.

Paciente me senté en un asiento paralelo, pegado al pasillo para así estar lo más cerca posible. El trayecto semejó a un viaje al espacio. No llegaba nunca a su esquina.

No me lograba absorber la tinta del libro.

Y en eso, el *'fuuu'* típico del freno a aire y el ruido de la apertura de la puerta fueron el preámbulo de su ascensión.

La misma ceremonia y el mismo ritual al subir y al sentarse.

Ya no aguanté y ante la primera mujer que subió luego de varias cuadras de recorrido, me levanté cortésmente y le cedí el asiento.

Disimuladamente, me acomodé parado en derredor de su perfume. Aroma perfecto. Ya su vista se encontraba perdida sobre el asfalto y el paisaje urbano que poco permite a la imaginación.

Del jean saqué el papelito que había escrito, un tanto arrugado... ¿lo recuerdas?

Fuiste, querido diario, el único testigo de esas palabras...

Como al descuido me agaché y acerqué mi rostro a la ventanilla, haciendo notar que quería saber si estaba cerca mi descenso...

Instintivamente ella volteó la cabeza y... ¡me miró!

Fue cuestión de segundos pero creí que me moría. Mi corazón quería saltarme del pecho.

Cuando logré calmarme, tomé el papel casi estrujado de nervios y desde la mano derecha con la que me sostenía del pasamano, lo dejé caer casi sobre la falda entre la cartera y su cinturón.

Nervioso y veloz, descendí. Mi parada habitual había quedado a varias cuadras de distancia. Ella no notó el otoño de mi mano porque, seguramente, detrás de los anteojos oscuros sus ojos no estarían iluminando el día.

Mientras, crucé la calle y enseguida subí el colectivo que me regresó.

¿Qué opinas? ¿Lo habrá leído? ¿Le interesará? Tal vez... “

Por otro costado de la vida corría también una angustia, un dolor. Él no hubiera imaginado nunca el centenar de penas que le estaban circundando el alma. Sin embargo aquella mañana algo cambió.

Lo había percibido varios viajes y, aunque uno termina acostumbrándose a los viajeros rutinarios, él sí le había llamado la atención.

Aquella mañana, se dio cuenta del bollito de papel que cayó sobre sí pero hizo como que dormía. Esperó que bajara y lo tomó entre sus manos, lo extendió y leyó. Por el límite de sus anteojos comenzaron a deslizarse algunas lágrimas mimetizadas por el negro del rimel que delineaban sus enormes ojos marrones.

Al otro día no viajó en el mismo colectivo. Caminó hacia la estación de trenes y prefirió ese transporte. Quería ordenar sus ideas, no mostrarse, no asomarse tan frágil al amor luego de su pérdida, luego que su vida quedara fracturada.

Recién a la semana retornó a su habitual trayecto. Ese día decidió colocarse lo mejor que su vestuario le ofreciera. Se descubrió hermosa desde que se levantó y con un retoque en el maquillaje decidió enfrentar la realidad.

Cuando sacó el boleto miró al fondo del vehículo y no pudo distinguirlo a simple vista. Se sentó entre frustrada y decepcionada, en su habitual lugar.

Había transcurrido gran parte del viaje y ya quedaban pocas cuadras para bajar. Nada había sucedido. Nadie, ni siquiera torpemente, le habría tropezado el hombro para llamarle la atención. Sin embargo estaba atenta a cada movimiento...

Cuando ya le tocaba descender, se irguió y echó una mirada llena de curiosidad al pasaje. No lo encontró. Antes de levantarse releyó, melancólica, ese trozo de papel arrugado:

“ESTOY ENAMORADO Y SE LO DIRÉ... Y NO ME IMPORTA LO QUE PASE, ACEPTARÉ CUALQUIER DECISIÓN QUE TOME...”

Al bajar las escaleras y mirando bien donde pisaba, vio como una mano cortés y gentil se extendía para ayudarla. Su instinto le ordenó rechazarla pero su corazón luchó y cedió.

Ya no había tiempo para más.

Tenían la mirada luminosa (así dicen que la tienen los enamorados) y comenzaron a caminar sin dirección, sin norte y sin soltarse de la mano que la hizo descender.

La derecha se estrechaba a la de él y en la izquierda, bien apretaditas, se encontraban sus palabras que disimuladamente introdujo en el bolsillo externo de su abrigo...

Rubén Damore

Ser Tortuga

Hubo un día en que Victoria quiso ser tortuga. Fue cuando recogió la del niño por la mañana; estaba en el patio y fría. Como Victoria no sabía de reptiles, la creyó muerta. Lloró Victoria por su despiste, por privarle al niño de su regalo con un acto que sólo podía calificar de negligencia. Después puso a la tortuga cerca del radiador y lo encendió para reanimarla. Con lágrimas en los ojos comprobó que sus patitas colgaban, al igual que su cabeza. Sólo minutos más tarde le pareció que había encogido algo el cuello, creyó que verlo era un acto voluntario hasta que descubrió que movía una pata y después otra. Fue entonces cuando quiso ser tortuga.

Era lógico, a ella la dejaban a la intemperie muchas noches frías y nadie se tomaba la molestia de recogerla y ponerla junto al radiador para que olvidara la humedad del patio. Era mejor ser tortuga, poder bajar las constantes vitales y que una madre cualquiera te reanimara haciéndote olvidar una mala noche. Pero Victoria debía ser realista, las madres no abundan o se hacen viejas y frágiles y ya no pueden llevarte hasta el radiador. Además, hay que reconocerlo, a ciertas edades, está feo buscar una madre serena que te ayude a olvidar una noche oscura. Es mejor tener un carapacho confortable, donde esconder las patas y la cabeza, cuando arrecia el frío. Es mejor, pero no es fácil. A veces los carapachos distan mucho de ser confortables, son ruidosos y caóticos y no transmiten más que desazón. No siempre los recursos son directamente proporcionales a la edad e incluso Victoria- que no es tan vieja- puede recordar carapachos perdidos que en su tiempo le parecieron lugares felices. Y dice en su tiempo, porque no sabe lo que le parecerían ahora, quizá pequeños o agobiantes pero idealiza aquello que pasó, como a veces hacemos todos.

El hecho es que ahora quiere ser tortuga para pasar el invierno dormida, sin sentir nada, aunque nadie la arrastre hasta el radiador. Ya llegará el mes de marzo- se dice- o quizá nunca llegue, porque importarle, apenas le importa. Esa indiferencia le hace bajar sus constantes vitales. Mucho frío, eso es lo que ahora siente pero da igual. Así se parecerá más a la tortuga. Sólo tiene una objeción, la de privar a su hijo de un carapacho seguro. Esto es lo que lo que dan las madres- se dice- y ahora se da cuenta de que la madre es ella. Es este

descubrimiento el que le da las fuerzas necesarias para alcanzar el radiador.

Aranzazu de Isusi

El viaje de Emilia

Emilia nunca había salido del pueblo, tampoco se había casado. Y ambas situaciones parecían ya no tener remedio de acuerdo con el imaginario popular.

Los años seguían pasando y las cosas que va instituyendo el tiempo, sólo él finalmente decide si las libera o las condena.

Emilia lo sabía, pero difícil resignarse. Aceptar que algunos destinos se cerraban más temprano que otros.

Con la ventana de su casa que daba a la calle, apenas entreabierta, la mujer no se cansaba de otear de manera furtiva los vestigios que le llegaban del resto del mundo.

Todo se movía allí afuera. Todos iban y venían, cambiaban de perspectiva, sólo ella permanecía inmutable.

Secretamente odiaba, amaba, envidiaba la dicha, pero también los momentos de penurias que vivían los demás.

Atenta y en permanente estado de vigilia, sus pocos ratos de ocio se volvieron presa del encierro y ya no hubo forma de que nada ni nadie consiguiera derribar los barrotes de su celda interior.

Sin embargo, los ecos de las habladurías que despertaban sus “estigmas”, aún lograban movilizar su sensibilidad. Quería, después de todo hacer algo, algo que sacudiera a empellones ese letargo maldito, mezcla de prejuicio y realidad, que ya parecía haber decidido sobre cualquier posibilidad, sobre cualquier porvenir.

Y por fin lo hizo. Puso aquel aviso en el diario comunicando su próximo viaje. Cerró las puertas de su casa y partió.

En el pueblo no podían salir de la conmoción inicial que la noticia provocó. No tanto porque Emilia fuera a hacer un viaje sino porque así volvían a percatarse de su existencia.

Emilia era “alguien” que decidía irse del pueblo. La trascendencia de este hecho, tal como ella lo había pensado, no fue menor. Elevaba a la categoría de realidad a su protagonista, importando muy poco en adelante todo lo demás.

Antecedentes y consecuencias del viaje de Emilia pronto pasarían a formar parte del anecdotario general. Como si por fin Emilia se corporizara y ocupara un lugar.

Por eso nada importó indagar la verdad.

Así la vigilia junto a la ventana se convirtió en una ceremonia absolutamente secreta, y el destino burlado permaneció a salvo de otros testigos.

Julia E. De La Iglesia

Pelea de fondo

Ring – Ring.

-Comisario Pesoa. ¿Quién habla? Los ojos de Pesoa brillan en la semipenumbra del despacho. Se le hinchan las sienas.

La mujer cuelga el teléfono. Camina hasta la cómoda, abre el segundo cajón y saca un revólver pequeño, brillante, con cachas nacaradas. Vuelve hasta la mesita y se mira al espejo; su rostro está deformado, cubierto de sangre coagulada. Apaga la luz.

Pesoa salta del sillón y sale a la calle; es de noche. Sube al auto y se lanza a toda velocidad por la avenida. Esquivando autos a los volantazos abre la guantera y revuelve todo. Busca. De piedra es el rostro de Pesoa. Por fin encuentra una foto donde aparece él junto a la mujer, sonriendo los dos, con fondo de río y muelle de pescadores. Amaga con guardarla en un bolsillo del saco pero la rompe y arroja los despojos por la ventanilla. Frena de golpe; hay mucho tránsito en la ciudad. Mirada fría y dura como un estilete. Gotas de sudor le aparecen en la frente. Tantea la nueve milímetros junto a su axila.

El tránsito, cada vez más denso, dibuja ansiedad en el rostro del comisario. Toma el micrófono del equipo de radio.

-Acá Pesoa. Yo me encargo de la llamada. Sí, me las arreglo solo. Que no vaya nadie hasta que yo avise. Ahora sí está nervioso: frente al Luna Park el tránsito se atasca. Un cartel anuncia que esta noche pelea el Mono Gatica.

Pesoa ya tuvo, hace un par de horas, su primer round.

-¿Quién es el hijo de puta ese? ¡Turra!

La mujer lo había mirado con cara de no entender y él había descargado un feroz puñetazo en el rostro de ella. Y otro, y otro, y otro...

Por fin llega a la casa, que está a oscuras. Sube por la escalera que cruje delatora. Los letreros luminosos de la calle inundan la casa con una pálida luz rojo violáceo. Los ojos de cuarzo de Pesoa buscan. Se acerca a la puerta de la habitación, ve la sombra de la mujer. Algo lo detiene.

-Amalia. El rostro de Pesoa es todo pánico.

-¡Mierda!

-Bang – Bang.

Jorge Nicolás del Río

Sólo tres

Humberto Costantini; jamás lo había conocido.

La rústica y pequeña sala se iba llenando de espectadores. Sólo esperaba ver a una gran amiga como actriz.

Pronto se apagaron las luces y quedó la única lumbre de una vela que, entre sombras, iluminaba el rostro de los actores. Menos el de él... ¿por qué estaría de espaldas al público?

Habló Costantini por una grabación y luego, en el personaje de una triste mujer casada que, terriblemente, vivía en su imaginación el amor rugiente y apasionado de un interior que la rutina, la incomunicación, la soledad y el abandono, no habían logrado matar.

Luego el trabajador, en una plaza cualquiera de Buenos Aires, comiendo en un banco mientras esperaba la hora de visitar a uno de sus clientes. Frente al él, la escultura de un prócer, “¡mi estimado prócer!”. Un largo parlamento; fuertes interpelaciones, íntimas y desgarrantes, al que siendo cemento –como tantos lo son hoy viviendo- nada respondía, pues le era absolutamente ajena la realidad de ese hombre que dependía de otros para poder seguir; así, humilde, agotado, casi muertos sus ideales, pero incansable...(¿Quién era el “prócer” allí?).

Finalmente un ejecutivo frente a Dios, creyendo que con sus logros empresariales y manejos del discurso todo lo había conquistado: ¡hasta el cielo! Y Dios le habló de miradas, del color de esas miradas; pero él nada había vivido de aquello.

El, el que estaba de espaldas al comienzo, nada sabía de miradas. Se mostraba en esa postura erguida, segura de sí misma, omnipotente. Entonces esa voz: “Su entrevista ha terminado” y la condena.

La función también había terminado y el “ejecutivo” salió tímidamente a saludar. Mis ojos no podían apartarse de la transformación. Sus hombros inclinados, su semblante brillante hacia abajo y una temblorosa sonrisa.

Me dirigí a la mesa del elenco y pedí permiso para felicitarlos desde mi pobre conocimiento porque nunca había vivido una actuación que me hiciera perder la noción de que lo era.

El estaba sentado y mi interior podía sentir que me miraba dulce y fijamente. Yo me desconocía, sólo me fijaba en la mesa pero no podía dejar de hablar, ahí, parada frente a ellos, sin saber siquiera si decía algo coherente. Pero sentía sus ojos y no me atrevía a entrecruzar los míos con aquellos que combinaban, a la perfección, la firmeza y la ternura.

La emoción quedó por siempre. Me invitaron a compartir momentos durante su breve estadía. Poco nos dijimos; pero hubo gestos, delicadezas, tímidas preguntas. Estuvimos uno frente al otro almorzando; sólo nos sonreíamos (¡y eso era todo un universo!). Una breve dedicatoria y se marcharon.

Pasó el tiempo y, sin yo lo supiera, tuvo en sus manos unos vuelos de mi imaginación.

Un día el cartero me entregó un sobre con mi nombre y el suyo en el remitente. ¡Esa mirada! Esos ojos, guiados por un corazón que se volvía único para mí, habían abrazado perfectamente el mensaje...Supe entonces por qué temblaba cuando vi convertirse al ejecutivo en él. Supe por qué el Dios de Costantini condenó a aquellos ojos que nunca se habían detenido en lo esencialmente verdadero y sentí, confiadamente, desde lo más profundo de mi corazón, que Dios obra en seres que pueden fundirse en una mirada que espeja el alma...casi sin palabras, sin caricias... y puede así, nacer el amor.

María Victoria Duranti

Delirio

Sintió como cada una de las palabras que salían de la boca de aquel desconocido la golpeaban salvajemente.

Las veía cristalizarse al entrar en contacto con el aire, cobraban formas redondeadas y brillantes de tonos azulados que al filtrar la luz le deslumbraban.

Le dañaban desde el mismo momento en que rozaban los labios de aquel ser monstruoso y cruzaban la distancia que les separaba.

Le molestaban, le asqueaban, le producían un dolor intenso que no podía soportar.

Se habían cruzado en la acera de una calle cualquiera, en una ciudad corriente.

Ese hombre de aspecto desaliñado la había elegido a ella para descargar su ira, entre un centenar, un millar seres anónimos que recorrían en el mismo instante aquella calle.

Su mala impresión inicial y su repulsa inmediata se reafirmaban al contemplar la imagen espantosa de aquella figura ante sus ojos, con una mezcla de curiosidad y repugnancia, recreándose morbosamente sin ser capaz de evitarlo, en cada uno de los detalles: su olor nauseabundo le precedía, llevaba el pelo cano, grasiento y enmarañado, no lucía otra cosa que un abrigo oscuro y destartado, unos pantalones con los dobladillos descosidos, en los que las manchas se tapaban unas con otras y un calzado zarrapastroso, que en tiempos mejores quizá fueron unas sandalias mediocres...

El tipo encadenaba una retahíla de sin sentidos, palabras atropelladas y entremezcladas. Despoticaba, insultaba, gritaba, alzaba las manos en señal de reclamo a algún poder supremo, aunque siempre se dirigía a ella, que momificada no terminaba de apartarle de su camino.

Ana era una persona muy decidida, pero la brusquedad del encontronazo la había atrapado y la mantenía inmóvil, anclada a aquella baldosa del suelo, en ese diminuto pedazo de mundo que parecía no querer dejarla marchar.

Los músculos tensos empezaban a producirle una sensación de rigidez que a ratos se traducía en un hormigueo insoportable y dolorosos calambres.

Quizá en un principio, Ana intentó analizar la situación, mantener algún tipo de perspectiva, pero le resultó imposible.

No entendía que clase de imperativos irracionales son suficientes para arrastrar a una persona a perder el control así, abandonándose por completo, abrazando una paranoia que consigue mantenerle lejos de la realidad, al menos de aquella realidad que normalmente consideramos cotidiana.

¿Cuándo se rompe el hilo finísimo que nos ata a la cordura, cuándo dejamos que las circunstancias nos superen, en qué momento te rindes y decides dar carta blanca a otros para que gobiernen tu ritmo y tu existencia se vuelve oscura?

La incomodidad continuaba creciendo, empezaba a resultar insoportable.

Aun así, Ana seguía sin hacer absolutamente nada.

Se limitaba a observarle perpleja, como quien ve una película en versión original, sin alcanzar la velocidad de los subtítulos y decide aburrirse o abstraerse, para no fastidiarle a su acompañante la velada.

Llegados a ese punto, debía tomar una decisión.

Optó por escucharle.

Optó por dejarle terminar tranquilo.

Optó por permitirle desahogarse, gritar, jurar, maldecir, llorar, arrodillarse, arrastrarse, suplicar, callar por un segundo, esbozar una sonrisa leve, y tras horas que quizá fueron en realidad minutos, los más largos vividos, aquel hombre comenzó a reír a carcajadas.

Se reía con un entusiasmo absoluto, como se ríen los niños, con una frescura que la vida les arrebató luego. Reía con una felicidad plena.

Aquella risa era magia en estado puro y muchos de los que seguían el camino de aquella calle cualquiera, contagiados, se marcharon sonriendo.

Tras un paréntesis repleto de carcajadas el vagabundo le tendió la mano.

Ana le respondió con el mismo gesto cordial.

Entonces, cada uno siguió su camino.

Eva Escorza Piñas

04:00 a.m.

Deben ser las cuatro de la mañana. Es la hora en que me despierto, es cuando me viene la inspiración. Casi siempre me gana el sueño y me vuelvo a dormir, para cuando amanece ya sólo me quedan recuerdos frágiles, inalcanzables. Pero hoy no, hoy debo sobreponerme y cumplir con la tarea, hoy me abrigo como puedo pues el frío está de mierda y me levanto. La pantalla del computador da un ambiguo tinte de palidez a mis manos, impacientes por atacar el teclado. Escribo, temeroso de que se me escapen las ideas:

A Margarita le gusta dormir con todas las cortinas cerradas. Al despertarse, lo primero que hace es asomarse al amplio ventanal para vislumbrar el nuevo día. Hoy su esfuerzo es vano, la oscuridad reina por doquier. Los faroles de la calle iluminan el malecón y derraman algo de luz sobre el acantilado, pero su efecto es imperceptible en el piso veinticinco. Al frente se adivina el mar y el horizonte nublado del cielo de Lima. El día se viene muy atareado, el chofer se enfermó y ella tendrá que llevar a los niños al colegio y en la tarde al club. Con tanto trajín no tendrá tiempo de ir al golf, pero eso sí, la noche queda reservada para su taller de narrativa. Con las ideas dándole vueltas en la cabeza arrastra la mesita del desayuno hasta su cama, encima ya está su laptop ronroneándole los buenos días y en pocos segundos se ve enfrentada a la página en blanco de su procesador de textos. El reto, el gran reto, es el manejo del lenguaje popular, pero nada se pierde con probar. Sus manos parecen acariciar las teclas cuando escribe:

El ruido que hace el camión recolector, adornado con los gritos de los basureros, despierta a Elpidio. La conchasumadre, se dice, está negro como la chucha de mi abuela y estos rosquetes ya están jodiendo. Deja la cama de un salto, abre la ventana, y les escupe un métanse los tachos al culo, vayan a joder a su puta vieja, son las cuatro de la mañana. No tarda en abrirse una ventana al otro lado de la estrecha calle y una figura conocida le grita, déjate de joder y ponte a escribir, y en un tono cachaciento añade, ¿no es acaso la hora en que te viene la inspiración? El aludido acusa el golpe y responde, la próxima vez que abras el hocico será para que me chupes la pinga, huevón, y no para decir cojudeces. Tremendo error, fue su culpa, tuvo

que ir a emborracharse con los choches del barrio y entre trago y trago contarles del taller de narrativa, todo un escritor, ya verán, carajo, ya verán cuando triunfe y el chucherío se me eche. Por gusto, todo por las huevas, por más que trata no hila ni cinco líneas. Y eso de que la inspiración viene en las mañanitas, antes de que salga el sol, debe ser cuento chino, ahí está el cuaderno lleno de hojas garabateadas que no valen un carajo. Hoy no, hoy ya no va a tratar, hoy tiene que terminar con toda esta cagada que lo está sacando de quicio y no lo deja dormir. Hoy, en vez de ponerse a escribir, se viste a toda prisa, saca un bulto del cajón de su mesa de noche, se lo guarda en la casaca y sale al corredor dando un sonoro portazo.

Llaman a la puerta, a esta hora de la madrugada y llaman a la puerta, debe ser alguien del edificio. O tal vez lo he imaginado. Mis sospechas se esfuman al escuchar los fuertes golpes, ahora con vehemencia, con desesperación. Dejo la computadora y corro a atender, pero antes de abrir pregunto por la identidad de tan inesperado visitante. Una voz gruesa me contesta, Elpidio pues, huevón. Elpidio, hago eco, atontado, no puede ser, no pueden existir dos Elpidios, no así de próximos, no con el mismo lenguaje. Parece haberme oído pues su respuesta es inmediata y tajante, claro que soy Elpidio, cojudo, y abre antes de que arme un burdel acá afuera. Abro, sobrecogido por el espanto y una curiosidad indefinible. Y ahí está él, tal como lo tenía imaginado pero, fuera de libreto, trae una pistola en la mano. Cauteloso, retrocedo hasta el estudio, él me persigue, amenazante, arremetiendo con un hola conchatumadre y luego, qué mierda tienes en el cerebro, cómo se te ocurre despertarme todos los días a las cuatro de la mañana para que escriba un cuento, es que yo escuché que a esa hora, replico, claro, me interrumpe, y ya van seis días en que me levantas a la misma hora y toda la collera se ha dado cuenta y se cagan de risa y me han agarrado de punto, trato de defenderme, es que el profesor nos puso esa tarea: un cuento dentro del cuento, me corta, tajante, me cago en tu tarea y en tu puto profesor y en tus putos cursos de narrativa, y ya estuvo bueno, huevón, ahora reza, cojudo, como último recurso imploro, no ves que todo es pura ficción, tú sólo existes en el papel, seguro, huevón, me contesta, ya vas a ver cómo existo. Aunque mi razón se niega, mi brazo se estira hacia atrás y toma del escritorio un filudo cortapapeles, Elpidio se da cuenta y la bala, al penetrar mi vientre, me hunde en el silencio. Al caer veo como él

también se desploma. Es cierto, tengo razón, muero yo, muere mi creación. Pero entonces ¿qué hace Margarita en mi estudio, sonriendo beatífica, recogiendo mis apuntes, imprimiendo mi texto, dándose la molestia de regalarme con un besito volado antes de que se me nuble la mirada y me ahogue en mi propia sangre?

Alejandro Estrada

Reina

Esas prendas ajustadas, mujer, tu minúscula pancita al aire. Piernas largas y flacas; tus bracitos, maravillosa extensión.

El contorno de tu costilla, tan excitante y femenino al mismo tiempo.

Y al pegar la gloria, encontrarás la silla para agarrarte y no caer.

Brotás por televisión, y nuestras palmas te exaltan.

Ya estas acostumbrada, sabés lo que tenés que hacer.

En el resto bar, pedís de todo, aunque no te comes nada, la verdad, sos increíble (Y pasás una vez más al tocador).

Sabés imponer la moda, a chorros puros de elegancia.

Hoy estás toda de negro, pronto nos vas a sorprender.

En la cola de la farmacia, en la guardia de la clínica, al dormir sueños de plata, bella, no te olvides que te miramos.

Ahora el tul oscuro, bien te sienta, con las maderas lustradas de posición horizontal.

Y como nunca, te encontramos combinando la palidez de tu piel con el violáceo de esos labios, pero no nos dejás de gustar

Porque nos gustas así, durmiendo, tan pura, tan linda, tan flaca, porque... estas durmiendo, ¿no?

Petunias de un narrador

“Ella sentía una rareza tan grande dentro suyo, que difícilmente le volvería a alcanzar la pelota, así que se fue a su cucha, con la esperanza de descifrar lo que en ese instante la había retraído. Al rato... ¿al rato qué? ¿Siempre debo saber todo?

Soy el narrador omnipresente. Vivo de palabras. Vivo de trazos finos, y soy de sangre azul.

Sangre azul de a ratos, aunque también de sangre roja, o sangre celeste con brillitos, y hasta a veces con olor. Olores bellos, por supuesto.

Vivo por tu mirada. Por tus dos pupilas que me contornean, vivo cuando me mirás, y cuando encastrás lo que digo, me haces sentir tan bien. No te frenes. No nos frenemos.

Quisiera decir que soy asá, y definir la exclusividad de mis dotes, porque cuando me mirás yo vivo, y si me pronunciás, yo hablo, pero me cuesta, porque hoy sos vos, pero seguro que vos te vas, y mi voz se va con vos, y entonces que queda de mí? Viene otro vos y yo termino siendo ensalada de voses y claro, con distintas voces. Y YO SUFRO.

Por eso hagamos un pacto, que sea nuestro secreto. Mis puntos, mis comas, mis fisonomías cursivas las guardo todas para vos, solo vos me leerás, en cuanto caiga el sol, en cuanto vuelvas de la calle, en cuanto tengas hambre, yo te espero y te compartimos, lo que le paso a pochi, perrita de San Telmo, porque, soy el narrador omnipresente, no preguntes, solo sé que lo sé casi todo.”

Paula Farías

El viejo

Camina despacio, mirando en todas direcciones y comprobando a su vez que nadie le mira. El clima es gélido y ha vuelto a nevar. Mantiene las manos protegidas en los bolsillos de su abrigo, y está aterido por el frío, pero eso no le importa demasiado. Ahora ya nadie le hace caso. No es más que un viejo, que no les importa ni a unos ni a otros, Alguien al que todos excluyen, y eso es algo que sí que le preocupa y que no puede desterrar de su mente.

Un hombre aparece caminando en dirección contraria por la acera de enfrente, sin ni siquiera mirarle, ignorándole. Es un soldado que camina rápido, para protegerse del frío, y que aparenta ser apenas algo más que un crío. El viejo le grita. Intenta hablarle en su idioma, pero el muchacho no responde nada. Se ha detenido, le ha mirado, y luego ha continuado su camino como si nada.

Tal vez sea porque el no habla bien el idioma de los invasores, así que lo intenta en el suyo propio. Le insulta y le hace burla con las manos y sacándole la lengua.

Nada. El soldado únicamente le mira, Y aminora el paso, pero nada más.

Esto le enfurece más que ninguna otra cosa. No soporta que le ignoren. Que le traten como un viejo cacharro que no sirve ya para nada y que no representa peligro alguno. Nota que el corazón le late con fuerza y le sudan las manos. Entonces algunas palabras en el idioma del soldado se dibujan en su memoria, las lee y las pronuncia todo lo alto que puede: “hijo de puta, cabrón, cerdo”. Le suenan extrañas, y no está muy seguro de su significado, aún así las repite.

El soldado se detiene. Cruza raudo la calle y se planta erguido delante de él. No me voy a amilanar, piensa el viejo, y levanta la cabeza todo lo que puede. El soldado le grita, pero el viejo no hace nada.

Permanecen quietos así, el uno frente al otro. Un soldado joven y altivo ante un viejo decrepito y enjuto, pero más orgulloso aún si cabe.

El soldado dice algo que el viejo no comprende, al tiempo que hace ademán de llevarse la mano a la pistola que pende de su cinto de

cuero negro. El viejo reposa los ojos fijos en los de su antagonista, y por toda respuesta le escupe en la cara.

El soldado frunce el ceño. No puede ocultar la profunda crispación que siente, y con gesto enérgico e irritado desenfunda su pistola.

El viejo le mira, sonrío para sus adentros y piensa: "¡Vaya, por fin he captado tu atención!"

Oscar Fernández Carballo

Señorita Manuela

El gélido aire de enero le cortaba la piel. Caminaba lo más de prisa que podía para intentar mermar el frío. Había perdido el último autobús por culpa de la estúpida norma que la obligaba a fregar el suelo del aula con agua caliente una vez por semana. Pensaba que una mujer joven no debería andar sola a esas horas en la oscuridad por una carretera secundaria. Y menos si era maestra. Pero no le importaba hacerlo. Pensaba que los demás también lo pensaban, pero no le importaba lo que pensarán. Pensaba que debería estar asustada; pero no lo estaba, a pesar de que su única arma de defensa era el pesado maletín de cuero con el que cargaba a diario. También pensaba que podría toparse con la Guardia Civil, que todavía buscaba a los huidos en los montes, y pensaba que con un poco de suerte así llegaría antes a su casa. Aunque también sabía que con un poco de mala suerte, que siempre era más probable, terminaría en el calabozo por hallarse en la calle más tarde de las ocho. Y no quería imaginar lo que ocurriría si, en tal caso, le medían la falda y se daban cuenta de que tenía un par de centímetros menos de tela de lo estipulado. Tampoco si registraban minuciosamente su maletín y encontraban los cigarrillos que había escondido en el forro. Bastante tenía ya con los rumores que circulaban sobre su poco ortodoxa manera de impartir la clase de historia. Eso si la asustaba algo.

-¡Señorita!

Un grito, casi un aullido a su espalda, la sobresaltó. Era una voz masculina y grave, aunque no adulta. Se giró bruscamente y, más por instinto que por cualquier otra razón, apretó con fuerza su mano sobre el asa del maletín. Se encontró frente a Manuel, uno de sus alumnos mayores. Tenía trece años. Procedía de una familia que había apoyado a ultranza al Bando Nacional. Su padre hacía gala de haber matado a cientos de Republicanos. Su abuelo lamentaba no haber podido hacerlo porque los achaques de la edad ya no se lo habían permitido. Manuel era muy pálido, y eso hacía que sus ojos almendrados pareciesen brillar todavía más en la oscuridad, como los de un gato.

-Buenas noches, Manuel. ¿Qué querías?

-Es tarde- respondió fijando los grandes ojos en los de su maestra.

-Ya lo sé. Deberías irte a tu casa y preparar las tareas que os he encargado para mañana.

El rostro del chico era inexpresivo, salvo por sus ojos enfriados. Ella había visto ojos como esos en demasiadas ocasiones.

-Es usted Republicana ¿verdad?

El corazón le dio un vuelco.

-¡Por Dios!- rió nerviosa tratando de salir del apuro-. Pero, ¿de dónde has sacado semejante tontería? Ya os he dicho muchas veces que no hay que hacer caso de lo que dice la gente, sino juzgar por uno mismo.

-Yo creo que es usted Republicana -Manuel entornó los ojos y frunció los labios en algo que pareció un gesto de rabia. -Es posible incluso que sea comunista.

La joven soltó una carcajada histérica. Ahora si estaba asustada. Y no le dio tiempo de verlo llegar, sólo de sentir como penetraba en sus entrañas una y otra vez, como ardía por dentro. Hasta que cayó desplomada en la cuneta, junto a su maletín de cuero abierto y sus papeles rodeándola esparcidos por el viento.

Manuel miró el destornillador de su padre, estaba ensangrentado y salpicado de materias viscosas que no sabía lo que eran. Sus manos también estaban llenas de sangre, se las limpió a la chaqueta. Sonrió orgulloso, había cumplido con su deber para con su patria, había matado a una Republicana. Su primera Republicana, aquella era una gran noche. Y emprendió el camino de vuelta a casa sin que la mueca se borrara de su cara.

Patricia Fernández Corral

Horacio

Los tres primeros días fue sólo un leve malestar, pero al cuarto sintió un notable ascenso en la temperatura del cuerpo, lo invadieron fuertes temblores, notó la garganta ardiente y los labios resecos...

-¡Agua, agua! – pidió a gritos.

Su esposa le trajo el agua en un vaso de aluminio que se derritió al hacer contacto con el enfermo; alarmada tocó su frente y retiró la mano con quemaduras de tercer grado.

Llegaron al hospital apagando las ropas chamuscadas de aquel horno humano. El diagnóstico del médico fue certero. Horacio tenía fiebre.

Ante las miradas aplastantes de los presentes el galeno tuvo que explicar:

-No es una fiebre común, este hombre ha contraído LA FIEBRE DEL ORO.

Como solución temporal le recetó untar su cuerpo con dorador tres veces al día y gestionar, lo antes posible, un viaje para Alaska.

Las semanas previas a la expedición fueron una tortura para la esposa del enfermo. Horacio la agredió en más de una ocasión tratando de arrancarle dos dientes de oro y una cadena, desaparecieron sus aretes dorados, la armadura de los espejuelos...

Al fin una mañana de septiembre, Oracio (también había hecho cambios en el nombre) embarcó en un rompehielos y partió hacia las frías regiones en busca del ansiado tesoro.

Durante la travesía solo cabe mencionar un incidente significativo para el viajero. Al hacer escala en California trató de hurtar la tercera parte del Golden Gate, pero fue sorprendido por el detector de metales del inspector de aduana.

Llegar a Alaska y lanzarse hacia los parajes inhóspitos fue una misma cosa para el obsesionado hombre. Su infalible instinto lo llevó hasta un río congelado donde la fiebre alcanzó un punto máximo. Allí, en una ladera, se destacaba un filón del preciado metal.

Se disponía a tomar las primeras muestras cuando a su lado apareció, de quién sabe dónde, un individuo. Oracio miró receloso

aquel rostro que le parecía un tanto conocido. ¿Vendría a disputarle a botín? Sin embargo, el recién llegado solicitó humildemente ayudarlo en la labor. Una vez más se impuso la codicia de nuestro viajero que apartó al intruso y comenzó la extracción. En su atropellado andar no se percató de un punto débil en el hielo y cayó en las aguas del río. Su cuerpo ardiente al contacto con el líquido sufrió un repentino espasmo.

Mientras se sumergía, Oracio pudo reconocer al extraño aparecido que en un último gesto de solidaridad le tendía inútilmente la mano. Era el rey Midas.

Carlos Fundora Hernández

De soledades y vidas

Eleanor Rigby recoge el arroz en la iglesia donde se ha celebrado una boda. Viven un sueño, como el que ella vivió, piensa refiriéndose a los jóvenes casados. Miradla barrer toda la sala, cerrar la puerta e ir despacio a su cabaña, que está a pocos metros. Hace ya muchos años de aquel sueño. Ahora vive sola, esperando tras la ventana que retorne aquella cara que guarda en una jarra junto a la puerta. Es el semblante de su pequeño, que su marido le arrebató, cuando tenía pocas semanas de vida, para venderlo a un matrimonio sin hijos. Luego, el esposo murió en la cárcel, un año y medio después de la boda, cuando ya estaban separados, tras haberla maltratado durante meses y arrancado lo que más quería. Se llevó a la tumba el secreto de la localización del niño. Eleanor mira cada tarde al horizonte tras el cual está la gran ciudad y piensa: *“Todos los solitarios, ¿de dónde venimos?, ¿adónde iremos?”*

El padre McKenzie escribe un sermón que nadie oirá. Está en su cabaña, cerca de la que ocupa Eleanor, ambas pertenecientes a la comunidad religiosa de la pequeña aldea. Nadie se acerca. El padre es un hombre joven, de unos treinta y tantos años, que llegó allí hace ya un lustro. Miradlo guardar su cuaderno, seguir trabajando, zurciendo sus calcetines en la noche, cuando todo está en silencio. También él mira tras el horizonte esperando ver aparecer a alguien. *“Toda la gente solitaria – se pregunta – ¿de dónde viene?, ¿de dónde es?, ¿adónde va?”*

Eleanor Rigby murió en la iglesia y fue enterrada con su nombre en el pequeño cementerio perteneciente a la comunidad. Nadie acudió a su funeral, sólo el enterrador y el padre McKenzie. Miradlo limpiándose el polvo de las manos mientras se aleja de la tumba. Luego, en casa ya, se prepara la sopa de cereales, después de haber buscado otra vez, vanamente, a través de los cristales, una figura... ¡Quién sabe si aparecerá!

Semanas después, un hombre llega hasta la tumba de Eleanor. Se arrodilla delante de la misma. Es joven, pero curtido por la vida, y

derrama unas lágrimas ante la sencilla lápida de piedra. Detrás de él aparece la figura esbelta del padre McKenzie. Él sólo le dice:

–Te estuvo esperando durante toda su vida.

Luego, en la cabaña de ella, le entrega las pobres pertenencias de su madre y le cuenta:

–Yo también aguardo a alguien desde hace años. Me enamoré una vez de una chica, en una aldea remota, al norte del gran río. Éramos muy felices. Nos íbamos a casar. Pero un día llegó el circo y mi amada me abandonó, embrujada por los vuelos, saltos y sueños de un trapecista. No pude vivir allí sin ella. Entonces me hice pastor espiritual y llegué aquí. Sigo esperándola. Es la única persona que me podría sacar de esta aldea.

El padre McKenzie murió súbitamente en su cabaña y fue enterrado con su nombre en el pequeño cementerio perteneciente a la comunidad. Los escasos habitantes de la aldea acudieron al entierro y también Leonard, el hijo de Eleanor, que se había quedado con la cabaña, el trabajo y la tristeza crónica de su madre. Miradlo con la cabeza cabizbaja mientras camina desde la tumba del pastor a la de su madre, después de la ceremonia.

El padre McKay es el sucesor del padre McKenzie. Es un hombre mayor, de más de sesenta años, pero parece ágil de mente y de movimientos. Se queda con la cabaña, el trabajo y las cavilaciones espirituales de su predecesor. Miradlo cómo quita las telarañas de su habitación, miradlo cómo coloca el calendario y su raído sillón.

Semanas después, una mujer llega hasta la tumba del padre McKenzie. Miradla cómo se arrodilla. Es joven aún, pero curtida por la vida, y derrama unas lágrimas ante la sencilla lápida de piedra. Detrás de ella aparece la figura esbelta de Leonard Rigby. Él sólo le dice:

–Te estuvo esperando durante toda su vida.

Luego ambos visitan al padre McKay. El pastor da la bienvenida a la joven y le pregunta:

-¿Quién eres?

-Me llamo Molly y vengo de una aldea remota, al norte del gran río. Allí conocí a John McKenzie. Éramos muy felices. Nos íbamos a casar. Pero un día llegó el circo y me embrujaron los vuelos, saltos y sueños de un trapecista. El canalla miserable me abandonó en otro país, hace ya muchos años. He estado buscando desde entonces a mi amado John y, al fin, lo encontré. Quería pedirle perdón. Aquí está enterrado y quiero también que un día me sepulten en este lugar.

El sacerdote le entrega las pobres pertenencias de John McKenzie, en presencia de Leonard Rigby.

Molly Parker no tiene que recoger arroz en la iglesia donde se ha celebrado su propia boda con Leonard Rigby; sólo cuatro personas han acudido: la pareja, el padre McKay y, como testigo, el viejo enterrador. Viven un sueño los jóvenes esposos. Miradlos besarse tiernamente, cerrar la puerta e ir despacio a la cabaña de él, que a pocos metros está.

Pocos años después, el cuidado de las dos tumbas es una tarea común. En la cabaña han formado un nuevo y pequeño hogar, dulce hogar, en donde corretea ya la pequeña Eleanor Rigby Parker. El padre McKay sonríe al verla jugar y se retira a su cabaña a leer la Biblia. Con su vista cansada (tiene ya mucha edad), cierra el libro delante de la ventana, se quita las gafas, mira al horizonte y no deja de pensar: *“Toda la gente solitaria, ¿de dónde es?, ¿adónde pertenece? Toda la gente solitaria, ¿de dónde viene, adónde va...? “.*

Antonio Gómez Hueso

Como romper un hechizo

Un hombre sentado a la barra bebe su cerveza sorbo a sorbo. Con los ojos fijos en el gran espejo que tiene al frente observa como su manzana de Adán sube y baja cada vez que traga, también ve las pequeñas mesas a su espalda y a los dos bebedores que en una de ellas comparten una caja de vino tinto y a un delgado joven que un par de mesas más allá engulle con avidez un grueso sándwich.

Al levantar la vista sus ojos recorren el extenso ventanal que los separa de la calle. El bebedor que tiene al lado le roza con el codo y eso le distrae unos segundos, al volver sobre el ventanal su vista se detiene en dos mujeres, que de espalda al bar, conversan a un lado de la puerta. Entre cristal y cristal sus figuras se arman y son magníficas.

Un silbido de admiración proveniente del otro extremo de la barra le hace girar sobre el piso y sin dejar la cerveza avanza hasta el ventanal.

-Un silbido es poco -se dijo mientras con los ojos las recorre de arriba abajo-Vengan a ver estos cueros -llamó agitando la mano. Desea compartir la visión, no es un hombre egoísta-. Son filetes de primer corte, agregó.

Pronto, el ventanal estuvo cubierto de ojos, la mitad de ellos fijos en el prominente y apretado trasero de la rubia, modelado a la perfección por unas ajustadas calzas negras, la otra mitad, babeando por las largas, firmes y bien torneadas piernas de la pelirroja, envueltas en unas medias beige que le dan un exquisito color canela. La visión es interrumpida por una anatómica mini blanca que le cubre desde la mitad del muslo y que no les impide continuar la línea de las piernas hasta la cintura donde se detienen y regresan recorriéndolas centímetro a centímetro, subiendo y bajando las perfectas curvas hasta llegar al pequeño pie envuelto en un aterciopelado estuche negro de taco alto.

Las piernas giran el rasero se mueve. Las dos mujeres de soslayo les observan y sonríen. Retroceden levemente.

Unos dedos de uñas largas y sucias sueñan que las acarician y delinear las formas sobre el cristal.

El bebedor de cerveza, los bebedores de vino tinto y el delgado del sándwich están todos en una línea, cada cual con los

ojos en la presa preferida. Los sucios dedos les molestan y uno de ellos los golpea.

-No son yeguas pa' este coral.

-Jódanse, si quiero puedo soñar.

La rubia le dice algo a la pelirroja que la lleva a consultar el reloj.

Por primera vez los hombres se fijan en las manos, blancas y finas, de largos dedos. Las rojas uñas a más de alguno hizo recordar la televisión y sus mujeres de ensueño, inalcanzables, ocultas tras alguna marca de afamado cosmético.

Uno de los bebedores de vino tinto suspira extasiado, su pesado aliento golpea la nariz del bebedor de cerveza que luego de sacudir la cabeza las observa como saliendo de un sueño, dando media vuelta se regresa a la barra; el delgaducho lo imita y regresa a su mesa. Casi al instante los dos espacios son ocupados.

-A uno o diez metros siempre vamos a estar lejos -dijo el bebedor de cerveza volviéndose al gran espejo justo cuando los hombres del ventanal se reparten ambos lados de la entrada haciendo camino a la rubia que con leve toque empuja la puerta, varias manos la sostienen y ella y la pelirroja entran al bar, dan un par de cimbreados pasos y se detienen.

La rubia, afloja los dos botones de su chaquetilla negra y agita la vaporosa cabellera. La pelirroja la imita y extrae de su coqueta carterita una cigarrera metálica, antes que el cigarrillo esté entre los rojos y jugosos labios, tres temblorosos fósforos se le ofrecen.

El bebedor de cerveza sonríe y oculta los ojos en el vaso al ver las gafas de la rubia fijadas en el espejo. Sabe que los ojos, que supone azules, no le han de estar viendo, pero aún así se inquieta. Siente el golpeteo de los tacos a su espalda y el pesado avanzar de los hombres.

A su nariz llega el más exquisito de los aromas que opaca la cerveza y todo cuanto hay a su alrededor, su piel se pone tirante y un escalofrío le estremece la espina, se agita un tanto inquieto y por un momento piensa en buscar las monedas, arrojarlas sobre el mostrador y salir corriendo. Aferrado al vaso se contiene y soporta tembloroso el leve roce de las mujeres, se ha sentado una a cada lado.

Levantando tímidamente la vista ve los bellos rostros. Son tan perfectos que le embriagan más que diez cervezas. No ve los rostros de los hombres detrás de ellas, sólo ve ha la pelirroja guiñándole uno de sus verdes ojos y ha la rubia sonriéndole con sus gruesos labios.

El hombre tras la barra se les acerca y espera. Con movimientos nerviosos seca el mismo vaso una y otra vez.

La rubia a través del espejo observa a la pelirroja y separando los labios que humedece con la lengua, le pregunta.

-¿Qué té vay' a servirte, un tintito o una cervecita?

Eduardo Antonio González Saldivia

Allá adentro

Allá adentro están matando. Hace rato que lo ha deducido. También ha comprendido que es imposible escapar de allí. Las empalizadas son muy altas y su cuerpo cansado y mal alimentado no se atreve por el momento ni tan siquiera a intentarlo.

Recién se llevaron a otro. Intentó negarse pero unos cuantos golpes quebraron su última e inútil resistencia. Por el brillo triste de su mirada se dio cuenta que aquél también sabía que iba hacia la muerte.

Lo vio alejarse resignado, mirando insistentemente hacia atrás, en silencio pero suplicando con los ojos una ayuda que nadie de las que allí estaban podía brindarle.

Al poco rato un débil quejido proveniente del galpón le confirmó que allá adentro, efectivamente, estaban matando.

Y él estaba en la lista de espera.

Ninguno de sus compañeros había vuelto al recinto. Cuando llegara su turno tampoco volvería. Esos metros que lo separaban del galpón eran parte de un camino que tenía un solo sentido.

Debía hacer algo. No podía entregar su vida, su única vida, sin resistirse, sin luchar.

Se oían risas a lo lejos. Seguramente los asesinos gozaban con su tarea.

A su mente volvían los días felices vividos en su pueblo natal, Malargüe. El valle rodeado de montañas donde pasara su primera infancia, y luego, con seis años de edad, su primer y único viaje en tren hasta San Rafael.

Y después la finca... ¡Qué feliz se vivía allí! ¿Quién iba a pensar en esos días que hoy se iba a ver enfrentado a ese triste destino? ¿Y por qué? Se había hecho varias veces esa pregunta desde el momento en que descubrió la terrible realidad que lo esperaba allí, en el galpón que tenía enfrente. Tampoco esta vez tuvo respuesta. Era una decisión ajena, inconsulta y al parecer inapelable: El sol que comenzaba a levantarse sobre los álamos estaba iluminando sus últimos minutos en este mundo.

Ya quedaban sólo dos. Su compañero se había arrinconado mirando por entre las tablas hacia una libertad que estaban por negarle definitivamente: la libertad de vivir un poco más, la libertad de esperar que sea Dios quién decida que esto que llaman vida se terminó. Tenía el mismo gesto de sorpresa, miedo e incomprensión que había visto en los que se llevaron anteriormente. El mismo gesto que seguramente tenía él en estos momentos.

Sintió lástima. Por los dos.

Un inexplicable impulso lo llevó a acercarse a la puerta. Iría él primero. En un gesto postrero decidió obsequiarle esos pocos minutos a su aterrorizado compañero.

Finalmente vinieron a buscarlo.

Los enfrentó decidido a vender cara su vida. No les facilitaría el trabajo.

Pero adivinaron sus intenciones y llegaron golpeando con alevosía sus debilitadas carnes. Era inútil. De una u otra forma lo harían. Allá adentro o en ese mismo lugar.

Se dejó llevar resignado volviendo la cabeza hacia el sol, llenando sus ojos de luz mientras que caminaba hacia la más terrible y solitaria oscuridad.

Adentro lo esperaban varios hombres. Vio que algunos estaban armados con cuchillos. El terror detuvo sus pasos y sintió que su cuerpo había comenzado a temblar. El guardián más cercano lo obligó a avanzar con un fuerte golpe.

De un rápido vistazo intentó advertir cuál de los hombres armados sería su matador. Ninguno de ellos se movía. Solamente lo miraban.

Presintió un veloz movimiento a sus espaldas y volvió la cabeza. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver el tremendo martillo en vertiginosa caída hacia su nuca.

Y ya no sintió más nada.

Su cuerpo, junto a cuarenta caballos más, fue transformado en embutidos y vendido a la vecina República de Chile en una brillante operación comercial.

Rubén Antolín Heredia

Conversión

Las calles reflejaban la suciedad de sus habitantes. Montones de contenedores vomitaban desperdicios por doquier. Un hombre caminaba, bajo la luz de las farolas, con las manos en los bolsillos de su viejo gabán con cadencia militar, como si estuviese intentando desfilar a paso ligero. Sin duda llegaba tarde a algún sitio.

Una vez que reconoció la calle donde iba aminoró el paso y ajustó el sombrero de fieltro marrón. Detuvo tanto el paso que se diría que estaba siendo demasiado sigiloso y precavido. Reconoció el cartel fosforescente del club: *Las fuentes del éxtasis*. Entró dentro.

El humo congestionaba cada rincón. La oscuridad se rompía por las miles de luces fuertes y de distintos colores que hubiesen desencadenado un ataque epiléptico a cualquier persona lo suficientemente susceptible. Se quitó el sombrero pero no el abrigo. Llevó la mano al bolso derecho para asegurarse que todavía estaba allí. El metal frío le dio una sensación de bienestar. Llevaba su arma.

Desde hacía tiempo que había pasado a la acción sin proponérselo. Debía llevar su mensaje a las calles. Que todo el mundo supiese su labor. Quería romper con arquetipos y despertar a todos con su nueva forma de ver el mundo. Todos estaban ciegos. Nadie parecía ver lo que él veía y sentía. Se acercó a la barra.

-¿Está la Conchi?

-Al fondo. Hoy está libre -dijo el camarero al que no le gustó las pintas del hombre. Le parecía demasiado mayor para andar en esos sitios. Seguro que tenía mujer e hijos en casa. No era el lugar adecuado para un hombre así. Tenía pinta de profesor o algo así, más bien de oficinista. Un vicioso retorcido, pensó asombrándose de su propio pudor.

El hombre se acercó a la mesa donde estaba ella. Parecía una muñeca rota que había conocido mejores tiempos. Un cuerpo de busto generoso que empezaba a desbordarse por encima del traje de tirantes con lentejuelas rojas y unas medias que tenía más carreras que el coche de Fernando Alonso. La melena negra teñida y los labios rojos despistaban sobre la cantidad de rimel que se había puesto esa noche.

-¿Vienes conmigo?

-No eres de por aquí marinero... dijo ella que no se fiaba de los no habituales.

Lo pensó un poco más. La noche no había sido buena y aquel hombre era el primero que venía a caer en sus maltrechas redes.

Salieron de allí hacia las cinco de la mañana en dirección al hotel de mala muerte donde llevaba habitualmente a los clientes. Él trataba de disimular el bulto de metal para que nadie lo viese. Esta noche tenía que empezar en serio. Todo lo anterior era palabrería. Había que pasar a la acción.

Entraron dentro al hotel sin ni siquiera registrarse ya que el recepcionista era parte del negocio. Subieron por las escaleras sucias y chirriantes de madera. La puerta rezaba el número 122. Pasaron dentro.

-Bien, cariño. Dime lo que te gusta. Trescientos y te haré tocar el cielo.

El hombre se llevó la mano al bolso y aferró con fuerza el objeto metálico. Empezó a sacarlo ante la aterradora mirada de la prostituta.

-¡Arrepiéntete de tus pecados!- exclamó sacando el crucifijo de metal ante la cara de estupor de la Conchi. Tiró el gabán al suelo y dejó a la vista la sotana y el alzacuello. El padre Cortina se arrodilló y rezó delante de ella para que dejara su trabajo para convertirla a la Fe verdadera.

Juan Herrera Oteiral

La confesión

Las cortinas del cuarto estaban cerradas sumiéndolo en la semi oscuridad. Sobre la cabecera de la cama, la pequeña pantalla verde dejaba ver la secuencia rítmica de los débiles pulsos vitales del paciente. Con su inexorable y lento bip - bip, el aparato avisaba a los familiares de Bertulfo González que le quedaban unas pocas horas de vida.

Había sido un choque violento cuando seis meses antes, los análisis de laboratorio resultaron positivos y los médicos notificaron a la familia que él estaba invadido de un cáncer maligno y las probabilidades de sobrevivir eran mínimas. Después de agotar infructuosamente todos los recursos médicos con radiaciones, quimioterapia y cuanto tratamiento nuevo aparecía, se tomó la decisión de aplicarle drogas fuertes para calmar el dolor y dejarlo tranquilo para que muriera en paz.

Bertulfo era un hombre que desde muy temprano en su juventud mostró un espíritu emprendedor y tenaz. Podría decirse de él que era un hombre duro y difícil, no acostumbrado a perder, a veces insensible y muy hábil para explotar las debilidades de sus rivales lo que le había granjeado más de una enemistad en el mundo de los negocios. Algunas personas lo califican como un individuo que no vacilaba en utilizar las herramientas que fueran necesarias para solucionar los problemas que se le presentaban. Fue de esta manera como logró su propósito de triunfar en la vida. A los cincuenta y cuatro años estaba económicamente muy bien, su esposa Rubidia a los cuarenta y ocho años estaba en la plenitud de su madurez. Como los buenos vinos, que mejoran con los años, ella se había convertido en una mujer fuera de serie. Atractiva, con un cuerpo seductivo, un rostro perfecto, ojos verdes y labios carnosos que inevitablemente despertaban pensamientos pecaminosos en los hombres y cierto sentimiento de envidia en las mujeres, fuesen estas amigas o no. Para completar, sus dos hijos habían terminando sus carreras profesionales lo cual le garantizaba que ellos continuarían manejando sus prósperos negocios acertadamente.

Eran las tres y cuarto de la tarde cuando Bertulfo despertó de su sueño. Desde el pié de la cama, su esposa lo contemplaba con pesar. Era una sombra del hombre que sólo un año antes estaba lleno de vida, proyectos e ilusiones. Había perdido la mitad del peso en los últimos meses y difícilmente se podía distinguir su cuerpo entre las cobijas. Solícita le llevó un jugo para que tomara, le secó el sudor de la frente y lo acomodó para que se sintiera más cómodo.

Contemplándola con cariño, Bertulfo empezó a hablarle del tiempo del noviazgo y su vida matrimonial. Con palabras suaves y pausadas le habló del gran amor que siempre le había profesado, de que manera ella se había convertido en el eje vital y motor de todas sus acciones. Como en la intimidad de su vida él había disfrutado cada minuto de la entrega mutua de sus cuerpos y como se sentía de satisfecho de que este inmenso amor hubiera fructificado con los dos hijos que nacieron para aumentar su felicidad. Ayudándose un poco con la almohada, se irguió y quedando casi sentado en la cama le dijo:

-Creo que mi fin se aproxima y quiero saber algo que me ha atormentado por varios años. Quiero morir en paz con mi conciencia y tú eres la única persona que puedes resolver mis dudas, contestándome lo que nunca me atreví a preguntarte. Respóndeme con toda franqueza Rubidia, ¿Me fuiste infiel alguna vez?

Un gesto de estupor apareció en el rostro de Rubidia. Sintió que una rabia sorda crecía dentro de ella asfixiándola. Jamás había pensado que algo semejante iba a salir de los labios del hombre que amaba y respetaba. Con lágrimas en los ojos le respondió:

-Tu pregunta es no sólo insolente sino ofensiva. Cómo puedes creer o siquiera imaginarte que yo te he sido infiel. Me siento profundamente adolorida que hayas dudado de mí. Es cierto que muchos hombres y especialmente quienes eran tus amigos me hicieron insinuaciones y propuestas deshonestas y siempre las rechacé porque soy una mujer de bien y siempre me porté correctamente.

Sorprendido por la reacción de su mujer, Bertulfo avergonzado sólo pudo decirle:

-Perdóname amor, no sabes cuánto tiempo he sufrido en silencio la angustia y las dudas que crecían dentro de mí. Tú sabes que los celos son malos consejeros. Y estos malditos celos me destrozaban el alma cada vez que te veía tan dichosa y alegre compartiendo tantas horas con tus amistades, especialmente con una persona en particular, tu amigo Roberto. Yo sé que él te visitaba con mucha frecuencia y siempre me preguntaba si había algo más que una amistad entre ustedes. Fueron varias las personas que me hicieron comentarios sobre esas visitas, especialmente cuando yo viajaba por razones de mis negocios.

-¡Cómo te atreves a profanar la memoria de una persona que tuvo un fin tan trágico! Él fue mi mejor amigo desde nuestra niñez. Nos criamos y crecimos juntos porque nuestras familias fueron muy unidas desde mucho antes de que nosotros nacióramos. Lloré mucho su muerte porque siempre lo consideré como si fuese el hermano que yo nunca tuve. Nuestra amistad fue pura y cristalina y jamás de los jamases hubo algo entre nosotros que no fuera cariño y amor fraternal. Él fue mi guía espiritual, mi confidente y consejero, y si quieres saber algo más, te puedo decir que yo me casé contigo porque él fue la persona que me habló de tus cualidades y me quitó las dudas que yo tenía sobre ti. Cuando estábamos de novios, me parecía que tú eras una persona demasiado ambiciosa e inescrupulosa y no vacilabas en utilizar los medios que fueran necesarios para eliminar a tus rivales.

El pequeño cuarto del hospital se llenó de silencio. Bertulfo cerró los ojos por unos minutos y luego respirando agitadamente empezó a llorar. Finalmente, sintiendo que su vida se acababa, casi en un susurro dejó escapar estas palabras:

-Perdóname amor mío... pero creo que este es el momento de hacerte una terrible confesión. La muerte de Roberto no fue accidental. Yo le pague a alguien para que desconectara los frenos de su carro.

Una línea continua apareció en la pantalla y el monótono bip-bip del aparato se calló.

Humberto Hincapié

Los robadores

La primera vez que entraron en casa nos asustamos mucho, mi papá no se movió de su lugar en ningún momento, parecía que no respiraba; mi mamá gritaba cosas que nadie de los presentes se tomó el trabajo de entender, mientras nos abrazaba - muy fuerte- a mi hermana y a mí, como si nos fuera asfixiar .

Ellos hacían todos sus movimientos de forma maquinal, como siguiendo paso a paso una coreografía; mi papá no salía de su insoportable quietud y mi mamá seguía gritando frases incomprensibles mientras nos abrazaba - muy fuerte - a mi hermana y a mí, como si nos fuera a asfixiar.

La segunda vez que entraron en casa se hizo de noche en ese instante; saltaron la verja, se metieron por la puerta que estaba mal cerrada y volvieron a hacer sus movimientos maquinales, manipulando sus armas; una bolsa vacía y otra llena; robaron el televisor color poniendo otro falso en su lugar, hicieron lo mismo con el equipo de música, el microondas y los cuadros de paisajes que tapaban manchas de humedad en la pared; cuando ellos se fueron la noche siguió.

La tercera vez que entraron en casa nos habíamos mudado pero nos encontraron igual, estábamos solos, mi mamá ya se había ido y mi papá tardaba en llegar; ellos entraron sin esfuerzo y con sus dos bolsas robaron cada uno de los artefactos del hogar y los muebles, decorando con falsedad su lugar vacío; sin mirarnos, a mi hermana y a mí, siguieron robando, un florero, expresiones de fotos familiares y hasta posters de la habitación de mi hermana que abría la boca como si estuviera por decir algo y se balanceaba de atrás para adelante como presagiando una caída.

La cuarta vez que entraron en casa, los maté.

Mi mamá viene a verme seguido y me cuenta mentiras sobre su vida para no decirme la verdad, continúa diciendo frases incomprensibles aunque ya no me puede abrazar - muy fuerte - como si me fuera a proteger.

Mi padre está tranquilo en casa, a salvo de sobresaltos, ya sin nada verdadero que le puedan robar; mi hermana a veces emite algún sonido, pero de su boca nunca sale una palabra, mientras su cuerpo se balancea de atrás hacia delante, estando siempre apunto de caer.

Mario César Lamique

Mayo

A la mañana siguiente de su partida, siento como si todavía estuviera conmigo.

Salgo al jardín, camino entre los árboles deteniéndome a mirar como sus hojas arrebatadas por el viento caían en espiral, formando un manto de piedad de colores ocres y dorados en el pasto que crujía con cada paso que daba, las rosas habían dejado marchitar sus pétalos y morir a sus retoños, la soledad tomaba mi mano y los fantasmas pellizcaban cada fibra de mi ser.

Escucho a los lejos el maullido de algún gato herido, el último pájaro se fue con el último rayo de sol, mi alegría quedó en ese pozo silencioso... con el último puñado de tierra.

Nubes negras se avecinan por el horizonte, iluminadas por un fósforo universal. Se me eriza la piel, un río de fuego trepa por mi columna vertebral, y estalla en mi cabeza una maraña de fuegos artificiales.

La furia, el desconsuelo, el porqué, son mis mas leales compañeros, la vida me pasa por encima, el dolor se transforma en mi amante, vivo en la abadía de la tristeza, prisionera en la torre de los recuerdos.

Mi figura se desvanece en un golpe mortal como el verano al dar paso al otoño. Sin previo aviso.

Voy hundiéndome en un túnel sombrío, áspero y frío, manos anónimas me acarician el cuerpo, voces lejanas susurran mi nombre en reverberaciones catalépticas.

Le doy gracias a la vida por haberme permitido vivirla entre cales y arenas.

Elevo una plegaria por los buenos amigos, los buenos enemigos, por los que salieron de mi vientre, por los que nunca pudieron hacerlo.

A la mañana siguiente de su partida, yo también... estoy partiendo con él.

Roxana La Penna

Ironía de la libertad

Resulta que estoy en una cárcel. Asesiné a un tipo narcisista, en exceso engréido. Lo asesiné cuando espetaba su frase más asidua, que a mí me dislocaba el ánimo por completo: “Soy el mejor, el único”. Qué ‘jartera’ escuchar ese embate de pedantería. Esa fanfarronada insufrible. Y qué ‘jartera’ que, además de narcisista, era el novio de la chica que me gustaba (bueno, para qué digo mentiras, todavía me gusta). Ella lo quería porque era mayor que yo, tenía mejor cuerpo y mejor rostro que yo, y un fajo de billetes hinchando sus bolsillos. Me iba ganando cuatro a cero en esos sentidos. Porque en lo demás, en lo demás, era un imbécil. Un idiota, un pelanas. Un niño de voz delicada, de marica, de vida fácil y hedonista. Un tipo que nunca había aguantado hambre, que no sabía lo que era tomar agua de panela, o comer lentejas, o dormir en un colchón duro como un pan tieso. Había estudiado en universidad privada, había ido a Nueva York, a Europa, a China y a la Cochinchina. Y por eso ella creía que era un tipo experto, avezado. Y se hincaba ante él. Y lo idolatraba. Y lo tenía esculpido en su memoria. En cambio a mí no me quería ni una pizca, ni me determinaba. Quizá me veía como un tonto, como un *man* con bigote incipiente, de ojos chicos y de baja estirpe. Un emisario de la penuria. Un cero multiplicado por cero. Si algún día me dio un beso en la mejilla, fue por no quedar mal, porque su mejor amiga besaba con gusto mi mejilla cada vez que nos encontrábamos. Si algún día esparció una sonrisa hacia mi rostro, fue igual a la que ofrendaba a sus cientos de pretendientes. No era alguien especial para ella. Y lo acepté, lo acepté en el barco de mi soledad. Pero lo que nunca acepté fue que ese tipo le pegara, la insultara, la tratara de bestia en medio de la gente y la llamara perra siendo que él era el perro. Sin embargo no sé por qué trataba de defenderla cuando contemplaba estas situaciones, si ella siempre se ponía de su lado: “Son problemas de pareja”, decía. ” Problemas de pareja”, musitaba entre mis dientes, aguijoneado por una ira profusa. Y le daba un puntapié a lo que encontrara. Me enfurecía saber que no se diera cuenta de que ese tipo que tenía en un pedestal era un cobarde, un pusilánime, un bravucón. Tan poco hombre era que cuando lo retaba a los puños, retrocedía. Se escondía detrás de ella. Y eso que era más gordo que yo y tenía 15 ó 20 centímetros de estatura más que yo. Mas nada es gratuito, el tiempo cobra por ventanilla las deudas impagadas. Y así fue. Una tarde fui a llevarle flores azules a

Vanesa (así se llama la chica que me gusta), y encontré otro típico paisaje de cobardía: Fernando (su novio) le estaba pegando con un bate. Con un bate de béisbol genuino. Me dio mucha rabia ver tanta barbarie, y me dispuse a tomar una varilla de hierro que yacía sobre el piso. La empuñé con fuerza esperando el momento para descargarla a ese lechuguino. Nunca antes había pensado agredir a alguien de esa forma (yo era un hombre calmado, pacífico). Pero ahora tenía un motivo justo para hacerlo: ¿Cómo iba a seguir condescendiendo esas conductas, a dejar que le zurraran la badana a la chica de mis sueños? Dejé de cavilar y me fui hacia Fernando. El tipo, al verme armado, reculó. Y buscó algo bajo su camisa. "Machito de mierda", le dije. Volví a increparlo dos, tres veces. Y, acto seguido, vi que un revólver niquelado resplandecía. Un revólver que apuntaba hacia mí. Fernando lo blandía. "Ahora sí, ¿cuál es el machito de mierda?", me preguntó el de marras, envalentonado por el arma que tenía en sus manos. Sentí miedo. Pensaba que la muerte me tenía listo el tiquete de ida. Pensaba que no podría besar nunca a Vanesa, que nunca podría ser feliz como siempre quise serlo. Que no podría leer a Seferis, a Cortázar o a Kazantzakis. Un frío de piedra recorrió mi cuerpo. Y mi alma. Sin embargo Fernando no disparó, no, se puso a hablar cosas, a discutir con Vanesa, a decirle frases como: " Soy el mejor, el único, no quiero que sigas teniendo amiguitos, no quiero que mires a otro hombre excepto a mí; soy el mejor, el único. Soy tu dios, tu camino, tu destino..." A mí no me gustan las retahílas, no me gusta oír una cosa dos veces. Y aprovechando que Fernando estaba distraído, mirando de medio lado a Vanesa mientras le hablaba, alcé la varilla por encima de mi hombro y se la estampé en la cara. Fernando quedó tendido sobre el suelo, instantáneamente. Vanesa corrió a auxiliarlo. Le decía "papi, dime algo". Lo movía de un lado a otro. Tomaba su pulso... pero no había nada que hacer... estaba muerto. El golpe lo había mandado a entrevistarse con la Parca. Lo comprobé cuando apoyé mi oído sobre su corazón y descubrí que no latía. Me desesperé. No sabía cómo comportarme. No sabía si irme para mi casa o llamar a la policía... Al fin no hice nada de las dos cosas, me quedé para intentar calmar a Vanesa. Estaba totalmente histérica, dando alaridos. Procuré consolarla, abrazarla, darle palabras de aliento. No obstante ella me rechazó. Me dijo que era un criminal. Que había matado a su novio. Y era la verdad. Lo había matado, pero en defensa de ella y mía. Mas las autoridades no entendieron esto. Tomaron el testimonio de Vanesa como verdad absoluta. Que maté a Fernando López a mansalva,

quedó escrito en la sentencia donde fijaron mi condena. Veinte años me clavaron. Veinte. De los cuales he pagado apenas dos y medio, y sin embargo si hoy me dijeran “ quedas libre”, no saldría con tantas ganas de estos barrotes, porque aquí tengo techo y comida gratis, y afuera, afuera pasaría a ser un huevón más, un desempleado solo y olvidado.

Abelardo Leal Hernández

Mi abuelo Bernardino y la vieja destilería

Corría el año 1964, hacía un año que la vieja destilería de La casa Herradura había sido cerrada, y cuando digo cerrada así fue, en la puerta de entrada pusieron un enorme candado. Cuando trajeron las nuevas máquinas, por hay oí decir que eran de las más modernas del mundo, muchos trabajadores fueron despedidos, yo, afortunadamente, aunque bajé de puesto, logré la plaza de velador. Pues sí, les dieron su indemnización, pero de cualquier modo se quedaron sin chamba, uno de ellos fue mi abuelo Bernardino: él, su padre y su abuelo, ahora mi tatarabuelo, habían sido trabajadores de la destilería desde hace un titipuchal de años, creo que dicen que esta destilería se abrió en 1870. Cuenta mi abuelo que su abuelo fue un gran catador, su padre encargado de la molienda, y él uno de los supervisores de que todo funcionara bien, así que se sabía de pe a pa el teje y maneje de la planta, mi padre, que conservó su chamba, se encarga de las calderas, esas que por ahora se llaman autoclaves y que ya no necesitan ser calentadas con leña para funcionar.

Cuando fue despedido mi abuelo se quedó muy triste, me daba pena mirarlo tan jodido, con su cara llena de arrugas y la mirada baja. Nunca nos preguntaba a mi padre o a mí sobre la nueva destilería, se le notaba como que le dolía haber dejado el lugar en donde trabajó por tantos años. Se pasaba todo el día en el pequeño pedazo de tierra que la familia tiene, eso sí, sembrado con agave azul, además con dos caballos para traer las piñas a vender a la destilería. Él todavía es fuerte, menos mal que se entretiene en algo, pensaba yo.

Una noche en que hacía mi ronda por los alrededores de la destilería, pasé por la puerta de la vieja planta y creí escuchar unos ruidos que salían de adentro. Me puse abusado y revisé con atención, pero al encontrar que el candado estaba bien colocado, me alejé, porque allá en mi interior pensé que podrían ser fantasmas. No dije nada por miedo a que me dijeran cobarde.

Así pasaron muchas noches, y siempre, siempre, escuchaba los ruidos, y siempre, siempre me hacía el desentendido, la verdad, por puritito miedo. Hasta que un día, pudo más mi curiosidad que el miedo, y también quería de una buena vez quitarme esa idea y ese miedo a los fantasmas; les dije a mis jefes lo que pasaba, y ellos, un poco burlándose de mí, me dieron la llave del candado para que esa

noche entrara a checar, y me quitara el pendiente. Los ruidos comenzaron, yo anduve por ahí haciéndome el tonto hasta que me animé: quité el candado y abrí despacito la puerta, primero la oscuridad no me dejó ver nada, pero luego al fondo, junto a la pila del molino, la luz de unos aparatos de petróleo me permitió ver una enorme sombra que daba vueltas alrededor, me arrimé junto a unos barriles y pelé los ojos. Entonces pude distinguir que era un caballo guiado por un hombre el que movía la enorme piedra que molía el agave cocido. Me arrimé un poco más sin hacer ruido, y cual va siendo mi sorpresa, el hombre era mi abuelo Bernardino. Me sorprendió su cara, se veía muy, pero muy contento, no triste como lo veía de a diario, su cuerpo derecho y la mirada en alto. Había llenado de paja el piso para que no se escucharan el ruido de los cascos del caballo.

Ahí me quedé mirando. Mi abuelo detuvo al caballo, llenó un balde de madera con el mosto y lo fue a vaciar a uno de los pozos de fermentación. Así hasta que terminó. Luego fue a echar un ojo a un alambique que se miraba funcionando, echó unas maderas al fuego y se fue a sentar sobre unos troncos apilados. Sus ojos contemplaban cada uno de los aparatos, hasta se levantó y se arrimó al alambique, pasó su mano sobre la superficie y suspiró. Yo entendí todo:

Mi abuelo no puede estar sin su trabajo, sin tener entre sus dedos el suave agave cocido para desgarrarlo y prepararlo para la molienda, sin el olor al agave triturado, sin el calor de la caldera que convierte el mosto en tequila, sin el sonido musical de las botellas llenas, mi abuelo sigue manteniendo viva la vieja destilería.

Sólo me faltaba ver por donde entraba cada noche. Me esperé hasta que comenzó a amanecer, entonces mi abuelo desamarró al caballo, y despacito se encaminó al fondo del almacén, ahí en donde se guardaban los barriles de tequila para añejarlos, yo lo seguí sin hacer ruido, entonces él hizo a un lado unos tablones empotrados en la pared, se abrió un gran boquete por el que pudo pasar el caballo, salió él y desde afuera volvió a poner los tablones en su lugar.

Por la mañana entregué la llave y, ante las preguntas del supervisor contesté: No encontré nada, todo estaba en su lugar, pienso yo que fue mi imaginación, o algún gato trasnochado. Meses mas adelante, en la casa de mi abuelo aparecieron unas botellas de tequila sin etiqueta de origen.

Elsa Levy

Duk

Dun caminaba por la aldea en busca de setas que llevar a la cabaña. Su mujer le había pedido que no tardase en regresar, pues tenían invitados para cenar. Dum no estaba de humor para recibir visitas y pensó en ir a recoger las setas a lo más recóndito del bosque y así, con un poco de suerte, llegaría tarde a su casa. Mientras caminaba pensando en sus cosas le salió al paso una mofeta y, mirándole con cara de pocos amigos, le dijo:

—¿Pero no ve que está pisando mi comida?

Dut miró sorprendido a la mofeta, después miró al suelo y allí no vio nada.

—No estoy pisando nada, solo tierra.

—¿Y qué cree que iba a comer?

—¡Vaya!... ¡Lo siento!

Y, tras decir esto, se apartó hacia la izquierda. La mofeta parecía más molesta aún por el movimiento de Dur.

—Está tratando de molestarme, ahora está pisando mi cama.

Due miró el suelo, seguía siendo simplemente tierra, ni siquiera había hierba. Miró a la mofeta y, con gran seriedad, le contestó:

—Bueno, así tendrá más cuidado la próxima vez que deje abierta su casa. Ahora voy a dar un paso hacia delante, así que de antemano le pido perdón por aquello que vaya a pisar.

—¡Ni se le ocurra!, va a destrozar mi puzzle y he tardado meses en hacerlo.

Duw comenzaba a ponerse furioso, aquel derroche de imaginación por parte de la mofeta estaba alterando su habitual estado de tranquilidad.

—Bien, ¿y por dónde se supone que puedo seguir sin molestar ni estropearle nada?

—Si da un salto hacia delante y después gira a la derecha, saldrá de mi propiedad sin destrozar nada más.

Para Duy era el colmo de la desfachatez y, mirando muy fijamente aquella franja de tierra, comenzó a pegar patadas a diestro y siniestro ante la mirada sorprendida de la mofeta.

—¡Pare! ¡Esto le va a costar caro, ya verá!

Duf sonrió ampliamente a la mofeta, se metió la mano en el bolsillo, la sacó vacía y le dijo:

—Por supuesto. Aquí tiene, con esto podrá arreglar todos los desperfectos que he provocado.

La mofeta observó la mano de Duh y le preguntó muy seria:

—¿Cree que soy idiota?

Duv, sin parar de sonreír, le contestó:

—¿No le parece suficiente?

—Pero dígame, ¿para qué diablos quiero yo una chocolatina?

La sonrisa se borró de inmediato de su rostro y, mirando a la mofeta, dijo:

—Me doy por vencido, es usted un energúmeno.

—Se lo agradezco, usted también me cae muy bien; vuelva cuando quiera por aquí.

Y desapareció de la vista de Duj sin esperar que este le contestara nada. Duj se quedó confuso durante unos minutos, después pensó que era hora de volver a casa, si es que tenía casa, ya no estaba seguro de nada, ni siquiera estaba seguro de llamarse Dup.

Mari Carmen López Arnaldos

Kira y la mostaza

Uno nunca sabía cuándo empezaba. Por regla general, a las tres y media. Pero a veces era a las cuatro; incluso una vez a la cuatro y media de la madrugada. No era normal que echaran anime japonés en una televisión, y aquella serie molaba: robots enormes de acero y carne, adolescentes atormentados de ojos hinchados, un futuro incierto plagado de rascacielos derruidos... Sí, merecía la pena darle caña al viejo VHS. Programa: PR-04. Hora de comienzo: 03:00 AM. Hora de finalización: 05:00 AM. Calidad: LP. Ya sé, tal vez grabar todos los días dos horas de televisión para una cosa que no dura ni veinticinco minutos pueda parecer excesivo. Tal vez, pero, como he dicho antes, la serie molaba; molaba mucho. Por eso todavía no entiendo por qué terminé olvidándola, por qué aquellos dibujos animados dejaron de parecerme... eso, dibujos animados. Bueno, en realidad sí lo sé: fue por Kira.

Ella presentaba el programa de antes, uno de los que ahora llaman “de tendencias”. El menú incluía pequeños reportajes sobre cosas muy variadas: locales de música electrónica en Berlín, tiendas de moda post-hippie a lo largo de Malibú, cafeterías gays en Montmartre... Ese rollo “raro” o “de tendencias”. La cosa en sí, sin Kira, era tan interesante como un bocadillo a secas de mortadela: alimenta, pero está soso. Yo siempre le pongo tomate y aceite de oliva, o bien mayonesa, o... no sé, una de esas salsas de queso. Sin embargo, Kira no era ninguno de esos complementos aditivos. La solución llegó una tarde de finales de invierno, cuando abrí la nevera y comprobé que, aparte del pan y de la mortadela, no me quedaba más que un par de bolsitas de mostaza del Burger King, restos del naufragio de la primera noche sin mi ex mujer unos cuatro meses atrás. ¿Mostaza! Comprenderlo, no me quedaba otra cosa. Además, las bolsitas iban a caducar, creo. En todo caso, a mí es que la comida no me gusta sosa. “De perdidos al río”, pensé, “Además, si he sido de capaz de firmar hoy el tramite de divorcio delante de ella y de su abogado, esto es pan comido”. En fin, no diré que fue el mejor bocadillo que he comido en mi mísera existencia, pero aquella mostaza me salvó de una merienda insulsa. Así llego a ser Kira para mí, como la mostaza. De acuerdo, quizás no tenga mucho sentido, pero ponerlos en mi lugar: ver una serie futurista de dibujos animados con veintiocho años de edad era algo así

como... no sé, como mi jodida manera de decir que ya no me quedaba nada en la nevera. Lo que se dice nada. N, A, D, A.

Por eso llegó a ser ella tan importante. Kira presentaba cada una de las vidas que yo nunca había sido, que había dejado escapar, que nunca sería, y me lo decía a mí, desde la madrugada de una vieja cinta de VHS. Ella me buscó las mejores paredes del norte de Harlem para pintar graffitis; me ayudo a elegir una guitarra eléctrica zurda un día de lluvia en Camden Town; me enseñó a llorar, subidos los dos encima de las crujientes tablas del teatro de San Petersburgo... Sí, ella me arrancó de mi sillón, abrió la ventana, me dio lápiz y papel y, tras una de sus malévolas sonrisas de chica manga, lanzó a mi imaginación allí afuera, lejos, muy lejos, a todos esos lugares: Amsterdam, Marrakech, Ciudad de Méjico... Postales que ahora escribo aquí, en mi habitación, y que luego guardo en el interior de la nevera, junto con las bolsitas de mostaza que Kira roba para mí dentro de las hamburgueserías de Milán, de Hong Kong, de Buenos Aires, de...

Carlos Mateos López

Ciento cuarenta y cuatro mil

"Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel". (Apocalipsis 7:4).

Mirá cómo estás, Pelucho, todo sucio y mojado, qué vergüenza; está bien que durante esta semana me olvidé de venir a verte, pero ya estás grande como para cuidarte solo, me parece. Y mirá lo que hiciste: ¡la destrozaste! Y aunque no sea culpa mía papá me va a retar cuando vuelva de Mar del Plata; ni hablar de mi hermana que va a andar a los gritos queriéndome pegar.

Me parece que con esto que hiciste perdiste tu lugar, Pelucho, porque no me vas a decir que no te había avisado de aquel asunto de los ciento cuarenta y cuatro mil. Sí, nada más: ciento cuarenta y cuatro mil. Cuando me lo dijeron en la escuelita dominical yo también había puesto la misma cara de susto que vos ponés ahora, porque me di cuenta que ganarse un lugar en el cielo es bien difícil. Y más si hay tan pocos lugares, imagináte. Pero yo te lo había dicho, Pelucho, eh, te había dicho que para entrar ahí tenés que ser puro y no haber pecado nunca. Nunca nada de nada. Y vos venías bien hasta que te mandaste esta macana. Me parece que perdiste tu lugar, Pelucho. Y eso que yo te había avisado.

Porque no creo que vos tengas chances, ahora, con esto que hiciste. Fijáte que pasó mucho mucho tiempo desde que Él hizo las leyes y dijo la cantidad de personas que pueden estar a Su lado. Entonces seguro que hubo mucha gente que obedeció y logró ser pura, y así se ganó el lugar. Tratá de imaginarlo: como doscientos cuarenta y ocho años; o más, no sé... tres mil quiñientos años de gente que se viene portando bien para ganarse un lugar dentro de los ciento cuarenta y cuatro mil. ¿Y cuántos lugares quedarán ahora?... poquitos, Pelucho, cinco, seis... catorce; más no. Por eso vos, por haberla despedazado, seguro que quedaste afuera; porque ahora mismo debe haber gente pura que se porta bien y debe querer ocupar alguno de los lugares que quedan. Por televisión uno lo ve nomás. Por ejemplo ese que conduce el programa del viernes, el que hace reír a todos; la abuela dice que es un santo y el abuelo dice que es un genio, y entonces seguro que ese va al cielo, Pelucho, porque parece que ese es un hombre muy especial, muy distinto; yo por ejemplo no soy ni santo,

ni genio, ni hago reír a nadie. O ese jugador de fútbol que mi papá dice que es como Él pero acá en la tierra, porque hace cosas que nadie puede hacer. Hace magia, dice; todos lo quieren mucho acá, y cuando mete los goles siempre se hace la señal de la cruz y entonces seguro que hasta Dios se pone contento. Ese seguro que también se gana algún lugar de los ciento cuarenta y cuatro mil. ¿Y entonces? ¿Cuántos lugares quedan?... uno, dos lugares... diez capaz.

¡¿Ahora te das cuenta de lo que hiciste?! ¡Mirá como la dejaste! Y no me vas a decir que la culpa fue mía porque me olvidé de venir a verte. Porque me olvidé, Pelucho, no lo hice a propósito. Antes de irse a Mar del Plata papá me dejó en la casa de la abuela y me dijo apuntándome con un dedo duro: “acordáte de Pelucho, dale de comer todos los días; bañálo día por medio”, y así lo hice los primeros días, pero después me olvidé, en serio. Bah, un día sí me acordé pero estaba cansado para venir acá; y otro día justo me vino a buscar el Santi para irnos de campamento con el padre, y entonces tampoco pude venir. Y los demás días sí me olvidé, en serio.

Pero no me podés culpar a mí, porque... además... vos sos grande, Pelucho, yo no sé... ¡yo no sé cómo no te podés cuidar sólo! Al final no se te puede dejar sólo sin que hagas macanas. Porque está bien, sos un poco más chico que yo, tenés siete; pero los años tuyos valen más que los años nuestros, y entonces ¡vos sos grande como mi papá! ¡Te tendría que dar vergüenza, Pelucho! Y no me mires así, como para dar lástima; porque ahora por culpa tuya se va a armar un lío bárbaro cuando ellos lleguen de Mar del Plata y vean lo que hiciste. Además yo te puedo perdonar, sí, pero Dios no. Y por eso, seguro te quedás afuera de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Y vos a Marianita le tenías bronca desde hacía rato, yo me di cuenta. Cuando mi hermana la traía a jugar al patio a vos se te iban los ojos, parecía que no había otra cosa en el mundo además de ella. Sobre todo cuando andabas con hambre, yo veía que la mirabas con esos ojos de atacar; de atacar y de romper. Bueno, yo también le tenía bronca, sí, pero no como para romperla toda, Pelucho, yo me las aguantaba; me las aguantaba porque sabía que estaba mal y quería ser uno de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Ya sé lo que pensás, Pelucho, pero si te la puse en la mitad del patio no fue para que la deshagas en pedazos; fue para ponerte a prueba. Fue para ver si sos bueno, puro, y si te aguantás no hacer cosas

malas. Acordáte: los primeros días que venía para darte de comer te portaste como un santo y ni la tocaste, y entonces yo te decía muy bien Pelucho y te acariciaba; pero después, cuando me olvidé de venir, no te pudiste aguantar y le hiciste esto: la hiciste puré; la rompiste toda, y ahora hay que sufrir el sermón de papá y los gritos de mi hermana. Y el castigo de Dios, Pelucho. Porque ahora que destrozaste a Marianita perdiste tu oportunidad, y entonces capaz que haya un lugar para mí. Un lugar en el cielo, de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Fernando Manzini

Una noche de viajes

Nicolás no deja de llorar. Sentada a lo india en mi cama, lo miro desde atrás. La espalda se le sacude como una batidora. Me gustaría que fuera de risa, pero escucho gemiditos y la nariz resoplando, mientras se escurre los mocos. Me agarro los pies con fuerza, aprieto cada dedo lo más que puedo, uno adentro del otro.

Hace rato que trato que me cuente. Pero nada. Estoy asustada. Nicolás llorando, eso no puede ser bueno. Y menos porque ni amagó a pegarme cuando me reí y le dije maricón.

Vuelvo a levantarme de la cama, los pies descalzos sobre la alfombra, casi sin hacer ruido. En unos cuantos pasos llego hasta él. Me siento a su lado y le toco un hombro. Levanta la cabeza del hueco entre sus brazos. Sus ojos parecen ventanas mojadas después de una tormenta. Tiene la cara roja, más roja que cuando este verano se achicharró en el arroyo. Me mira, inventando una sonrisa. Con dos dedos me aprieta, suavcito, un cachete.

-Está todo bien Luli, andá a dormir.

No le creo nada.

-¡No, no, no! ¡Contame qué paso! –le grito, como nos grita mamá cuando no hacemos caso –Contame o le digo a mamá y papá que te mandaste una de las tuyas –digo, ahora convencida con mi improvisado plan.

Parece que le hubiese dado cuerda. Vuelve a enrollarse como un caracolito, de nuevo en su caparazón de brazos, manos y piernas. Los ojos rojos ya no están.

También quiero llorar. No se por qué. Pero quiero. Voy hasta la puerta del cuarto y la abro, despacito. Salgo por el pasillo en penumbras. Me agarro de la pared y aguanto con fuerza a Chiflín que cuelga con sus orejotas, cabeza abajo. Por la puerta de mamá y papá, entreabierta, se asoma algo de luz. Voy arrastrando los pies por el parque, sintiendo el frío. Me erizo desde la nariz a los pies.

Con suerte mamá y papá me dejen quedarme un rato hasta que se me pase. Capaz que hasta nos dormimos los tres juntos.

Los escucho rezongar. O algo parecido. Es un rezongo, pero como en voz baja, como cuando uno va al cine y conversa. Llego hasta

la puerta entornada. Antes que me vean, puedo ver a papá armando una valija. Por lo visto nos vamos de viaje sorpresa a algún lado. Se mueve desde el placard hasta la valija apoyada en la cama. Va rapidísimo. Mete camisas, calzoncillos y remeras, todo apretado. No parece contento con el viaje. Yo sí.

Empujo la puerta de golpe y me meto en el cuarto. Ahora puedo ver a mamá. Está en camión, sentada en la cama, con la cara entre las manos. Blanca como un papel. Los dos me miran. Ninguno habla.

-¿Dónde vamos? –digo, cayendo de un salto en la cama.

Me tiro y apoyo mi cabeza en las piernas de mamá. Las manos calentitas y suaves me rodean la cara. Juega con mis mechones de pelo. Pero no dice nada.

-¿Dónde, dónde...? ¡Cuéntenme dónde! – insisto, vuelvo a pararme, y empiezo a saltar sobre la cama.

Papá deja lo que estaba haciendo y me mira. Está serio, aburrido o cansado. No sé. Nunca le vi esa cara.

-A ningún lado chiquita – me dice.

Se sienta en la punta de la cama. Todavía sigue con el traje puesto. Dejo a Chiflín en la falda de mamá. Voy caminando sobre el colchón hasta él. Me abre los brazos y me siento en sus piernas. Me envuelve con su calor. Mamá nos mira, los ojos fijos. Unas líneas mojadas van corriendo por sus cachetes, lisos y blancos.

-Chiqui, tenemos que conversar... – me dice papá al oído.

Gabriela Morales

La habitación

En un hotel de Madrid hay un hombre en pijama tumbado sobre la cama. Tiene los ojos abiertos, mirando hacia el papel pintado.

Es un papel feo, carente de interés, pero quizá esto sea lo llamativo: su extrema, su absoluta vulgaridad.

Nuestro hombre también escucha y lo que oye es el repiqueteo de la lluvia en el exterior.

No está impedido, ni enfermo, ni es viejo, pero aún así tiene que hacer un esfuerzo considerable para alargar la mano hacia la mesilla de noche que hay al lado de la cama. Una vez alargada la mano, toma un cigarrillo del paquete de tabaco que hay sobre la mesita y enciende el cigarrillo. Esta operación le cuesta mucho más tiempo del que tú: lector, tardas en leer esta historia.

Encima de la mesita de noche hay también un reloj de pulsera vuelto hacia abajo.

El hombre decide de pronto mirar la hora:

"Las cinco en punto"

Bien, así son las cosas, el reloj funciona -Eso es indudable - pero ya eran las cinco cuando Julio -así se llama nuestro hombre-, se quedó dormido. También estaba lloviendo fuera y seguía lloviendo cuando despertó con la conciencia de haber dormido tanto y sin embargo, estar mucho más cansado que antes. No recordaba nada de lo que había soñado.

El hombre volvió a mirar el reloj, volvió a darle la vuelta y volvió a escuchar el rumor de la lluvia al golpear contra la ventana.

Tuvo un impulso de rabia, quería saltar de la cama, pero en vez de hacerlo se quedó todavía más quieto.

En su inmovilidad no había indiferencia hacia las cosas que le rodeaban o hacia las personas que pudiera haber fuera de la habitación. Tampoco había indiferencia hacia él mismo, simplemente no necesitaba nada: no tenía sed, ni sueño, ni... ¿Pero entonces por qué

esa ansiedad? De cuando en cuando sentía una zozobra que le revolvía en el lecho y le obligaba a dar la vuelta al reloj o a encender un pitillo. Invariablemente el reloj marcaba las cinco en punto. La hora en que Julio entró por primera y única vez en la habitación del hotel.

Julio encendió el último cigarrillo. Notó que tenía que salir de allí. Por qué lo hizo, nunca lo sabremos. Contra toda lógica saltó de la cama y avanzó hacia la puerta, un resto de prudencia le detuvo ante el picaporte, pero no pudo contenerse.

Abrió la puerta y aquello fue su perdición.

Tal vez vio algo antes ¿Quién sabe?

Súbitamente comenzó a envejecer, se arrugó, se achicó, se debilitó, se llenó de tiempo por completo hasta desaparecer. En su lugar apenas quedó un charco de agua. Era como si hubiera desencadenado un ciclo diferente. Fue tan rápido que no le dio tiempo a cerrar la puerta detrás de él y esto significó el fin para todos nosotros: el resto de huéspedes del hotel y también para el hotel mismo.

Jamás debimos aceptar su reserva.

Mariano Moreno Casquete

Sobrevivientes

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche”, pensé. Mas no pude con mi genio salvaje y allí nomás, en penumbras y desconsolado, compuse las más tristes melodías en el piano.

El sonido de las escalas armoniosas clavaban punzantes cuchillos por todo mi corazón. Y la pena fluía tan pesada como un desahogo resignado. Sobre la infinita oscuridad de la casa abandonada por el martirio y la desilusión, flotaron e hicieron eco notas celestiales que marcaban el ritmo junto al torrente de lágrimas que caían de mis ojos y pecho. Y mi mente se sumergió en la bruma roja, dejando que las horas transcurriesen y sin intenciones de evitar que aquello sucediera.

“Poesía eres tú”, le habré dicho una noche en que la amé como en cada momento que pasé a su lado. Entonces ella clavando en mi pupila su pupila, me habría convencido de la existencia de los dioses.

Pero estaba solo, haciendo preguntas que nadie respondería y mientras la bruma flotaba a mi lado. Intentaba buscar alguna explicación a su partida, pero no la encontraba. Y mis dedos más ágiles se desplazaban sobre la alfombra negra y blanca cuando el sentimiento cavaba más hondo en la herida. Herida que se abría al dibujarse su rostro en mi mente y sangraba al memorar los inútiles intentos de encontrar una cura a su fatal enfermedad. Mi corazón se sentía desbordado de un líquido espeso y ardiente llamado impotencia. Porque ya no volvería, y en todos los rincones de mi cuerpo estaba aún impregnada.

Y mientras continuaba armonizando, una mariposa salida de la oscuridad misma se posó en la parte superior del piano, permaneciendo inmóvil. De tanto en tanto hacía aletear sus coloridas alas, como recordándome que seguía con vida. Vino a morir en la oscuridad, junto a mí; pensé. La observé por el rabillo del ojo y esperé que cayera de un momento al otro. Luego volví a perderme en el manto de nubes rojas hasta que el cansancio me abatió y me desmayé.

A la mañana siguiente el sol dibujaba una puerta en la pared blanca del enorme salón. Desperté sin ilusión ni ganas de afrontar un nuevo día. El vacío me vencía. Miré la mariposa posada en el piano y ahora sí, ya no chillaba. No tenía la fuerza necesaria para cruzar un

puente sin destino ni baranda del que en cualquier momento podía tropezar y caer al mundo. Por lo tanto tomé una cuerda, la aferré a una viga que atravesaba por toda la extensión del techo y enredé mi cuello con intenciones de ahorcarme. Subido a una mesa junto al piano, hice el primer intento por dejarme caer pero no lo conseguí. Me detuve un instante en el que el pulso me tembló y tuve miedo de echar todo hacia atrás. Pero no lo hice. En el segundo intento, trastabillé y mi zapato derecho salió despedido cayendo sobre las teclas más graves del instrumento que ejecutó varias notas a la vez. El sonido retumbó en la soledad moribunda. Estalló como una bomba en mis oídos y asustó a mis fantasmas. Sin querer, casi en un último recurso, observé que la mariposa aleteó con fuerza; aleteó desafiante. Retraje mi movimiento con toda la dificultad que aquello presentó. Pero me esforcé, y una vez estabilizado me saqué el otro zapato y lo arrojé sobre el piano. Otra vez el sonido y la aleteada. Liberé mi cuello y me acerqué a aquellos colores un tanto incrédulo. Me senté frente al piano y una vez más comencé a improvisar melodías tristes. La mariposa respondió con sus alas en el acto y yo toqué mil piezas contándole mi historia con los ojos atravesando sus colores tan vivos como ella. Toqué por varias horas.

Y pasó el tiempo y todavía toco para ella. Es mi único público desde hace años, pero aún aletea al oírme improvisar. Eso me mantiene vivo. Es mi pacto desde que llegó. Mientras mueva sus alas, le daré compañía. Mientras le dé mi música, seguirá dándome una razón para ver salir el sol todos los días. Aunque llueva. Y aunque no le encuentre real sentido, lo cierto es que no estaré muerto hasta saltar y arrepentirme de estar vivo. Y eso no sucederá mientras sepa que tengo la posibilidad de ofrecer ilusión a alguien más que me espera.

¿Qué sucederá luego? Eso no lo sé. Pero mientras tanto, cada mañana una voz sacude a mi oído y me reta a seguir.

“Lázaro, levántate y anda”, me dice.

Facundo Javier Moreno

“Alzheimer”

Cuando me preguntaban qué había sido del abuelo, siempre respondía lo mismo.

Hacía ya tiempo desde que su tren marchó, desde que lo despedimos y lo perdimos en la lejanía grisácea e insegura del horizonte, mientras movíamos las manos lentamente hacia la derecha, lentamente hacia la izquierda.

El abuelo nos había abandonado a todos, con una pesada y chirriante aspereza. Ninguno quiso creerle, pero lo hizo. Todo había transcurrido tan lentamente que apenas advertimos la sinceridad de sus palabras arrugadas.

Si ahora volviese a tenerlo delante... cómo se dice... en cuerpo y alma, aprovecharía a hablar con él, mucho, y quizás para pedirle perdón también, por mi ausencia, por la suya, por haberlo olvidado. Pero el abuelo no regresaría, todos lo sabíamos, por eso era tarde para solemnidades insulsas.

En ocasiones me daba la impresión de que si se nombraba al abuelo, aunque fuese de modo cicatero, si por unos leves instantes alguien caía tentado ante la borrosa memoria, era por egoísmo, porque así todos sentíamos la conciencia bien limpiata, porque no nos sentíamos culpables de su soledad, de lo que había terminado por suceder.

El abuelo, triste y solo; el abuelo, que vivía lejos; el abuelo, que no lo había sido.

Me preguntaban qué había sido del abuelo, y lo más extraño es que aún estaba allí, postrado en una silla de enea, con una manta de

cuadros rojos sobre sus piernas enjutas e indiferentes, asomado a la empañada ventana.

Sus desordenadas palabras apenas decían algo, nos oía sin escuchar y su mirada azul no conducía a ningún lugar. A través de la ventana veía, como nosotros, su tren marchar, pero desde fuera, sin poder frenarlo. Por eso siempre respondía lo mismo.

Ana Muñoz Gómez

Debajo de la roca

Dos jóvenes iban caminando por un terreno que, en algún momento, había sido fértil pero que era pobre y muerto. Cargaban en sus espaldas unas mochilas y caminaban bastante despacio. Casi nadie estaba por ahí ya que no era un lugar muy agradable a la vista. Una de ellas se llamaba Dolores y su amiga, Gabriela.

- Gaby, ¿qué es este lugar?

- Este lugar se llamaba selva amazónica y era un lugar hermosísimo... ¡No te lo imaginas!

- ¿Qué pasó?

- ¿Recuerdas que hicimos un trabajo práctico acerca de un material llamado “papel”?

- Sí, se lo usaba para escribir y dibujar, era muy útil.

- Bueno, para hacerlo se necesitaban árboles. Aquí había una gran variedad de ellos, más bien, era un muestrario de todas las especies que había en estos hábitats. Entonces, empezaron a talar indiscriminadamente árboles pero no todos servían mucho. Los ecologistas empezaron a presionar porque no plantaban luego de talar. Sin embargo, ponían semillas de la especie principalmente útil para hacer el papel y no de otras. Así fueron desapareciendo varias especies de plantas y, junto con ellas, de animales que vivían ahí. Incluso, estoy segura de que existieron animales que jamás conocimos ni conoceremos nunca.

- Pero si plantaron árboles, alguna especie podría vivir.

- Sí, pero nada en comparación con lo que había antes. Además, con plantar, talar y volver a plantar la misma especie este suelo se fue desgastando. Se necesita un fuerte trabajo para volver a ponerlo en condiciones y recuperar el lugar. Para eso se propuso el proyecto de Árbol pero es bastante complicado. No es muy costoso pero...

- Ojalá lo aprueben...

- Lamentablemente, las vidas perdidas no podrán ser recuperadas. Esta selva era considerada el “pulmón del mundo” ya

que, como sabes, producía grandes cantidades de oxígeno. Estoy segura que esa nueva enfermedad respiratoria, que están estudiando los científicos y que se cobró millones de vidas, se debe a la desaparición del “pulmón”.

- Es terrible...

- Muy cierto. ¿Sabes por qué se la llamaba selva amazónica?

- No tengo idea.

- ¿Recuerdas esa enorme depresión que cruzamos a pie y que te pareció bastante húmeda? Ese lugar fue, hace muchísimo tiempo, el cauce de uno de los ríos más populares del mundo, del río Amazonas.

Caminaron un par de horas más y Dolores comenzó a sentir que el suelo seco, que había estado pisando, se volvía paulatinamente más húmedo y embarrado. Se lo comentó a su compañera.

- Estamos llegando a donde antes estaba una catarata, la más linda, en mi opinión.

- ¿Qué es una catarata?

- Era un conjunto de majestuosos saltos de agua que caían a muchos metros de altura. Un hermoso centro turístico: la gente venía y miraba los saltos de agua que largaban una espuma increíble, producían los legendarios arcoiris constantemente y se empapaban de los pies a la cabeza.

- ¿Qué pasó?

- Se secó poco a poco y también los ríos.

- ¿Cómo?

- El agua iba formando ríos que más hacia el sur eran caudalosos y estupendos. Por desgracia, algunos políticos descuidados dejaron que empresas de otros lugares los contaminaran, arruinaran y mataran la fauna acuática. Al hacer eso, se acabó esa actividad llamada pesca.

- ¿Queda alguna catarata en el mundo?

- Es muy probable que no haya quedado ninguna tan bien como esta. Acá hay un poco de frescura, en los otros lugares esta más seco que el terreno donde estaba la selva. Todo arruinado está... ¿Quieres ver lo que era una catarata?

- Bueno

Gabriela sacó de su bolsillo una foto y, luego de verla detenidamente, se la mostró a Dolores. Luego, fue a sentarse sobre una roca y empezó a llorar amargamente. Su amiga la comprendió perfectamente: la foto mostraba un paisaje hermoso y los saltos parecían mostrar diferentes rostros.

Una vez que se tranquilizó y dejó de llorar, se acercó a su amiga quien le preguntó:

- ¿Cómo sabes todo esto?

- Mi tatarabuela dejó unas anotaciones en la computadora y las estuve leyendo detenidamente. Realmente, lo que me contaba era deprimente pero era la verdad. El lugar donde nos quedaremos está por allá, bajando unas escaleras: un lujoso hotel, ahora bastante accesible, que había lucrado bien durante la existencia de la catarata pero que vino a menos con la desaparición – dijo incorporándose.

- ¿Para qué me trajiste hasta aquí? – le preguntó alcanzándole la fotografía

- Dijiste que ibas a terminar con todo hoy o mañana y decidí mostrarte una parte del mundo que no conocías, que hubiera valido la pena conocer – le dijo mientras sacaba una birome sin tinta y dibujaba en el suelo unas onditas – pero que nos hemos perdido. Nacimos cerca de unas montañas que escalamos varias veces pero no conocíamos un sitio como este. Por cierto, ¿escribiste una carta de despedida?

- Sí, ¿no quieres... tú sabes?

- No, yo tengo razones para vivir, no muchas pero las tengo. Vamos al hotel, creo que ahí deben estar ya nuestras valijas.

Dolores se quedó parada y miró todo el paisaje que se extendía durante unos momentos mientras Gabriela seguía escribiendo en el suelo. Cuando ya estaba por atardecer, caminaron unos metros y se encontraron con una escalera. Al bajar, el suelo ya no era de tierra sino de madera.

“ Pensar que estos fueron árboles” pensó Dolores.

Como había dicho Gabriela, allí encontraron los bolsos en sus lujosas habitaciones muy bien amuebladas. Las pertenencias de Dolores eran menos que las de su amiga. Las dos camas estaban contra dos paredes diferentes y en el medio había una mesa de vidrio y una ventana, que daba hacia donde habían estado las cataratas. La abrieron.

Se bañaron por turnos en unos grandes jacusis y se vistieron para la cena. En ese momento, había diez personas alojadas en el hotel. Estuvieron comiendo y la cena se extendió hasta la una de la mañana.

Las dos amigas regresaron a su habitación, se pusieron la ropa de dormir y se acostaron.

- Dolores, ¿sabes una cosa?

- ¿Qué?

- Sentí algo muy extraño cuando me senté en esa piedra, que algo se movía abajo pero no supe explicármelo. Por cierto, ¿vas a hacerlo?

- Sí, creo que sí. Buenas noches, Gaby, hasta pronto.

- Hasta pronto, Lola - dijo, bostezó y se dio vuelta para dormir.

Dolores se quedó sentada en la cama pensativamente un buen rato. Al cerciorarse de que su amiga dormía, sacó un sobre de su bolso y lo colocó en la mesita abajo de un pisapapeles. Se abrigó, se calzó, tomó una linterna potente y salió silenciosamente por el pasillo, no había nadie.

Al bajar, encontró la puerta abierta y comenzó a subir las escaleras. Guiada por la luz de su linterna, encontró la roca donde había estado con su amiga y se sentó para ver el paisaje, quizás, por última vez. Repentinamente, comenzó a sentir que algo se movía debajo de donde estaba sentada. Se levantó y examinó el lugar: no había nadie.

Se agachó y apoyó la oreja en la piedra: un ruido muy extraño provenía de ahí, debía averiguarlo. No iba a quedarse con la duda. Reunió fuerzas y logró girar la roca, que cayó al precipicio haciendo un ruido seco.

Inexplicablemente, empezó a salir un potente chorro de agua que caía produciendo una hermosa melodía, aquella que los turistas venían a oír... Entonces, se paró del todo y miró nuevamente el paisaje, un viento muy fresco chocó contra su rostro y empezó a mover su ondulada cabellera hacia atrás. El hueco por donde salía el milagroso chorro de agua se amplió y comenzó a caer más cantidad.

Fue ahí cuando se dio cuenta que había encontrado una razón... una razón muy importante.

El ruido de unos papeles que se rompían hizo que Gabriela se despertara y se encontrara con su amiga frente a ella. Estaba contenta, alegre y estaba haciendo pedazos la carta de despedida.

- ¿Qué pasó? – le preguntó

- Me di cuenta que vale la pena recuperar este lugar, es muy importante. Mira por la ventana.

Un poco adormecida, miró y, al principio, no notó nada nuevo pero sus ojos se abrieron enormemente cuando descubrió el chorro de agua. Abrazó a su amiga y lloró, ya no por amargura, si no por felicidad... por inmensa felicidad.

- Necesito ayuda para recuperar este lugar – le dijo Dolores.

- Contá conmigo, amiga.

Ariadna Navone

Réquiem para un desconocido

Llovía. Recorría yo, con pasos calmos y solitarios, ese largo camino que separa algún lado de ninguna parte. El precioso líquido caía desde el cielo mojándolo todo con precisión de artesano, preocupándose por cada detalle con una obsesión casi humana. Y observaba yo las gotas caer, maravillándome ante algo tan simple como la lluvia, que no solo moja mi cabello, mi piel, sino que atraviesa toda materia y llega más allá, hasta el alma, despertando nostalgias, sueños perdidos y olvidados. Algo tan simple como la lluvia. Simple como Dios. Y tal vez ella no sea más que el Creador que viene a recordarnos algo que olvidamos hace mucho tiempo. Pero nosotros elegimos no escuchar, sordos y ciegos ante tal milagro.

Me encontraba caminando bajo una lluvia de melancolías pasadas, siguiendo un viento de amores callados, perdido en mis pensamientos, cuando quiso el destino, o algún dios, o solo la casualidad, que mis pasos me guíen hasta la puerta del cementerio municipal, en el lado oeste de la ciudad. La puerta se encontraba entreabierta y al principio dudé en entrar. Porque entrar al cementerio nos recuerda que alguna vez estaremos allí, que no somos eternos, que todo tiene un fin. Un golpe fuerte para el ego del hombre.

Por un minuto mis ojos se quedaron fijos en la puerta del cementerio, temiendo ingresar a ese mundo silencioso, sintiendo la lluvia deslizarse por mis mejillas. Pero el viento guía no dudó y, rauda, atravesó el umbral. No tuve opción y lo seguí.

Llovía dentro del cementerio, también. Esto me desconcertó. Había esperado que, quizás, la lluvia evitaría este lugar de reposo eterno, permitiendo que por lo menos en la muerte podamos escapar de los tristes recuerdos que ella nos trae.

Encontré el lugar vacío, o al menos eso pensé al principio. Pero luego pude distinguir dos hombres corpulentos, empleados del cementerio seguramente. Parecían muy ocupados en algo. Me acerqué unos metros y advertí la fosa rectangular en la tierra. A su lado pude ver un cajón, viejo y maltrecho, morada última de algún pobre desdichado. Le pregunté a uno de los hombres por el nombre del ocupante de aquel ataúd, pero un simple “NN”, ahogado por la lluvia, fue la respuesta. “NN”, no sabían, nadie sabía. Era alguien sin nombre,

sin pasado ni futuro. Su cuerpo vacío y un viejo cajón de madera eran sus últimos vestigios, a punto de ser devorados por el olvido inclemente.

Llovía en el cementerio y una tristeza infinita atravesaba mi corazón, por ese ser anónimo que me miraba con ojos muertos a través de la tapa del féretro. ¿Quién había sido, alguna vez?. ¿A quien había amado?, ¿por quien había llorado?..

Supuse que había sido un ser ebrio de libertad, inmune a las cadenas con las que nos mantiene cautivos la sociedad. Amo y señor de su propio mundo, sin límites ni barreras que lo aprisionen. Quizás la idea de que su nombre se había perdido tras su partida de este mundo era errónea. Tal vez él lo había abandonado mucho tiempo antes, negándose a ser etiquetado, a ser definido con una sola palabra. Acaso había sido un ser complejo y simple, feliz y desgraciado, lleno de paradojas y contradicciones que lo completaban, que lo superaban.

Supuse que había recorrido el mundo en busca de algo más, como todos nosotros lo hacemos. Que lo había encontrado y vuelto a perder, mil veces más una. Quizás el objeto de su búsqueda había sido siempre el mismo, sólo que se manifestaba de maneras diferentes. Una mujer con ojos celestes como el cielo. Un amigo con quien hablar. Una comida caliente después de semanas de hambre y frío. Una cama cómoda donde descansar. Una mirada. Una sonrisa.

Supuse que había sido dueño de una gran sabiduría. Pero no sabiduría de libros y cifras, sino de penas y cansancios. Un gran filósofo sin nombre ni discípulos, que había comprendido lo que es la vida, su significado, pero que nunca había encontrado un oído atento a su secreto, ni una mente abierta a su misterio.

Supuse que había sido un gran artista pero que nunca había tenido la oportunidad de expresarlo, y que todas sus grandes obras yacían en el fondo de su espíritu, huérfanas de inspiración, esperando inútilmente el aliento de vida.

Llovía, y supuse que este ser sin nombre, viajero, filósofo y artista amaba la lluvia, y que la lluvia lo amaba a él. Acaso en un país lejano, también sin nombre, ella lo había encontrado, sucio de polvo y aflicciones, y lo había bañado, como una madre baña a su hijo.

Los hombres terminaron de cavar la fosa y, sin ningún tipo de formalidades, arrojaron el viejo cajón de madera al fondo. El ataúd se

hundió en el barro, y bastaron unos minutos para que desapareciera de mi vista, perdiéndose para siempre bajo la tierra. Después de terminado el trabajo, se retiraron.

Llovía en el cementerio. El viento suspiraba su lamento entre las hojas de los árboles. Y yo me encontré solo, junto a una tumba sin nombre, llorando por un difunto desconocido que había partido de este mundo para no volver jamás.

Alejandro José Niklison

Pimienta

La conocí en el invierno. Amarilla, radiante, bailando en los destellos lunares que se cuelan por las rendijas de su ventana. La visito cada mañana en la memoria, su voz aguda y dulce con las palabras exactas para atrapar al dolor en burbujitas saladas. Su perfume me cautiva en donde quiera que la pienso.

A Pimienta le gusta la música, sus sueños solían ser partituras donde los unicornios jugaban entre las flores caídas del otoño. Siempre estaba cantando. Risueña, mostrando todos los dientes. A veces su abrazo cándido roza mi piel con murmullos.

Aquella tarde creí que la había olvidado, no pude encontrar su mirada entre mis recuerdos. Sus ojos cafés no estaban en mis pensamientos, no pude verlos. Lloré. La noche invadió el firmamento sin su mirada, y esos brazos que comenzaban a esfumarse, ahora perdía sus brazos delgaditos, dorados. La cabeza me daba vueltas tratando de no dejarla ir. Sus labios, ¿dónde están sus labios? La boca carnosa de ave amarilla.

El estridente timbreteo del teléfono. Salgo de mi mente sin sus labios ni la piel, sin aquella boca húmeda y sin su mirada. El RINGRINGRING rompe el silencio y me obliga a mirar el auricular con odio.

Contesto de forma altanera. De pronto toda ella vuelve de golpe bajo mi piel. Su voz al otro lado de la línea. Enmudezco. Mi nombre en silbidos llenos de la misma fantasía que me persiguió seis años.

—¿Pimienta?

Escucho el nombre de un parque y una hora. Reencuentro sus pómulos, sus senos redondos. La escucho gemir hundido en su sexo. Pimienta. Cuelgo. Entro al baño y mojo mi rostro. En el espejo se refracta una parte de su nariz afilada, de sus hombros desnudos. Siento un palpar en la entrepierna. Repito el nombre del parque.

Suena el despertador. Entro a la ducha. El agua fría eriza mis poros. Me visto de manera mecánica: pantalón de mezclilla y la camiseta con la leyenda “Fat boy slim”. Aún recuerdo ese concierto, la emoción de mi pequeña ave.

Salgo corriendo para abordar el autobús de las 9 a.m. Pi-mi-enta. Pimi-enta. Pi. Pego mi rostro al vidrio. Sus plumas amarillas jugueteando entre mis dedos. Sentir su voz, sus murmullos en la candidez de un cuarto oscuro. Madrugadas de acero partiéndose en sus ojos. El parque. Toco el timbre y las puertas se abren. Pimienta está en la esquina con su sonrisa instalada en el borde de los ojos. Me saluda moviendo sus alas. Corro hacia ella. Corro.

Abro los ojos. Tendido, respiro con dificultad. Murmullos. El rostro de Pimienta aparece de pronto. Sus ojos de miel caen sobre mí. Intento tocar sus mejillas, me detiene una barrera fría. Golpeo con fuerza al aire. Pimienta se acerca más y más. Su cara contra mis manos a través de esa línea invisible. Una neblina espesa rodea mi cuerpo, me traga lentamente. Pimienta cierra los ojos, la escucho tararear algo que parece un arrullo. Su silueta enfundada en un vestido negro y vaporoso. Mi cuerpo se pierde en la niebla blanquizca. Alcanzo a ver su dedo índice dibujando las letras de mi nombre antes de desvanecerme bajo la lápida.

Leticia Ortega Zwittag

La Maldición de Bruno

Le había costado, pero finalmente lo consiguió. Bruno, un joven apuesto aunque presumido, había perseguido a Susy durante mucho tiempo. Él tenía muchas otras mujeres siguiéndolo detrás como roedores hambrientos, pero esto era diferente. Había una obsesión muy grande, desmedida. Una rotunda negativa inicial por parte de la joven lo había hecho enloquecer.

Fue en los primeros días del año cuando se conocieron en el bar “Los Álamos” en el campus del club de hockey. Ella tomaba té con amigas del equipo, y él, que estaba de pasada, bebía un agua tónica. Las chicas murmuraban cosas que el creía ser objeto. Muy seguro de sí mismo se acercó a la mesa y saludo quitándose el gran sombrero de paja que llevaba puesto. Ninguna de las chicas dijo nada, lo miraron y siguieron cuchicheando en un tono aún más bajo. El, desesperado, quiso decir algo para retornar a su seguridad habitual, que estaba torciéndose molestando. Fue aquella tarde una pesadilla demasiado difícil de olvidar para Bruno, se torturó por los dos interminables meses que siguieron, buscando respuesta a lo que el consideraba la primera derrota de su vida.

Pasaron los meses de locura y el se decidió a salir a ver el mundo, había estado todo ese tiempo metido dentro de su habitación intentando olvidarse de lo sucedido, pero más que nada, de lo que intentaba deshacerse en su cabeza, era de la imagen de Susy, que milagrosamente estaba causando un impacto destellante en mente. “Ya paso campeón” se decía a si mismo, “ya salió la cosa, volvamos al juego”. Así Bruno volvió a su juego, pero no tuvo mejor idea de salida inicial que ir a ver a su amigo, el preparador físico del club. No resulto para él algo loco cruzarse con ella, y estuvo tranquilo. Solo la vio pasar, de lejos, a unos cien metros, y los primeros cinco segundos se sintió que volvía a su clásica seguridad. Pero no funcionó. Y comenzó a vomitar sobre la campera de Gerardo, el preparador físico del club.

Y se volvió a encerrar en su cuarto. Pensó que estaba enfermo. Esa noche pudo dormir bien. Al día siguiente, ya más calmado, pensó que hacer al respecto, pero nada salía. Pensó que estaba engualichado o algo por el estilo. “Esto es demasiado” dijo a si mismo. Y así fue como surgió la idea de acudir a lo de Mercedes, la mujer que hace tarot y brujería.

Decidió ir un domingo a la mañana para que nadie lo viera entrar a lo de Mercedes. Entró y habló con ella y le contó lo que el pensaba que era su maldición. Mercedes le pidió algunos elementos que a Bruno le parecieron extraños y le dijo que se olvidará de todo, que ella iba a solucionar todos sus problemas, que a ella le parecieron muy normales.

Y Bruno salió, pudo reorganizar su vida normal. En una tarde de sol, luego de tres semanas de haber estado en lo de Mercedes, le dijo a Susy: “Estuve enfermo por vos..” Eso bastó. Fue lo más romántico que ella habría escuchado en toda su vida. A Bruno le habría resultado algo bobo de su parte y nunca pudo entender porque ella lo habría aceptado luego de semejante cursilería. Unos cinco días después la besó, otros tantos después tuvieron sus noches mágicas y finalmente llegó la propuesta de ella: “¿Quieres venir a cenar a mi casa?” Tranquilo y contento Bruno dijo que sí, pero después se sintió algo nervioso, ya que iba a conocer los padres de Susy, quienes tenían fama de ser personas duras en cuanto a todo lo que tuviera que ver con el orden, la conducta y la disciplina. Su abuelo habían estado en una guerra y había sido un militar de alto rango muy conocido.

Un viernes a la noche Susy presentó entre sí a su padre y novio. Para Bruno había sido como un choque contra un iceberg. Si hubiese sido en otra época de su vida, eso no le hubiese resultado tan provocador; solo que ahora, él, estaba enamorado. Hablaron de política internacional, del partido de la selección de básquet que estaba haciendo estragos y de los libros de Shopenaguer; luego fueron a la mesa donde tomaron una deliciosa sopa de tomates con bastante de nuez moscada. Después de la primera copa de vino blanco ya todos estaban algo más distendidos. Vino Fernanda, la cocinera, y retiró vacíos todos los platos de sopa, para traer otro plato más fuerte, conejo a la cazadora.

Susy estaba comentando a sus padres lo sensacional que había sido el partido del domingo pasado contra las chicas del Instituto, cuando Bruno sintió que en sus tripas algo se estaba moviendo demasiado rápido. Movié sus nalgas para acomodarse y reponerse y se bebió de un sorbo la mitad de la copa de vino que le quedaba, a la que Fernanda la cocinera vino inmediatamente a servirle más. El padre hecho ojeada a la actitud levantando sus cejas. Bruno tiró una falsa

carcajada, a lo que la madre de la joven miró con gestos austeros. Pero nada llamó tanto la atención como el ruido proveniente de su estómago. Fue un sonido tan fuerte que todos interrumpieron la charla y dirigieron las miradas a su lugar. Sintió calor y pidió permiso para ir al baño.

Subiendo la escalera sintió lo peor, comenzó a transpirar muchísimo, tosía, y sintió que la garganta se le comenzaba a abrir de par en par. Corrió por el pasillo hacia el baño y se encerró. Se lavó la cara con agua fría y respiró profundo. Pensaba en que estaba tardando demasiado y que comenzaba a comportarse como un extraño, así que decidió secarse la cara y bajar a la mesa nuevamente. Cuando tomó la toalla para secarse la cara sintió un impulso profundo de querer comérsela. Recién advirtió el hecho cuando la mitad de la toalla estaba tocando ya su laringe. La retiró de un solo movimiento y tomó agua. No pensó en nada, bajo rápido.

Cuando llegó todos lo miraban raro porque Bruno estaba realmente pálido, ojeroso y parecía que su cuello era desnutridamente flaco en relación a su cabeza. Pidió que le pasen la ensalada, y cuando miró, sintió que estaba ante un manjar, no solo comestible, sino ante algo eróticamente provocador. Metió la cabeza dentro de la fuente y se la comió toda. El padre de Susy se exaltó. Tomó la otra fuente con el conejo a la cazadora y ejecutó el mismo acto aunque más asqueroso y brutal. “¿Qué hace animal?” gritó el padre. Pero Bruno no pudo controlarse a si mismo en absoluto y ni siquiera lo miró. Tragó, tragó y tragó. Pan, mostaza, aceitunas, galletas, arroz, hasta kinotos en al almíbar. La mandíbula le temblaba y sentía ásperas sus manos. Todos los comensales miraban perdidos y confusos con excepción de Fernanda la cocinera que había ya pedido permiso para retirarse a su casa.

El padre gritó y se dirigió arremangándose las mangas de su camisa para golpearlo, pero Bruno esquivo el golpe y se abalanzó desesperado hacia el cuello de la madre de Susy que estaba llorando. Le tiró todo su peso encima y le mordió tan fuerte el cuello que dos de sus dientes se partieron cuando estos llegaron a los huesos del cuello. Padre corrió al armario de la cocina en busca de su escopeta de colección. Estaba cargada. Disparó al aire y no sirvió, no pudo llamar la atención a nadie. Así fue que apoyo el caño sobre el estomago de Bruno y disparó. Sus intestinos se derramaron como una cascada por el piso. El joven moribundo los junto agachado y tembloroso sobre el

resbaladizo piso ensangrentado y se llevó a la boca lo que pudo. Con unas últimas fuerzas se levantó, tomó su sombrero de paja del vestidor, y se dirigió a la puerta de calle diciendo: “Buenas Noches, feliciten de mi parte a su cocinera, ha sido una cena maravillosa.” Ni bien pisó la primera baldosa de la vereda cayó rendido.

Aníbal Paz

El cuento

Andrés baja del vagón del metro y a pesar de sus veinticinco años, camina desganado por el andén. Sabe que afuera llueve con frío y en forma torrencial, por lo que en forma inconsciente retrasa su salida al exterior. De pronto un cartel desde una vidriera acapara su atención. Se trata del llamado a un concurso de cuentos y como él suele escribir, lee y anota los datos respectivos. Después de esto se sienta en una de las bancas de la estación y decidido a concursar, piensa en como lo hará.

Ya lo ha resuelto, se tratará de alguien que quiere escribir un cuento en el cual se vaya confundiendo la ficción y la realidad. Como ha descubierto, hace mucho tiempo, que por su mente cruzan las ideas en forma vertiginosa, que pronto éstas son reemplazadas por otras, para finalmente quedar todas sepultadas en el olvido, va siempre premunido de lápiz y un block de notas. En éste suele anotar las ideas, para desarrollarlas luego y en ocasiones, cuando el tiempo lo permite, la historia completa. Como no tiene nada urgente que hacer, abre su cuadernillo, lo pone en su regazo y comienza a garrapatear:

“Carlos está sentado en su estudio frente al computador. Por la amplia ventana alcanza a divisar los aromos y cerezos en flor, que desde el patio proclaman la llegada de la primavera. Sin saber el motivo ha decidido que tiene deseos de escribir un cuento, labor que a sus cuarenta años no ha efectuado nunca, pese a ser un asiduo lector. Ha leído desde Chejov a Benedetti, de Poe a Baldomero Lillo, de Dolstoyewsky a Faulkner”.

“Pero mi cuento tiene que ser muy distinto. – piensa, continuando. - Debe ser hecho de tal modo que la tenue frontera entre lo real e imaginario, si es que ella existe, quede prácticamente borrada. Que el o los personajes abandonen la pasividad y sean capaces de disputarle al autor, su tiránico control de la situación”.

En su mundo conceptual esto es muy fácil de aceptar, es más, muchas veces se ha preguntado si él existe realmente o sólo es un insignificante personaje urdido en la mente de quizás quién. Así, sería perfectamente posible que él no fuera Carlos, ni ninguna otra cosa, ni existieran los aromos ni los cerezos floridos ni la primavera, que ahora puede ver tan nítidamente más allá de una también inexistente ventana.

Pero una cosa es tener claro un concepto y otra ser capaz de transmitirlo con claridad y credibilidad.

-Por ello –piensa - lo mejor será crear un personaje. Se llamará Manuel, será escritor consagrado, tendrá sesenta años y estará ubicado en una noche de verano.

“Manuel, de pie en el jardín anterior de su hogar, da (o cree hacerlo) una última chupada al cigarrillo, mientras observa el cielo estrellado de esa calurosa noche de verano. Reingresa lentamente a la casa y se sienta pesadamente en un sillón. Ya es medianoche, pero será una pérdida de tiempo irse a la cama, pues sabe, o cree saber, que el calor le impedirá dormir.

-Uno de estos días compraré el equipo de aire acondicionado. – se dice.

Hace poco rato ha terminado un cuento, por lo que había decidido no escribir nada más por hoy; pese a ello, como obedeciendo a un mandato externo y sin tener alguna idea previa, se dirige a su escritorio, se instala parsimoniosamente, abre su lapicera y se pone a escribir:

“Andrés baja del vagón del metro y camina con desgano por el frío andén. Sabe que afuera llueve torrencialmente, por lo cual, en forma absolutamente consciente, retrasa la salida al invierno exterior. Una vitrina atrapa su atención. Se trata del llamado a un concurso de narraciones. Como a él le gusta escribir, se detiene, empieza a anotar los datos en un papel; pero de pronto, sin saber por qué, aparta la vista, retoma el paso, tira el papel garrapateado a la basura, sale de la estación y se pierde en las callejuelas adyacentes...Con él, quizás desaparece también la posibilidad de un excelente cuento.”

Luis Antonio Penaglia Guzmán

Giulietta

El intelecto del hombre está obligado a elegir
La perfección de la vida o la del trabajo,
Y si toma la segunda debe rechazar
Una mansión celeste, furiosa entre las sombras.

TUMMMMMMM

TUMMMMMMM

No lo comprendía. Sentado allí a media penumbra, siguiendo la partitura con su piano insonoro: imaginaba. Su mirada se perdía tratando de adivinar el sonido. Afuera, el campo se descubría leve ante la lenta pasividad de los rayos del sol mañanero. Miró tras la ventana. Creyó oír. Pensó oír. Cerró los ojos e intentó evocar el ruido provocado por las partículas del astro cuando chocan contra el césped. Tisk, Tisk. No: TUMMMMMMM

Posó la mano izquierda contra su cien. Intentó presionar para provocar algún ruido que él pudiera escuchar. Nada.

De los árboles, en el campo los leñadores volvían a sus casas, cargando la madera para las fogatas. Sus pisadas eran fuertes, pesadas. Demacraban el pasto. Cuickshi, plas, cuickshi, plas, cuikshi. No.

TUMMMMMMM

Volvió al piano y tocó algunas notas. Pensó en Giulietta. En que tal vez si no fuera sordo, los gritos producidos por su recuerdo no le mortificarían tanto el alma. Sintió la calidez de la mañana en su rostro. Jugó con ella, moviéndose de nuevo hacía la ventana. Apreció como lo abrazaba, como lo acariciaba. Su cabello revuelto también se embelesaba. Y la memoria se expresó en voz alta. Sintió rabia. Pero era una furia revuelta con amor. Y así, expulsó con violencia todo aquello existente encima de su piano. Cientos de hojas volaron. Crack, Tips, Cuki, Tip. No: TUMMMMMMM

Observó un cortapapeles en el suelo. Se cernía sobre él la tentación. Lo tomó en sus manos, y vio su rostro reflejado. Contempló sus ojos cansados, su semblante demacrado, sucio, su cabello revuelto

y... ¿Cómo sonará envejecer? Meditó ¿Cómo sonará morir?. Acarició el filo. Shiuuuuuuuuu. No: TUMMMMMMMM

De repente. Al fin, creyó recordar la melodía. Levantó las partituras del suelo. Regresó con ellas al piano. Alzó su vista. Pensó en Giulietta. Y dijo: “así sonaba ella”:

*Tántantan tántantan tántantan tántantan tunTántantan tántantan
tántantan tántantan ¡NO!*

TUMMMMMMMM

Entonces, perdido entre las penumbras sonoras, lo notó... Se vio desprovisto de su genio, otra fuerza mayor lo invadía. Suspiró hondo, vencido, y observó como lento el sol avanzaba entre las nubes. Eran sus últimos días.

Julián Penagos Carreño

El malcasado

Armando encontró un buen trabajo en la montaña, en una central eléctrica, lejos de la capital. No quería casarse, pero estaba solo y necesitaba una mujer para casi todo. En la verbena de un pueblo cercano conoció a Margarita, nieta de maqui y falangista, de beata y miliciana. Llevaba la falda y la blusa limpias y bien planchadas; además de ser guapa, según ella, hacía buenas patatas revolconas y la encantaba escribir con letra dibujada. Pero algo tendría cuando los del pueblo no la sacaban a bailar. Dijo a Armando de sopetón que, antes de nada, tenía que saber que ella trataba a los forasteros sólo si iban con intención de casarse. Tras varias idas y venidas, el chico descubrió que Margarita calentaba la cama hasta que sudaban las sábanas, cuando el jergón, cansino, perdía la cuenta. Antes del año ya estaban casados y pensando en tener niños.

El trabajo de Armando estaba a veinte kilómetros del pueblo de Margarita. El joven matrimonio vivía en el poblado de la empresa. Los padres de la chica, para no perderla, intentaron que Armando se empleara con ellos de cualquier cosa, y cada vez que iban al pueblo le obsequiaban con el vino de la mejor cosecha, con buen jamón y buenas raciones de lomo y chorizo de las orzas. Aquellas glorias no pudieron con los deseos de refocilarse con Margarita. Vivir solos no era comparable con nada. Nadie alteraría aquellos descubrimientos llenos de placer. Cuando se ponían, no lo dejaban. Pero como algo incomodara a la nueva señora, hasta los gatos podían ladrar.

Margarita echaba mucho de menos a sus padres y a las amigas de siempre. Éstas sabían que era capaz de retorcer el pescuezo a un gallo por cualquier cántico, pero la aguantaban. Cuando la daba el ansión, Armando la llevaba al pueblo, aprovechando algún fin de semana o los días de libranza. No se quedaban mucho tiempo. Habían decidido tener pronto niños, pero allí no echaban la carta con el encargo. “Estos días de descanso y buena comida son los mejores, pero como tú no quieres...” —refunfuñaba Armando—. “¿Qué va a decir mi madre si nos oye?” —protestaba ella—. Poco a poco fueron espaciando las visitas a la casa de los padres.

Lentamente fueron apagándose los fuegos del amor estrenado. “Tú tienes la culpa de que no seamos padres” —reprochaba Margarita, clavando la mirada en los ojos del muchacho—. “De eso nada. Yo no fallo nunca, eres tú la que no cuaja” —acusaba Armando—. Cada vez escribían las cartas más de tarde en tarde. Pronto, las palabras de uno empezaron a molestar al otro. Ella se echó amigas nuevas, con las que salía casi todos los días, de compras, al bingo... Él también se iba con los amigos a la ciudad; no dejaba las copas, ni salía de los garitos de alterne. Cuando marido y mujer coincidían en casa, por la noche, los insultos y reproches se mezclaban con ruidos de cacharros que chocaban y se hacían añicos.

En una de esas batallas, a Margarita se le escapó la maza del almirez, una cuarta de bronce tallado; bien dirigida, fue a parar a la entrepierna de Armando. La hinchazón obligó a la chica a llamar al médico. El perjudicado tenía la cara roja, las venas del cuello y de la frente a reventar, y hacía grandes esfuerzos para luchar contra el dolor. Fue Margarita quien explicó que, últimamente, su marido andaba mucho por los establecimientos de mujeres malas. El doctor recetó un jarabe. Ella fue corriendo a la botica, lo preparó convenientemente y se lo dio al enfermo. Armando vio que la etiqueta era como la de otro potingue que tomó en la mili, pero este sabía mucho mejor; tanto, que tragaba sin rechistar todas las cucharadas que le daba la esposa. Pero no mejoraba, al contrario. Dos días después amaneció frío, no respiraba y tenía cara de pavesa. El médico certificó muerte por algo venéreo, o malformación en el paquete seminal, más o menos. “Con aquella letruja tampoco se supo muy bien” —dijo Margarita, después de un tiempo.

Alejandro Pérez García

Ámbar de Libertad

Al salir de la ceguera de la mina, mis pupilas mióticas recibían un impacto certero de luz. El verdor fresco de la hierba, que se escurría por las laderas de los montes que rodeaban la estrechez del pozo, acababa por inundar mis ojos con una marea de luminiscencia. Yo bajaba a las cerradas tinieblas de las frías galerías todas las madrugadas. En ellas buscaba un futuro más luminoso, cálido y abierto para mi familia. Curioso tener que descender a las angustias del infierno para procurar un cielo de estrellas y sol a mi mujer e hijos. Sin embargo, aquel holocausto físico lo encaraba con mi responsabilidad por delante, y sin dar la espalda a una sujeción a las entrañas de la tierra de la que trataba de huir. Me aplasté contra aquel hoyo infinito, negro y malsano, pero en aquel tiempo no había otro futuro que el negro carbón.

Me hundía en las profundidades de la tierra sin pedir cuentas a nadie, pues nadie salda débitos endosados a la fuerza. Mi trabajo era la mina y yo no oponía resistencia alguna a mi destino ni a sus desafíos; menos aún a los envites traidores que acechaban, embozados en los túneles repletos de carbón, para dar zarpazos a la existencia.

El agua fresca diluía los rescoldos de la hulla adheridos a la piel; sin embargo, no era capaz de arrebatarme las asperezas inyectadas en mi garganta por aquel polvo negruzco. Yo trataba de limpiar la negrura que se había colado sigilosamente por debajo de mis uñas. Mientras lo hacía, esta ya andaba orillando sus funestas secuelas sobre mi alma, creando posos que se reconvertían en hastiales con buzamientos inestables marcados por la pena y la derrota. Mi sangre llevaba los impulsos de rabia al corazón. Allí hacía las veces de pica con las que excavaba cajas de inconformismo. En trágica comunión, saltaba hasta los laberintos mentales por donde iba sembrando ideas con las que liberar las ataduras del sacrificio al que estaba sometido. Al compás, las raspaduras del polvo carbonoso creaban sedimentos que horadaban las paredes de mis pulmones, escarbando nichos donde la silicosis hacía una fiesta.

La mina, la opresión, y la enfermedad se disputaban la titularidad sobre mi cuerpo, sobre mi ánimo..., sobre mi espíritu.

Odiaba el carraspeo del cabestrante que tiraba del ascensor con el que nos hundíamos en la mina, pero también en la miseria humana. En contadas ocasiones, aquella caja de madera destartada hizo las veces de sarcófago al caer al vacío que llegaba hasta centro de la tierra, hasta el fin del mundo..., al desenlace que impone la contundencia del luto en la vida y la pena en el alma de quien perdió a un ser querido.

Por eso, no tuve dudas, no le di opción ni al destino ni a sus burlas constantes. No vacilé al cambiar la pica por el fusil. Llevé conmigo la dinamita, atada cual cinturón para agarrar los envites que estaba dispuesto a llevar a cabo para destrozarse las cargas que cortaban el vuelo de mi libertad.

Caían las sabanas otoñales. Otorgaban al paisaje un matiz azafranado. Mis deseos de superación pugnaban por salir de esa gota de ámbar que solidificó mi descontento. Y mis anhelos empujaban hacia la boca la acritud para ser vomitada al precipicio ingrátido del futuro. La dictadura de los amos avasallaba a mi estómago y la bilis animaba al instinto de supervivencia para que apostase por gatillos revolucionarios.

Lucha, muerte, dolor y más opresión. Los aires de libertad nos inundaron las cabezas y nos impusieron grilletes.

Hoy vivo pensando que las rejas que nos aprisionan son las brisas que mecen la libertad de mi familia. No reniego de mi apuesta, aunque reconozco que la humedad de la mina es más cálida y reconfortante que el calor sofocante de estas celdas, colmadas por mineros que buscaron mayores horizontes para sus vidas, montados en las puntas de unas balas trazadoras que erraron destino.

En el otoño turbio del 34 busqué una primavera renovada, pero nos calzó encaimadas densas en la mente y con ellas nos echamos al monte. Los fusiles escupieron los calores del verano, preñados con las llamaradas de una guerra de la que no reniego. Pero se me hace difícil sostenerla en la conciencia por lo absurdo de las muertes de personas a las que ni tan siquiera conocía. Tras la estela de la barbarie llegó el invierno de las rejas, los azotes vengativos que no conforman

la Paz y sí que alzan la Victoria; estalagmitas y estalactitas besándose para negar mayores cotas de libertad.

Juan Carlos Pérez López

Boedo

Boedo tiene palomas con las plumas afiladas como hojas de afeitar de igual manera que en Flores. Dice el ángel gris, que estas viajan por todos los barrios de la república Argentina y del mundo llevando consignas, yo sé que no miente ...

Tradicional esquina le dicen, los que sólo ven tiempos pasados, y me miran muy de ves en cuando y al pasar, Boedo e Independencia ; aquí estoy cumpliendo con mi trabajo parada y en pose como a ellos les gusta decorando el frente de esta fachada...

Desde aquí observo, y ellos indolentes caminan paseantes por la realidad en la que creen que viven, en la que creen que mueren, solo algunos, se detienen sumergiéndose entre mis ropas de cemento, atisbando mis duros pechos sopesando mi larga cabellera y suspirando por mi hermosura, pero solo algunos muy pocos son los que conocen mis secretos...

Ellos saben que mi pétrea figura vaga por Boedo susurrando tangos en el sur, y robando amores en el norte, revoloteo entre los amantes furtivos de Independencia creando intriga de celos asesinos, y sirvo de musa al del corbatín azul que busca la eternidad en algún inspirado verso...

Mi presencia inspira designios alocados que ellos jamás se atreverían a confesar, abro sentimientos desconocidos para el alma, penetro los oscuros lugares donde sus miedos les impiden verse, un frío recorre sus espaldas y por un instante saben que estoy y se dejan llevar, luego vuelven a sus vidas, en la que creen que viven, en la que creen que mueren....

Tal ves algunos, muy pocos, esos que dicen crear, son los que mas se me acercan los que me intuyen y en algunas ocasiones me

dirigen miradas provocadoras, desafiantes, en pinceladas o frases. Artistas, solo ellos, pero solo algunos muy pocos, son los que realmente me ven...

Las palomas de plumas afiladas como hojas de afeitar, anidan a mis pies, cumplen su función llevando y trayendo mensajes de la cofradía, girando inquietas en mi hombro me ponen al tanto de las decisiones y de las directivas; falta mas tensión para Barracas, algo de odio para San Telmo, mas esperanza en la Boca, vamos niñas de piedra a deambular que ellos nos necesitan, pero aun no lo saben....

Obediente a los superiores mandatos acomodo la túnica peino el cabello entre mi tiara y me lanzo a la tarea que hoy por la consigna se torna riesgosa; imaginación en Boedo, acaso no saben que es peligroso, o es que quieren despertarlos, no saben que la imaginación es contagiosa, que trabajo haríamos nosotras si esta se propaga...

Lamento profundamente no haber seguido los pasos de mis hermanas, que en la proa de míticos veleros cruzan ríos y mares llevando el mensaje y lloran angustiadas en la quietud de los puertos esperando el movimiento que les da el sentido de mascaron, solo sufren cuando se detiene la marcha mi sufrimiento es continuo como mi tarea, instigar, sugerir, provocar...

Estatua, esfinge, deidad, figura decorativa, así nos denominan, palpan el cemento, el mármol o el metal de nuestros cuerpos perennes y se vanaglorian de lo que creen que han creado.

Ellos nos esculpen a su imagen y semejanza imitando a sus dioses, ignoran que somos nosotros quien dirigimos sus manos, su porvenir, su destino...

Somos quienes les damos el motivo para que vivan, les imponemos los sentimientos y guiamos su existencia, miles de nosotras vuelan por los barrios llevando el mensaje, miles de nosotras revolotean alrededor de ellos instigando sugiriendo guiando...

La cofradía incansable jamás detiene su trabajo diseminando el dogma, si los veleros dejaran de navegar y las pétreas niñas de volar, cesarían las pasiones y ellos quedarían errando sin destino.

Un mundo sin el calor de las emociones, sería un mundo de piedra como mis manos mis pechos o mi pelo...

Mario Jorge Piro

La batalla ha terminado

Se encontraba inmerso en un sueño profundo y cuando un sonido extraño lo atemorizó, atinó a extender el brazo, mientras percibía un hormigueo característico del miembro adormecido. Buscaba en su memoria la luz del discernimiento y la hacía subir a la superficie, pero se apagaba justo en el momento que se iba a convertir en comprensión.

Extendió la mano hacia la mesita de luz para encender la luz del velador, pero allí ya no estaba. En cambio, sus dedos palparon una helada y húmeda superficie, como si fuera hielo ásperamente granulado que raspaba las puntas de sus dedos y esa sensación lo sobresaltó. Cuando abrió los ojos se encontró en el fondo de la trinchera inmerso en el medio de la noche, tapado con una manta húmeda, y rodeado por el frío y el viento.

La bandera argentina aún flameaba orgullosa en Malvinas, pero la batalla final se avecinaba. Lo habían reclutado con sus dieciocho años en Buenos Aires y al enviarlo a la lucha, le habían dado muy simples instrucciones. Conscripto: ¡Subordinación y valor!

Se incorporó como podía y completó los preparativos para una nueva jornada de guardia, colocándose el casco y aferrando el fusil. Todo aquello lo efectuaba mecánicamente, sin pensar, preparada ya su mente y su espíritu para matar o morir.

Aquellos militares brillaban en destellos de locura, en la incoherencia de permanecer allí. En una guerra desigual para tapar la atrocidad de toda aquella represión y habían hecho de un justo reclamo una aventura desesperada.

En aquella noche estaba dispuesto para el combate en el fondo de esa trinchera, que había tenuemente iluminado con la luz de una vela, mientras su sombra se movía con frecuencia más pequeña que él, junto a esa fría pared de barro.

Un fuerte viento arrastraba nubes blanquecinas que parecían copos de algodón, contrastando con el fulgor de las luces de las estrellas y fue bajo la luz espectral de la luna, cuando percibió con un secreto escalofrío una explosión lejana. Los pertrechos del enemigo lentamente se iban acercando y comprendió que a pesar del poderoso fusil, acunado entre sus manos, era un ser débil y a la deriva.

La mayoría de las veces transcurría el tiempo en silencio, pero cuando había diálogos con algún compañero siempre estaban llenos de frases de incertidumbre, trayendo consigo dudas y más dudas de existencia. ¿Acaso morirían?, solo Dios y el destino lo sabían.

Había recibido carta de su madre afligida, donde le decía que en Buenos Aires los medios eran triunfalistas y difundían fútbol y patriotismo por doquier. Por fuera, la mayoría de la gente trataba de mostrarse muy solidaria y optimista, otros ostentaban filantropía, pero por dentro pensaban con egoísmo: ¡total, a mí no me va a pasar! Lo mismo que cuando se callaron cobardemente, impávidos ante la sangrienta represión.

Se quedó mirando el paisaje oscuro iluminado por la luna, pero nada veía, e intentaba afinar sus sentidos hasta el máximo para ver o escuchar, porque de eso dependía su vida. Llegó a ver en la noche como si fuera el día y percibir ruidos a muchos metros de distancia, porque se le habían desarrollado notablemente el instinto natural de supervivencia.

Semidormido, con el cansancio que siempre lo acompañaba, extendió el brazo derecho para aferrarse de la helada pared junto a él, cuando sintió un fuerte ruido y algo que estalló. De un salto se incorporó decidido a todo: ¡los ingleses deberían pagar caro por su vida!...

Miró en la oscuridad hacia el sector de dónde provino el ruido y la radio reloj de la mesita de luz estaba caída en el suelo. En ese mismo momento, cuando su madre asustada encendió la luz del dormitorio, se quedó mudo mirándola durante un rato y al sentir calmada su alma le sonrió: por suerte, la batalla de Malvinas hacía rato que había terminado.

Nestor Quadri

El recibo

Finalizada la larga jornada laboral, con los músculos contracturados y la vista cansada, se dirigió hacia su casa.- El clima agobiante, húmedo y pertinaz hacía que solo quisiera estar bajo la ducha para quitarse esa pátina pegajosa de su cuerpo que lo único que hacía era transmitirle una sensación de suciedad.-

Su ropa le molestaba, pero el convencionalismo social lo obligaba y hacía que el saco de su traje fuera su infierno personal.- Él quería sentir la caricia del viento y del agua, en vez, estaba bajo el sol plomizo y agobiante de una tarde otoñal que más parecía de un tórrido verano debido al calentamiento del planeta y el agujero de la capa de ozono, que hacían correr hilos de sudor por su espalda.- erradicar.-

Agobiado por el flagelo de su época; el estrés, abrió la puerta de su casa y se dirigió a la heladera para tomar agua.- Llamó su atención que no estuviere iluminada; fue a prender la luz, al no encender, pensó: “Apagón”,.- Por el corredor se dirigió al contador a efectos de corroborar la llave térmica.- Su posición era correcta; llamaría por teléfono para reclamar, se dijo mientras pensaba en el baño que se quería dar.- No bien traspasó su puerta, vio un comunicado de la Empresa de suministro de energía eléctrica, dando cuenta que se había cortado el servicio, esa mañana, por “deuda pendiente”.-

Una furia ciega lo embargó.- Para él, pagar era cuestión de principios y honor.- No tener deudas, resabio del trauma de su adolescencia al tener presenciar que un familiar obligaba a sus acreedores a ejercer la mendicidad del cobro, de lo que por derecho les correspondía.

Todo se debía a que dos meses atrás, había sufrido una gran pérdida afectiva que le hizo enfrentar la realidad de que vivía en una propiedad horizontal y que en definitiva, ello no era más que un problema horizontal.- En otro momento se hubiese reído al pensar: “*Puede ser placentero, según el caso*”.- Hoy burbujeaba en su interior, la falta de capacidad de soportar tanta necesidad”.-

Una nube de color rojo con sombras negras se filtraba en los laberintos de su mente.- Combatió esa sensación y la razón la llevó a pensar que todas esas personas lo habían hecho llegar al límite de su capacidad de tolerancia.- Debía recuperar su control.-

Burbujeando a punto de ebullición, sentía: odio, rencor y necesidad de vengarse por el daño infringido por quienes a conciencia, habían retenido su factura, cosa que no percibió por su falta de control.- Todo había pasado, porque su ti no podía brindarle su apoyo.-

Los hechos, pautaban que tipo de personas vivirían en el apartamento del fondo, el de su tío.- Negro futuro le esperaba y no era premonición sino observación.-

Su cuota parte racional se impuso y le obligó a asumir su responsabilidad, por omisión de control.- La culpa lo embargó, la atemperó al pensar que había coresponsabilidad.- En un intento de autojustificación, pensó que entre tanto que tenía que pagar debido a la situación socio económico de su país.-

Subsistía la negatividad y violencia de sus pensamientos y sentimientos.- Su necesidad de devolver el daño recibido, lo asustó, al punto tal de entender que ello afectaba su espíritu.- Erradicar se convirtió en la , necesidad de evitar un perjuicio mayor.-

Recordó su niñez y a ese ser tan querido, rotulado de pocas luces y disminuido mentalmente, cosa que su descendencia recogió, a pesar de su falsedad.- Por intuición lo supo, y ello cuanto dolor le produjo, no alcanzaba que él le dijera que su inteligencia estaba en su intuición y en su amor.-

Recordó cuanto amor recibido de esas queridas manos.- Con ellas le confeccionó su primer caballo (de palo de escoba y cabeza de cartón); sus coches de restos de madera con ruedas de rodajas de palo de escoba.- Sus macetas con piedras pegadas y barnizadas, sus ceniceros de caracoles y sus adornos de Navidad.- Las suyas guardadas con amor, la de su casa descartadas y despreciadas como basura - Para él, hoy, duplicaban su valor, le recordaban su niñez y su creador.-

La pérdida de ese ser querido, hacía que todo lo que estuviera donde fuere su lugar, le produjere rechazo por mera usurpación.-

Rememoró todo lo que había visto, escuchado y soportado por cariño y respeto a él.- Analizando el tema reconoció que sus descendientes, eran seres anodinos y oscuros que no tenían parecido con su progenitor.- No poseían su genio natural, ni su capacidad de amar y transmitir amor.- Concluyó que su descendencia carecía de hábitos de trabajo, no tenían valores éticos y morales, no poseían don de gente, ni inteligencia y cultura,- Partían de su convencimiento de ser el centro del universo, igual que sus inquilinos.-

Subió a la azotea y volvió a ver, las obras hechas con tanto amor, las que a menos de veinticuatro horas de su falta, tiradas con desamor, dejadas a la intemperie por aquellos a quienes engendró, casa que en esas condiciones los inquilinos recibieron.-

Su Mente se nubló al evaluar tanto desamor.- Su desprecio afloró, al ver, considerar basura todo el amor que brindó.- Concluyó: "Por mi tío, TODO mientras vivió, por su descendencia muerte civil decreto hoy."-

Un ramalazo de cordura sé habríó paso en su mente y asumió su error de evaluación al pensar que quienes nunca dieron nada a nadie, pudieran respetar.-

La falta de comodidad en su presente indeseado no permitía que la sensación de rencor fuere superada.- Siguió analizando la situación, concluyó que era pernicioso gastar esfuerzo, con quienes decidió que no existían a partir de hoy.- Su pensamiento fuè màs allá y reconoció que los había aceptado por obligación.- La familia no se elige, solo los amigos.-

No quería matar; solo golpear.- Sabía que un sentimiento era el principio del otro.- Su repudio a la violencia extrema impuso cordura y claridad a su mente, atemperando el dolor de su corazón.- Recurrió al libre albedrío y reconoció que solo la presencia de su tío, había aplazado su elección.- El dolor le enseñó que se había perdido el eslabón de unión, no había atadura que reconociera.-

Se decidió, al baño entro y una ducha de agua fría obligado se dio.- A caminar salió para desprenderse de los resabios finales de lo que nunca existió.-

Teresa Quartino

Prefiero recordarla bella

La veía todas las noches. A las ocho iba por leche donde yo acostumbraba comprar cigarros en el trayecto de la oficina a la casa. Embelesado vi su lozana belleza, no usaba maquillaje. Una flor natural siempre adornaba su chongo castaño. La imaginé altiva en un elegante vestido escotado. La naturalidad de sus pasos le añadía distinción. Nunca volteaba, no distraía su desplazamiento.

Dejé de ir por cigarros. Frente a la tienda, dentro del auto, esperaba para admirarla. Bajaba del vehículo para seguirla furtivamente cuando regresaba a su casa. Su gracia me perturbaba más y más.

Una noche, mientras la acechaba, un foco del alumbrado público se fundió; minutos después me encargué de que otro también se apagara: le arrojé una piedra. Quedó en penumbras el tramo poco transitado que ella caminaba. Al otro día, el cloroformo facilitó el secuestro. Era la única forma de tenerla a mi lado. Las palabras aduladoras, seguro, no la harían aceptarme ni como amigo, dado mi aspecto. (Mi esposa me confesó que se casó conmigo porque le atraían los hombres feos; sin embargo su repudio es evidente desde que el doberman del vecino me arrancó media nariz).

La saqué de la cajuela cuando mi mujer se durmió. La trasladé al profundo sótano –al que mi esposa no baja porque tiene miedo de encontrarse con ratas– de la casona que cuidamos. Los dueños viven en Bélgica y no han venido desde hace años.

No me ocupé de amordazarla, ya que ningún ruido sale al exterior. Únicamente junté sus muñecas y las amarré con una reata que hice pender de una viga. Le acerqué una cubeta para que hiciera sus necesidades.

Entre una y dos de la mañana, antes de ofrecerle agua y pan, le unía los pies, que ataba por los tobillos, y metía mi cadera entre sus muslos.

Besaba cada parte de su piel, excepto la boca: me mordió la lengua en el primer acercamiento a sus labios. Me suplicaba que no

le hiciera más daño, y no recuerdo el número de veces que me escupió y me dijo “miserable degenerado”.

Dejé de oír y leer noticias; no quería que los nervios me acusaran.

En treinta días de cautiverio, aunque seguía hermosa, los estragos en su cuerpo eran evidentes.

Pensé liberarla, no importaba si, por su denuncia, tuviera que huir de la ciudad o el país. Pero repentinamente el director de la empresa para la que trabajo me urgió a tomar un autobús hacia la frontera para hacer unas gestiones allá; apenas me dio tiempo para hacer la maleta.

Al mes regresé del viaje.

No me atrevo a bajar al sótano. Prefiero recordarla bella.

David Quezada Alavez

Al mal tiempo buena cara

Uno debe arribar al convencimiento de que la vida del Ser humano es hipotética, como dice Ortega y Gasset " una relación del hombre y su circunstancia, peripecia humana". No se trata de ser pesimista o dramático, pero tampoco optimista en demasía. Te levantas por las mañanas para cumplir con una programación previamente concebida de antemano, algunos para cumplir con una obligación diaria y en algunos casos diríamos monótona, que incluye el desplazarse de tu casa al trabajo y viceversa, puede suceder que el vehículo que utilizas para ello pueda sufrir una avería y tras ella una variación en los planes, puedes llegar al trabajo con tardanza o tal vez no puedas asistir a él, por supuesto dejando de lado lo trágico, que a veces es imprevisible y como consecuencia : tengamos que abandonar este valle de lágrimas, o quedar muy maltrechos por la circunstancia.

Son muchas las contingencias que de alguna manera pueden arrojar sombras a tu jornada. Por ejemplo proyectas un viaje a determinado lugar no muy cercano, para lo cual debes usar necesariamente el avión, de acuerdo a eso haces planes tales como: El vuelo sale a tal hora de la mañana, llega a tal hora al lugar donde queremos arribar, entonces piensas: apenas llegue el avión y yo me traslade del Aeropuerto al Hotel, procederé a bañarme y luego descansaré un poco para luego almorzar y a determinada hora concurrir a la reunión importantísima a la que debo asistir sí o sí .Cuando llegas al Aeropuerto con toda esta planificación previa y cuidadosamente elaborada, y te ubicas mansamente en la cola para obtener el pasaje para subir oportunamente a bordo, sientes por el Altavoz que el vuelo número tal, (exactamente el tuyo) ha sido cancelado y postergado para tal hora de la tarde, o de la noche o del día siguiente. Una oscura noche ha llegado y ensombrecido esa luminosa mañana por la cual has transitado. En la fila se oyen los lamentos por doquier y tú estás por sumarte a ellos y entrar al paroxismo total, pero detrás de ti hay un señor de edad, con apariencia de extranjero cuyo rostro continúa imperturbable, entonces le preguntas: ¿señor adonde viaja usted? ha España joven.

-¿A España?, entonces perderá la combinación con el vuelo que parte de Ezeiza hacia vuestro país.

-Sí, pero he perdido tantas cosas realmente valiosas en esta vida, que al lado de esto no es nada.

-¿Y qué hará entonces?

-Trataré de que la Empresa me permute el pasaje por otro y viajaré cuando sea posible, no quiero que ésta contingencia termine con mi salud y como consecuencia con mi vida, cuando existe la posibilidad de solucionar el problema y perder un poco de tiempo nada más.

Estas apacibles palabras me produjeron una inmediata tranquilidad y una enseñanza, entonces tomé mi celular y me comuniqué a la empresa donde iba a tener lugar la reunión la postergación del viaje, de allí me informaron: no se preocupe, la reunión se pospuso para pasado mañana a la misma hora, entonces inmediatamente desapareció la negra noche y apareció nuevamente la hermosa y luminosa mañana.

Aldo Rabouin Cantisani

Encuentro

"Ven por mí," tu voz en mi contestador sonaba entre anhelante y nostálgica. "Desde que regresaste de tu viaje no has venido a verme. Te extraño, sabes bien que vivo por ti".

Me propuse pasar a las once de la mañana por el lugar de costumbre. No necesitaba confirmarlo contigo; sabía que estarías esperándome como cada viernes. También yo te había echado de menos. ¡Cuánto había añorado esas pláticas interminables y apasionadas en las que hablábamos de infinitos temas, desde la energía que se producía al juntar las manos, hasta qué sucedía con el alma al morir o por qué volaban los aviones! Era delicioso compartir esos momentos de dicha prestada, como tú les llamabas.

El tiempo que estuve fuera había pensado en ti. Recordaba tu cara, tu voz. Todos los días tu esencia venía hacia mí. Las vacaciones se me hicieron eternas. Me alegré cuando por fin regresaría a casa.

Después de ese vuelo tan ajetreado, lo primero que hice fue escuchar tu mensaje e ir a reunirme contigo. En el camino me detuve a comprar flores y el periódico, asegurándome que tuviera tu sección cultural favorita. ¿Quién te lo había llevado en mi ausencia?

Mientras manejaba, vino a mi mente la imagen de nuestra última cita. Eran las once de la noche y estábamos en mi carro, fuera de tu casa, la número cuarenta y cuatro. Como solía suceder, se nos hacía difícil la despedida. Yo necesitaba llevarme tus ganas de vivir; las mías se habían quedado en el camino y tú, bueno, los dos sabíamos que literalmente no podías vivir sin mí. Desde el momento en que nos separaríamos, te limitarías a ver pasar gente, triste, incapaz de entregarte aquello que apreciabas.

Nos despedimos y te quedaste con esa nostalgia causada por mi anunciada ausencia de tres meses. Pero había regresado y me aprestaba a recobrar a tu lado, la alegría y el gusto por la vida. Contigo me animaba a soñar y a escribir, sí, a escribir y compartir con los demás los pensamientos que tanto tiempo llevaba germinando en mi mente. Por fin me había animado a dejarlos salir.

Hoy estaríamos juntos de nuevo y volveríamos a platicar.

Al llegar, no te vi en nuestro lugar. Se suponía que estarías afuera, como en todas las citas. No quise esperarte dentro del carro. Tomé las flores y el periódico que llevaba para ti. ¿Por qué había tanta gente? Avancé por el sendero bordeado de lápidas de mármol blanco. Al llegar a la número cuarenta y cuatro observé que la cuarenta y tres se hallaba abierta... guardando un habitante.

Te presentí. Sobre tu lápida se veía una sombra excitada, agitada por los cambios de la luz del sol al pasar por entre las ramas de un árbol que, daba la sensación, que acariciaba tu nombre escrito en letras en relieve. Tu nombre y la fecha de partida: 1973. Hacía ya más de treinta años que te habías marchado y casi tres que te conocía. Tres años, cuando al venir a despedir a mi padre, te encontré sentado leyendo en la tumba número cuarenta y cuatro. "Hola", me dijiste. "No te preocupes, tu papá está mucho mejor ahora."

Agradecí esas palabras, las sentí sinceras y consolaron mi corazón. Esa fue la primera vez que platicamos. Me hacías reír. Paradójicamente, demostrabas una gran alegría por vivir y me contagié de ella. A partir de ese día llegaba todos los viernes a las once de la mañana para dejar flores a mi padre y platicar contigo hasta la noche.

Sentí una cálida caricia sobre mi rostro, como cuando estabas a mi lado.

El cortejo de la fosa cuarenta y tres se acercó. Me hice a un lado para dejarlo pasar. Los dolientes, realmente, se veían tristes. Vestían el color negro de la desesperanza y los parientes cercanos no podían dejar de llorar. Había algo familiar en ellos... ¡Eran mis hermanos, mis amigas, mis sobrinas! ¿Quién había muerto durante mi ausencia? ¿Por qué no me habían dicho nada?

Me acerqué a ellos y angustiada pregunté si era mamá quien estaba en el féretro. Nadie respondió, pero luego me tranquilicé al verla con su velo negro, el mismo que le había traído de Madrid el año pasado. Pero, entonces, ¿quién había muerto?

Rosy pidió despedirse por última vez y alguien abrió la caja. Mi Rosy, mi sobrina mayor lloraba sin consuelo. ¿Habría muerto mi cuñada? Al quedar la caja abierta depositó dentro de ella un ramito de

flores blancas. "Son las que te tanto te gustaban tía", dijo entre lágrimas...

"¡TÍA!"

El periódico cayó de mis manos y fue que alcancé a leer el titular en grandes letras: "Fatal accidente aéreo. Mueren todos los pasajeros del vuelo..."

La eternidad unió las sombras excitadas sobre ambas lápidas.

Carlos Antonio Ríos

Baile de tacones

Se paró, hurgó su cabello, husmeó su textura, miró sus nuevas cicatrices, la cerradas, las abiertas, las que emergían y las que ya se iban, le contó un cuento para que se fuera a dormir, le contó que se pusieron a bailar las cigarras y las nubes en un baile de salón, en un baile suburbano, en un baile de tacones, donde el león y la cabra no se llevan, donde la rana y el sapo van tomados de la mano. En envolturas de seda y lustrosos collares color invisible, color llanto, color nada. Cantaban flamantes las alfombras, mientras penaban tímpanos y sin darse cuenta la luna y un elefante bailaban cuentos de hadas, Por andar ocupado el cielo con la bebida, su novia la hormiga se puso a dar vueltas con el canguro. Andando en zapatos transparentes y vestidos tan hampones las cigarras se fueron a dormir dejando la pista de pies con ritmo y manos alardeantes, dejando brillar a las luciérnagas gigantes que le coqueteaban a esos rincones oscuros de besos encontrados y caricias ajenas, donde estrellas deshechas, protegen su luz de amores fugaces, de corazones rotos o decepciones con lagrimas.

En la maquina saca ruidos se escuchaba una melodía de brazos enredados con miradas penetrantes. El elefante gozoso no paraba de bailar, la luna cansada, sudaba charcos de dolencia, de repente ella se soltó de esos dedos resecos y con su último kilo de energía llegó donde el nido negro de estrellas tristes contemplaban el escenario. La Luna se quitó las zapatillas de cristal y apretó fuerte esos pies con ampollas de pisadas de elefante. Lloraba del sufrimiento, lloraba de soledad. En esa fiesta de caras desconocidas y bocadillos sabor rancio, ella estaba sentada, entre risas exageradas y espejos mentirosos. Con el rimel desgastado, con el labial decolorado, en aquel tiempo donde la luna no brillaba, cuando las estrellas no chispeaban, en el tiempo en que el día y la noche no existían. En esa fiesta de personas ignoradas, de sillas ocupadas por pies celosos de danzar, la luna se sentó a descansar y alzando la cara, el elefante bailador besaba a una araña con botines de charol. Oyó a su corazón quebrarse, le ardía el pecho, corrió al rincón oscuro para que no la vieran verter aquellas gotitas de decepción en su vestido de lentejuelas, se tropezó con las estrellas que desde su lugar vieron la desgracia de aquella mujer, Ella tapo sus ojos para que no los vieran llenos de pintura falsa, porque ¿quien podía, - se decía la luna,- componer mi corazón si no se pueden levantar los

pedazos por dentro?! . La estrella más pequeña, la que no había crecido lo bastante, aquella que sus picos no eran lo suficientemente largos para su edad, se metió por la nariz de la luna, y dentro de su ser, reparo el corazón fracturado, le puso pegamento a las grietas y colocó en el lugar exacto los cachos que estaban en su estomago, cuando la estrellita salió por la oreja, la luna se reía a carcajadas, se apretaba la panza de aquel dolor alegre, y salieron todas juntas de ese salón de gestos extraños y sonrisas aparentes. Empezaron a juntarse mucho, empezaron a reírse más. Las estrellas se enamoraron de la luna y la luna amaba a cada una de ellas, se cree desde entonces que las estrellas y la luna no se ven en el cielo de día porque es cuando se ven, se convierten en uno, se convierten en luz brillante, se convierten en sol.

Cuando sus ojos se cierran se separan un poco, es cuando el cielo vela su sueño, cuando se apaga levemente su brillo y cae la noche, cuando se quedan quietas en esa capa azul, cobijadas por miradas de seres envidiosos que piden deseos, que les crean historias, de charlatanes con predicciones, cobijadas por un cielo que por mucho que alguien se estire no alcanza a ver su fin.

Romero Aguilar Mónica Marlene

Homenaje a Borges

“*Si pudiera volver a vivir...*” Piensa al inspirarse en Borges. Y es que Pulgarcito medita mucho mientras pasea... Se ha ido a dar una vuelta por el bosque contiguo a su casita. Camina, camina y más camina. Pero, como el bosque es tan grande y el camino tan largo... Como es fácil perderse, decide... Bueno, ya explicaré que pensó. ¿Quiere alguien saber cómo lo hizo?

Como Borges, se pierde en el bosque. Ve un árbol, y luego otro, y otro. Y no sabe cuál es mejor para coger una rama y encender un fuego. Le pregunta a un leñador. Éste le indica el más grande. Pero, no es suficientemente bonito a los ojos de Pulgarcito. Y sigue andando por el sendero. Entonces, ve a un hombre que está pescando en el río. Y también le pregunta que cuál es el mejor árbol para avivar una hoguera. El señor del río le dice que el que está justo detrás de la roca. Pero, a Pulgarcito tampoco le parece suficiente y sigue su rumbo. Vuelve a encontrarse con un hombre que está recogiendo moras en unas zarzas. Y le pregunta. Y de nuevo, no colma su satisfacción. Sigue caminando.

A estas alturas, Pulgarcito, se ha perdido en el bosque... Le ha pasado que ha hecho demasiadas preguntas... Y estaba tan liado buscando un árbol que no ha pensado bien en el camino de vuelta. Es cierto que había tirado miguitas de pan para marcar el recorrido. Pero, es una mala suerte, porque los pájaros se han comido las migas de pan. Y ahora no sabe cómo volver. Bueno, ya explicaré cómo lo resolvió. ¿Quiere saber alguien cómo lo hizo?

Cuando uno piensa pasear entre una frondosidad como ésta puede tener dudas y más dudas sobre encontrar el camino. Seguro que a Borges le pasaba en esas tardes de sábado, en su casa de campo, cuando decidía ponerse a la tarea de distraerse y pasar un buen rato meditando, reflexionando, pensando, rumiando, cavilando o simplemente, dejándose llevar... Pobre Pulgarcito... De alguna

manera, encontró la solución a sus angustias. Bueno, ya explicaré cómo volvió. ¿Quiere saber alguien cómo lo hizo?

Lo resolvió así:

Pulgarcito piensa que el sol sale por el este. Y se pone por el oeste. Como ya es el atardecer y el vive en el oeste se dirige hacia el sol. Y considera, dejar de hacer preguntas. Coge cualquier rama, de cualquier árbol, de cualquier parte y concluye por lo que él piensa que es lo más conveniente. Ya no quiere preguntar más. Sigue por el camino que le indica el sol y mientras lo hace, también va recogiendo flores de aquí y de allá. Así, cuando vuelva, podrá preparar un jarro espectacular para su novia la Cenicienta.

Ah! Pulgarcito, al fin llega a su casa. El leñador, el hombre de las zarzas, el de la pesca, todos tienen algo que contar para hacer de esta historia algo mejor. Pero, nuestro hombrecito no se complica demasiado... Ya ha sudado bastante buscando la vía principal y además, está satisfecho porque ha encontrado un montón de flores para regalar a su compañera sentimental... Esa que va manchada de polvo de chimenea.

Ha encontrado la solución al problema de perderse en el bosque... Piensa: “*Si pudiera volver a vivir* haría menos preguntas y seguiría más al sol”.

Bueno, ahora voy a explicar cómo se despidió del bosque. ¿Quiere saber alguien cómo lo hizo?

Simplemente, Pulgarcito, no dijo nada... Se fue marchando lentamente...

Muy lentamente...

Más despacio...

Mucho más suavemente...

Y... al final...

Carla Rovira Pi

La espera

Cuando un rayo de sol penetra abriéndose paso entre los poros del cristal e incide de cierta forma sobre la inmaculada sábana blanca violentando la armonía de color de la habitación, mi rostro demacrado parece verse reflejado, con una precisión absoluta, en el magma incomprensible que se desenvuelve frente a mí.

Tengo tantos años que ya he olvidado lo que ha sido vivir – entre trago y trago, entre las piernas de tantas mujeres como yo he sabido conquistar– una vida fugaz que me lleva inexorablemente a una muerte lenta, dolorosa, contradiciendo una trayectoria de ansias y libertades pecaminosas. Tengo también una demencia senil que sólo me concede unos minutos al día de lucidez. Y cáncer de hígado: probablemente sea ésta la causa irremediable de mi esperada muerte. Nunca he pedido tranquilizantes ni sedantes, ni siquiera pequeñas dosis de morfina que me ayuden a sobrellevar este dolor punzante que me casiga el tórax, las piernas, incluso la incuestionable placidez de mi sexo: el interminable estigma –ahora inutilizado, agrietado por el horrible descuido del tiempo– que me ha proporcionado tantos momentos de gloria, tantos desengaños y quimeras truncadas. Sufro, sí. Pero es de rigor que reconozca en este atroz padecimiento una luz de penitencia y desahogo, un consuelo que dulcifique mi siguiente vida, en la que espero recuperar la memoria perdida.

Mi hermana está sentada a un lado de la cama. Hace unos minutos hablaba con el médico, a la puerta de la habitación, quizás pensándome dormido o desorientado por una agresiva medicación que yo nunca he reclamado.

-Unos días, seguramente menos.

Y ella, con los ojos acuosos de haber llorado una eternidad, observaba tan sólo las blancas sábanas que esconden mi frágil cuerpo escamado, mi conciencia arrebatada por un dolor que trasciende lo físico y se pliega como si el odio y la vergüenza me pellizcaran el vientre haciéndome saber que todavía, pese a esfuerzos inhumanos, sigo respirando con ritmo normalizado.

A mi lado, ella sigue leyéndome poesías que no entiendo. El amor es un estorbo que el destino siempre me ha negado.

Hace tiempo que he dejado de ver la televisión. No tengo fuerza en los ojos, no quiero ver más de este mundo. Tantos buenos momentos he vivido, tantas mujeres —noches de placer interminable—, tanto alcohol ha sido derramado entre las comisuras de mis labios, que ahora sólo pienso en dejarme llevar hacia el descanso eterno que me supongo asignado en el olvido. No creo en el infierno, sin duda sería mi morada y no se diferenciaría nada de lo que yo he conocido aquí, donde mi cuerpo se ha ido desgastando hasta esculpir una figura irreconocible.

-¿Estoy muerto?

Mi hermana cierra el poemario y me mira. Creo que está llorando.

-No, todavía no. ¿No ves que estás hablando?

Abro los ojos y puedo sospechar su rostro muy cerca de mí, intentando descifrar el urgente delirio de un moribundo que no ha sabido frenar el impulso pertinaz de la gloria. Soy yo. Tengo ganas de morir. No quiero ser un lastre en mis últimos momentos. Quizás demasiado tarde me concedo este último sentimiento digno, insoslayable cerca de la mortaja que veo colgada de la silla —como un chaquetón de cuero blanco— y no tan digno como las sábanas ya amarillentas en las que descanso.

-¿Estoy muerto?

-Sí, ahora mismo acabas de morirte —me dijo, cerró el poemario como dando por concluida una sesión de lectura, se acercó a la ventana y ya no hubo ni la posibilidad de una sombra.

Jorge Salvador Galindo

Cierta noche iluminó la huerta

Cierta noche iluminó la huerta. Si bien las noches no acostumbran a iluminar, aquella de Octubre emitió un destello casi imperceptible para el ojo corriente. Al principio, le pareció captar un leve movimiento, pero al mirar en la oscuridad de la luna nueva halló la quietud total (o el amor o la muerte).

Su pasión por la obra shakesperiana lo inclinó por estrellas fugaces y unas copas de red wine; después de todo recordó que hoy era su aniversario de bodas.

Botellón sin corcho y gritar Ariadna, y sentirse Teseo; y el Minotauro.

Sintió sus suaves manos por la espalda. No necesitó abrir los ojos para saber que era ella; y que compartían intenciones. La imaginó (completamente) desnuda, dejó la botella y las copas sobre la mesa del jardín y la envolvió en un abrazo eterno; y se sintió Teseo y se dejó llevar por los hilos -y el amor- de Ariadna.

Ariadna salió al jardín y esperó; su marido no estaba.

Mientras asombrada recogía la botella y las copas (siempre vacías) de la mesa, la noche iluminó la huerta.

Miró pálida el firmamento y reconoció a su marido junto a la “Corona Boreal”; y entonces descubrió que ella siempre había sido Ariadna, y el Teseo; que había regresado. Cerró los ojos y suspiró.

La botella y las copas cayeron muertas al piso.

Nicolás J. Sánchez Frascini

La dieta

Los dedos largos y flacos de Laura golpeaban la mesa de departamento recién alquilado. Estaba inquieta y miró el reloj de números grandes que llevaba en su muñeca izquierda.

Se puso los anteojos, miró sus piernas largas y decidió hacer dieta. Tomó la billetera, la abrió con cuidado, contó la plata que tenía y lo anotó en su agenda. Fue al baño, se peinó, se cambió el protector y se puso crema en la cara. Se dirigió al cuarto, agarró la cartera, la campera y sintió el primer golpe de ansiedad. Se prendió un cigarrillo, guardó la billetera, la agenda y salió a la dietética. En el camino controló tener la billetera y apagó el cigarrillo por la mitad en la segunda cuadra del diagonal.

Compró comprimidos de centella asiática, canela y se alegró al ver un pack de galletas de arroz de oferta. Cuatro paquetes por tres pesos le dijo Jaime y le aseguró que eran frescas ya que recién se las habían dejado. No compró orejones porque tenían feo aspecto. Jaime la miró demasiado cuando salía del negocio. Le dio asco.

Cuando llegó al departamento se sorprendió al encontrar la puerta sin llave. Le dio miedo. Concluyó que había olvidado cerrar.

Miró el avance de las manchas de humedad y anotó en la agenda llamar a la dueña. Sacó las compras y el ticket de la bolsa y registró los gastos. Guardó la canela en su frasco, se preparó un té y tomó un comprimido de centella; untó con un cuchillo plano cinco galletas con miel y las devoró. No le alcanzaron y tuvo que prepararse tres más. Pensó que ese sabor a tergo-pol con sal le agradaba. Las galletas se transformaban en una pasta homogénea en cuanto tomaban contacto con su saliva. El bolo se tragaba con facilidad. El hambre voraz parecía ser un pozo profundo que tenía que llenar con urgencia; así lo hizo.

A la noche se preparó arroz integral con queso y aceite de oliva y lo empujó con galletas. “Arroz con arroz” pensó y se alegró de su disciplina. Le gustaba sentir el ruido crocante de sus dientes aplastando los granos inflados. Antes de irse a dormir lavó los platos del día y le llamó la atención la suciedad de la vajilla.

Para el día siguiente se había comido dos de los cuatro paquetes de la oferta. Con los apuntes sobre la mesa merendó y se

detuvo a analizar con curiosidad la presencia de dos insectos volando cerca de la fruta.

Estaba comiendo galletas humedecidas en té con leche cuando sintió un elemento extraño en los poros de su lengua: la papilla homogénea en su boca tenía algo áspero. Sintió un pinchacito y escupió la galleta masticada. Observó que tenía una mancha verde. La tocó y pudo separarla del resto. Al ponerse los anteojos se desesperó: pudo ver que la galleta tenía un bicho verde. Observó que estaba seco, que tenía varias patas y alas, dos cuernos en el abdomen y un largo pico para su tamaño. Su largo total sería de medio centímetro: era un pulgón. Los dedos de Laura transpiraron levemente y su cuerpo se levantó de la silla. Su respiración se aceleró.

Se alegró de no haberlo comido pero no pudo controlar la náusea que sintió. Escupió de forma abrupta en la pileta de la cocina en un intento de sacarse el sabor de la galleta y se enjuagó la boca varias veces. El gusto no se le iba. Palideció y sintió la acidez del vómito en el principio de la garganta. Se tranquilizó pensando que el bicho estaba muerto y que solo había tocado su boca. Vio un pequeño insecto volar perdido y se distrajo. Más tranquila, sacó un pañuelo descartable de la cartera y se secó las manos.

Relajada volvió a fijar su vista en los apuntes y luego miró el paquete y las galletas desparramadas. Vio varias machitas verdes y un insecto rebotar contra la bolsa. Al acercarse con los anteojos vio como el paquete tenía pequeños movimientos; mirando con detenimiento vio una gran cantidad de insectos y no todos estaban muertos. Algunos se deslizaban inquietos y otros luchaban por salir del paquete. Formaban una pequeña masa verde en movimiento.

El asco se hizo profundo; corrió al baño y mientras vomitaba recordó los días anteriores y el sabor de cada pasta de disco de arroz en su boca, cada insecto volando.

Paloma Sánchez

La vuelta de Clara

Cuando Clara llegó a mi casa, desde un pueblito donde todos eran parientes, tenía la misma edad que mamá. Y hasta se parecían.

Las dos eran altas, de ojos claros. Mamá tenía el pelo ondulado y revuelto, del color de las llamas que brotaban del suelo cuando papá hacía el asado de los domingos.

El cabello de Clara era rubio como la miel, fino y escaso como el de mi muñeca de celuloide- “Más gringa que una gringa”, le decían.

Las dos mujeres se entendieron desde el primer día. Yo y mi hermano todavía no teníamos todos los dientes de leche cuando mi hermanita se movía inquieta en la panza de mamá

Vivíamos en una casa grande, donde había que trabajar mucho para que todo funcionara. A ésto se agregaba el negocio de “artículos por mayor y menor” de papá, que se comunicaba directamente con nuestra casa. Cada una asumió el mando en su especialidad, como dos generales de los cuales dependía un gran ejército.

Las compras, cocina, jardín y costura estaban a cargo de mamá; limpieza, lavado, planchado y gallinero corrían por cuenta de Clara, Por la tarde, a la hora del mate de leche, ella y mamá formaban un dúo y cantaban las canciones de moda. El cuidado de los niños era la responsabilidad de las dos, y cada una trataba de atenderlos física y espiritualmente, con bastante buen resultado.

Cada tanto, papá entraba para dar su opinión sobre algún asunto, pues necesitábamos de su autoridad para que fuera solucionado a conformidad de todos.

Cuando mi hermano y yo no aún no sabíamos limpiarnos solos los culitos, nació Beba. Y a los diez meses, llegó Lili, con sus escasos kilo y medio. Mamá destetó a Beba, que era una gorda chancha, para dedicarse de lleno a la más chiquita. Y el trabajo se multiplicó.

Un día, llevada de la mano por un cliente de papá, apareció Irma. Nos miraba con recelo, pero en su ancha cara de indígena destellaban sus ojos con picadía.

La recibimos con desconfianza, probando sus reacciones. Su tarea era cuidar de tres amorosos niños que la estudiaban centímetro a centímetro.

El día que apareció Cacho llevando un sapo vivo en la mano, con el que nos amenazaba a todas, Irma manejó tan bien la situación que los “grandes” no se enteraron de nada. Irma, ante nuestros ojos, pasó por la difícil prueba con las mejores notas.

Juntamos con ella nuestras travesuras y estábamos tan bien organizados, que nuestros mayores no se enteraron.

Una mañana tempranito estaba esperando a Tony, que corría desaforado de árbol en árbol, olisqueando todos sin decidirse por ninguno.

La casa estaba abierta “para que se ventile”, antes que el calor avanzara con sus bocanadas ardientes y penetrara en cada rincón.

Escuché un estampido y entré corriendo a mi casa. Mamá gritaba mientras Lili, que estaba sentada en la “taza cantora(*)” abrazaba sus piernas.

En el piso, sobre un charco de sangre, yacía Clara. Parada en la puerta del dormitorio, petrificada, Irma sostenía en su mano un revolver humeante.

Papá entro corriendo a la habitación donde estábamos todos, niños y mujeres, y yo corrí a sus brazos.

- Papi, papi, ¿qué le pasa a Clara?

- Esperen, no la toquen – dijo papá- y se dirigió hacia Irma, quitándole el arma.

- La confusión era tremenda... Todos gritábamos, todos llorábamos.

Al rato llegó la policía, y empezaron las preguntas:

- ¿Quién tenía el arma? ¿Por qué la joven disparó a Clara?
¿Hubo alguna discusión? ¿Donde estaba cada uno de ustedes?

El comisario, que era amigo de la familia, trató de facilitar las cosas, pero un rato después nos encontramos en la comisaría, sentados en unas incomodísimas sillas-

- Mamá, ¿qué hacemos aquí?
- Estamos esperando que hablen con Irma.
- ¿Para qué?
- Para aclarar las cosas.
- ¿Y por qué tenemos que quedarnos?
- Porque somos testigos...
- ¿Qué es testigos?

Las preguntas brotaban desde la curiosidad de los chicos mayores. La chiquita, sin enterarse de nada, dormía.

Cacho empezó a llorar:

- ¡Tengo hambre! ¡Quiero caca!
- ¡Yo también!, contestó Beba a los gritos

El policía que estaba de guardia les indicó la puerta del baño. Otro trajo bananas.

Una hora después volvimos a casa. Una vecina había limpiado el piso, y todo estaba como siempre.

Menos Irma y Clara. La primera se encontraba detenida y la segunda agonizaba. La bala le había entrado por la mejilla derecha y salido por la oreja izquierda.

Irma no quedó mucho tiempo retenida porque era menor, y porque se demostró que quiso hacer una broma a Clara, sin saber que el revólver, -que papá ponía debajo de la almohada todas las noches- estaba cargado.

Mientras papá se hacía cargo de los demás niños, mamá y yo viajamos al hospital. Durante todo el viaje, yo dormía y soñaba con Clara, tirada en el piso y con su cara cubierta de sangre.

Mamá pidió verla, pero la enfermera, con voz condolidada, le dijo;

-Lo siento, señora, pero la joven a muerto.

A los gritos, mamá pidió verla por última vez.

- Usted puede pasar, pero la niña quedará aquí.

Mamá me dió un beso, y recomendándome tranquilidad, entró a la pieza. En una camilla yacía Clara, blanca como la sábana que la cubría, con la herida abierta aún, sangrando, y sus claros ojos cerrados. Al mirarla de cerca, mamá vió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Salió casi volando, pidiendo a la enfermera:

- ¡Por favor, sáquenla de aquí! ¡Llamen a un médico, está viva!

Lloraba y reía a la vez. Sentí una rara sensación. Las cosas se mostraban veladas por una niebla espesa, que las volvían irreales y confusas. Cerré los ojos . Al abrirlos, me encontré en mi cama, rodeada de mi familia. Con una tímida confianza, pregunté

- Vendrán Irma y Clara?¿Volverá a ser todo como antes?

Pero nada sería como antes. Clara necesitaba mucho tiempo para reponerse, e Irma estaba en la casa de sus padres, quienes la cuidarían hasta su mayoría de edad.

Pasaron dos meses que se hicieron muy largos para nosotros. Un día de invierno, escuchamos a Tony ladrar con alegría, como la que estaban reservada a la gente que quería.

Clara había llegado para quedarse con nosotros. Ya no era la alegre mujercita que cantaba. Sus ojos miraban con pena desde el blanquecino espacio de su cara, donde un feo agujero ocupaba el lugar de un tímido hoyuelo. Yo la miraba, la recorría con mis ojos, buscando a la Clara que conocía.

Y la encontré en ese mismo instante. Desde la vulnerabilidad de mi inocencia, ví en sus ojos el mismo brillo chispeante de antes, esa alegría que se agazapaba, esperando tiempos mejores, lista para dar el salto y seguir adelante.

Hilda Silovisky

(*) en el Paraguay se denomina así al bacín.

Noche violenta

Aquella tarde conversé con Carlos. Era un tipo que conocí en "la Boquita", una discoteca de mala muerte del centro limeño. Cuando lo vi por primera vez tenía la apariencia de un vendedor de drogas o algo parecido, esos que merodean por las calles. Pero me equivoqué. Era un estudiante de una universidad particular ubicada en la avenida Javier Prado. Me parecía extraño que un tipo que vive solo en el jirón Ica y sin trabajo, aparentemente - estudie en una universidad privada, cosas de la vida; no sé, pero lo bueno de ese pata es que era un loco para las fiestas. Esa noche llegué solo al bar "Estelita" en Cailloma. Estaba deprimido por el trabajo y la universidad, todo se me había acumulado, quería explotar. Me senté en la barra y pedí un vaso con cerveza bien helada, y a pesar que era invierno lo que más quería era morirme con neumonía, por lo menos. Una vieja regordeta se acercó y preguntó -Hey niño, ¿te pasa algo?, si quieres te curo de las penas. Su olor a colonia barata me dio asco, y mientras la miraba, sentía su mano dentro de mis bolsillo buscando algo. -¡Oiga qué se le perdió!

-Nada nene sólo quería estimularte. Era asquerosa, era como si estuviera en un asilo rodeado de viejas decrepitas buscando sexo. La empujé con fuerza y cayó pesadamente, de pronto dos sujetos fornidos se acercaron y me levantaron en vilo llevándome al baño, cuando disponían a colocarme el primer golpe alguien los detuvo. Caí al piso y sólo escuchaba una discusión, algo como si no acordaban el precio, estaba aturdido, no entendía. -Hey socio te pasa algo, me llamo Carlos..., pero chochera que mal estas, ¿qué paso?; levántate te invito un trago, vamos. -Okey. Esa noche bebí infinitas jarras de cerveza, sangría y tragos baratos, mi sueldo de fin de mes se redujo a unos miserables cinco soles y qué llevaría a casa, pero si nadie me espera, ¿para que diablos trabajo? Aún recuerdo algo de la madrugada: mujeres, homosexuales en nuestra mesa, me presentaron a un sin fin de amigos y amigas todos muy gentiles pero no olían bien, parecía que esos cuerpos nunca probaron agua. De esa madrugada, no recuerdo nada más. En la mañana, no estaba en casa estaba en un cuarto nauseabundo de una quinta, me desperté con un fuerte dolor de cabeza y lo primero que vi fue a la acabada regordeta desnuda encima de mí roncando fuerte, trate de salir pero a pesar de su borrachera me atenazaba con sus feroces piernas, odiaba esa situación; miré hacia un

costado y allí estaba Carlos con dos mujeres, desnudos en una posición incómoda. Finalmente, pude escaparme. Busqué mi ropa Calvin Klein que mi madre me envió de Estados Unidos y salí raudo a mi casa. Entré y vi todo normal, en la grabadora encontré un mensaje "llámame cuando regreses, tu mamá".

-¿Y ahora qué quiere mi madre, no está contenta en Europa? Maldición quizás regrese a Perú, pucha si se entera que no voy a la universidad me friego. Mis viejos son divorciados, es una situación que hasta el momento no entiendo, siempre estuve en la casa de mis tías, envidiaba cuando en el colegio había los paseos familiares nunca fui con mis padres, o era mi abuela o mis tías. Mi madre se fue a Europa a trabajar en no sé donde y me dejó aquí en Lima, que es una ciudad de porquería, maldita sea por qué no me llevó, siempre con la misma cháchara "tienes que estudiar", si supiera que ya no voy y que estoy en este lugar. Luego de aquel fin de semana, se me hizo costumbre salir con Carlos, éramos los dueños de las discotecas del centro de Lima. Cada fin de semana era mil soles de gastos. Empezábamos desde las siete de la noche del viernes hasta el lunes y siempre terminamos en la quinta con diferentes mujeres desde púberes que buscan iniciarse hasta viejas reprimidas. Mi vida se torno una tontería, quería terminar con esta situación, no era vida. Una tarde de invierno no teníamos plata para ir a nuestra juerga pero Carlos tenía la solución para cada problema, recuerdo el clásico "no es problema choche", aunque ese día no me convenció el "no es problema choche" quise indagar de donde salía el dinero y seguí a Carlos hasta la plaza Francia, se paró cerca a la librería Studium - donde adquiría mis libros cuando era estudiante - estaba allí apoyado en el poste de alumbrado eléctrico, estaba con su clásica ropa: casaca azul, jean negro, camisa Cougar y su reloj Benneton. Me oculté detrás de los jugadores de ajedrez - un juego difícil - y miré por primera vez de donde provenía el dinero de Carlos, vendía drogas, esa imagen me desalentó y percibí un aire enrarecido algo como suciedad . Me retiré. Esa tarde caminé por la avenida Wilson pensando en mi amigo, cavilando en el lío del carajo que me había metido. Sí, mi amigo, aquel que conocí en el bar de mala muerte era un paquetero. Ese fin de semana no fui a la juerga. Estuve en mi departamento. El lunes sonó el teléfono, pensé que era mi madre fastidiándome otra vez, timbró cinco veces hasta que contesté.

-Alo, alo, habla Carlos. -¿Qué quieres?. -Cuidado chocherita, ¿pasa algo?, ¿por qué no fuiste a la disco el viernes?, te esperamos con

las flacas, estuvieron buenas, ya sabes. -No pude ir, tenía que hacer. - Tú tenías que hacer, no me hagas reír, sabes qué, tengo un negocio, es algo sencillo, ven a mi casa. -Okey (era un ok. Dubitativo) Esa tarde a pesar que sabía a lo que se dedicaba mi amigo fui a verlo.

Estaba con dos chicas y sucedió lo de siempre: sexo y alcohol. Dos horas después se fueron y dejaron un maletín, le pregunté que contenía, no me respondió; intenté quitárselo pero me empujó, caí al piso y trate de agarrar sus piernas hasta que lo conseguí. Rodó pesadamente y el maletín, se abrió, era una sustancia blanquecina sin olor. -¿Vendes droga? - Maldito hijo de puta ni una palabra a nadie si no te friegas, ¡ya estás jodido!. Me repuse y cuando mis manos tocaron la perilla de la puerta sentí un fuerte empujón y caí nuevamente : Era la policía. Aquella tarde, conversé con Carlos por última vez, estaba parado en la rampa del aeropuerto Jorge Chávez, custodiado por dos policías de la Interpol. Se lo llevaron a México. Nunca más supe de él.

Javier Vásquez Aguilar

La calle

Hoy he vuelto a la calle donde nos conocimos. Es esa calle de apariencia interminable, donde los coches aparecen y desaparecen en ambos sentidos. Pero sé que no es interminable, ni siquiera larga, si uno está acostumbrado a viajar y ver otras ciudades. Es una calle ancha, pero corta, y eso lo sé yo, que la he recorrido miles de veces; sé dónde acaba y dónde empieza, a dónde me lleva y de dónde me trae cuando voy sobre ruedas.

Tantas veces he ido por ella sobre ruedas... Casi siempre en autobús; y allí fue donde te vi la primera y las demás veces, en la parada, junto al locutorio y el bar cuyas fachadas deslustradas parecen fundir sus respectivas suciedades hasta parecer una sola. Un poco más hacia la izquierda, viniendo calle arriba desde mi casa, está la lamparería, en claro contraste, protuberante, recia, perfilada, blanca... y cómoda. Tú te sueles sentar en su escalón bajo el toldo. Eres tan menuda que te escondes y logras pasar desapercibida, aunque yo sé que no es por tu estatura. Eres tú, una chica de colores mate, silenciosa, sigilosa, aunque de mirada profunda, mostrándome tu signo zodiacal reflejado en tus ojos mientras sigo buscando excusas para mirar en tu dirección: por ejemplo, esa papelera con la bolsa blanca replegada y un prospecto sobresaliendo erecto como la cucharilla clavada de un barquillo, un barquillo mucho menos apetecible que tú.

Un día me acerqué a ti. Tu mirada se sostuvo, intrigada quizá por lo que venía a contarte, a ti, que estabas tan tranquila, tan aislada en el hueco más limpio del suelo, sintiendo la breve brisa de los vehículos al pasar, tal vez contemplando los árboles que asoman sobre las estructuras de la obra al otro lado de la carretera.

Hoy ya no estás tú. Solía dárseme bien coincidir contigo en la parada y encontrar excusas para dirigirme a ti otra vez. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces. Creo haber visto al mismo perro que, lánguido, paseaba calle arriba, aunque esta vez no olfateará el anclaje de la ahora inexistente papelera; recorrerá baldosas similares con basura similar, pero no será igual, como no lo es el cartel pegado

al vidrio de la parada, ni los productos tras el escaparate del locutorio, ni las personas que con aire acalorado aguardan el autobús.

Tampoco está esa florecilla que nacía en el alcorque a mi derecha, ahora que miro calle abajo, como si regresase a casa con la mirada. Los árboles del otro lado de la carretera siguen asomando sobre lo que ya no es una obra, sino una planta baja bien asentada.

Supongo que alguien se la habrá llevado. Las cosas bonitas, aunque sean pequeñas, siempre acaban siendo recogidas.

Javier Vivancos

Índice

Aravena Arellano, Armando
Arduino, Manuel
Baranchuk, Alberto
Barro García, Eva
Barzán, Marcelo Darío
Bradel, Elina Cristina
Burgos González, Soledad Cristina
Cantalapiedra Miguel, M^a Ángeles
Casquero Vega, José María
Corte, Hugo Atilio
Crescini Corcione, Lidia
Damore, Rubén
De Isusi, Aranzazu
De La Iglesia, Julia
Del Río, Jorge Nicolás
Duranti, María Victoria
Escorza Piñas, Eva
Estrada, Alejandro
Farías, Paula

Fernández Carballado, Oscar
Fernández Corral, Patricia
Fundora Hernández, Carlos
Gómez Hueso, Antonio
González Saldivia, Eduardo Antonio
Heredia, Rubén Antolín
Herrera Oteiral, Juan
Hincapié, Humberto
Lamique, Mario César
La Penna, Roxana
Leal Hernández, Abelardo
Levy, Elsa
López Arnaldos, Mari Carmen
López, Carlos Mateos
Manzini, Fernando
Morales, Gabriela
Moreno Casquete, Mariano
Moreno, Facundo Javier
Muñoz Gómez, Ana
Navone, Ariadna
Niklison, Alejandro José

Ortega Zwittag, Leticia
Paz, Anibal
Penaglia Guzmán, Luis Antonio
Penagos Carreño, Julián
Pérez García, Alejandro
Perez López, Juan Carlos
Piro, Mario Jorge
Quadri, Nestor
Quartino, Teresa
Quezada Alavez, David
Rabouin Cantisani, Aldo
Ríos, Carlos Antonio
Romero Aguilar, Mónica Marlene
Rovira Pi, Carla
Salvador Galindo, Jorge
Sánchez Frascini, Nicolás J.
Silovisky, Hilda
Sánchez, Paloma
Vásquez Aguilar, Javier
Vivancos, Javier